



HAGAS LO QUE HAGAS...

*¡No te lies con
tu jefe!*



ZAHARA C. ORDÓÑEZ

HAGAS LO QUE HAGAS... ¡No te líes con tu jefe!
ZAHARA C. ORDÓÑEZ

A nuestras bragas preferidas.

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[NOTA DE LA AUTORA](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[ACERCA DE LA AUTORA](#)

[COPYRIGHT](#)

Capítulo 1

Dánae

Un accidente visual

Había pensado que esto podría llamarse: «Hagas lo que hagas, no te quites las bragas», pero siendo sinceros creo que es una frase que no puede aplicarse a todo. Hay momentos en los que hay que quitarse las bragas sí o sí. Estaba pensando en el ginecólogo, no seáis marranas. Sin embargo, el otro título... Ese debería de ser una verdad universal. Como cuando Austen empezó *Orgullo y Prejuicio* con eso de: «Es una verdad universalmente reconocida que un hombre soltero, en posesión de una gran fortuna, necesita una esposa». Pues esto igual, pero con bragas. Es una verdad universalmente reconocida que una persona en posesión de un jefe cañón nunca debe liarse con él. En ninguna circunstancia. Aunque fuera el último hombre de la tierra y la supervivencia de la especie dependiera de ello. Bueno, en ese caso quizá sí, podríamos hacer una excepción, pero en el resto de supuestos, no.

Hemos romantizado los líos con los jefes por culpa de las novelas románticas (benditas sean) y creo que no nos ha hecho bien. Primero porque todas esperamos un jefe cañón paseándose por la oficina y segundo porque esperamos que nos empotren en el cuarto de la fotocopidora cuando, un día cualquiera, te quedas hasta más tarde trabajando y él también y la pasión surge de forma inesperada y totalmente deseada. No negaré haber fantaseado con vivir un momento así con Marcos Moreno, mi jefe, pero es improbable que suceda y, si lo hiciese, ¿qué hemos dicho? Hagas lo que hagas, no te lées con tu jefe. Aunque sea Marcos Moreno. Un hombre con el cuerpo esculpido por los dioses, con el mentón que parece cincelado por el mismísimo Miguel Ángel, unos labios preciosos y unos ojos verdes que podrían desarmar un misil nuclear. Os digo yo que este conseguiría la paz mundial. Un par de miraditas al político de turno y no podría hacer otra cosa más que pensar en formar una familia con él.

Encima, Marcos sabe vestir. Porque podría ser muy guapo y no saber cómo hacerse el nudo de la corbata, pero está abonado a llevar trajes de chaqueta a medida y yo a veces me pregunto cómo será romperle los botones, uno a uno, y hacerle un par de arrugas a ese planchado perfecto. Y podríamos pensar que todas sus virtudes se reducen al físico, pero el cerebro de Marcos es prodigioso. Al menos en los negocios. ¿Es entonces, Marcos Moreno, el hombre más perfecto de la Tierra? No. Porque es el jefe. Un hombre exigente que se pasea por la oficina con su traje hecho a medida mirando a todo el mundo con un profundo gesto de análisis. Ojos entrecerrados, ceño fruncido. Creo que tiene un radar de reconocimiento instalado en alguna parte y con eso nos

escanea y sabe a qué hora hemos llegado y cuál ha sido nuestra productividad.

Y por eso, solo por eso, no podría liarme con él.

Bueno, tampoco es que él quiera. Me parece que soy un número más en la empresa para él. Sabe que existo, porque de vez en cuando lo he visto mirándome. Eso sí, con una cara... No sé cómo no he acabado en el psicólogo por su culpa. Me llamo Dánae, por cierto. Dánae Morán. Otro motivo más por el que no liarme con mi jefe, porque si tuviéramos hijos se llamarían: Moreno Morán (o Morán Moreno). No suena bien. Es muy cacofónico. Y aburrido. El niño nos saldría contable de lo aburrido que suena. No es que yo tenga nada en contra de los contables, en mi empresa los hay muy majos, pero no sé si ese es el futuro que quiero para mi hijo.

A qué se dedica mi empresa, os preguntaréis. Es una de esas grandes multinacionales dedicadas a las energías renovables y la conservación del medio ambiente. Mola, ¿eh? Pues sí. Me hace ilusión pensar que trabajo para algo que ayuda a que no mueran más osos polares en algún lugar. Como si los osos polares me lo fueran a agradecer. Si pudieran me comerían. Pero, en fin, soy una mujer trabajadora. Es una de mis grandes cualidades. O igual es que no tengo otra cosa que hacer en la vida que trabajar, darle de comer a mi gato y echar un rato con mi amiga y compañera de piso Sofía. Ya la conoceréis. Está un poco mal de la cabeza porque Dios las cría y ellas se juntan, pero es buena gente.

Y, hechas las presentaciones, creo que es hora de empezar a contaros esta historia. La historia en la que me lie con mi jefe. ¿De verdad pensabais que iba a hacerle caso al título? No, claro que no.

Todo comenzó un día de julio en el que los termómetros marcaban 40 grados más allá de las cristaleras de la oficina, donde el aire acondicionado nos tenía a 26. No es que sea una temperatura mucho más confortable, pero ya os he dicho que trabajamos por el medio ambiente, no íbamos a cometer el crimen de ponerlo a 18 grados. Ese día me había puesto un vestido blanco, algo ceñido, de una tela fresquita. Lo compré por Shein, ya no lo venden si no os pondría la referencia, porque es precioso. Pero es un poco traidor y me di cuenta de ello en el ascensor.

Me disponía a ir a la planta baja, en mi hora de comer, para dar cuenta de un plato de ensalada de pasta, cuando una mano se coló entre la puerta del ascensor y el cierre, impidiéndolo. No es que me sepa de memoria las manos de nadie, pero no me costó reconocer que se trataba de la de Marcos porque vi su reloj, un último modelo de esos carísimos, y el filo de su traje de chaqueta, el que ya había fichado ese día cuando llegó a la oficina. Pasaba junto a mi puesto, ya que estoy pegada al pasillo central, y cada día le hacía un escaneo de arriba abajo digno de un producto de supermercado. Solo por ver qué traje llevaba, qué os pensáis. Tengo cierto gusto por la moda masculina.

El caso es que la puerta se abrió de nuevo y apareció él al completo. Con su físico destructor, con su habitual mirada felina. Alguna vez había sonreído, supongo, en su comunión quizá.

—Hola —saludó, parco en palabras. Como en los mensajes de texto antiguos cuando había un límite de ellas.

—Hola —respondí del mismo modo mientras se colocaba a mi lado.

Me miró por un instante y frunció el ceño. Su mirada, aunque breve, había ido directa a mi canalillo. Marcos Moreno, ¿qué quieres de mí?, me pregunté, dejando volar mi febril imaginación. Me miré las tetas, para ver si las llevaba bien colocadas y entonces me di cuenta de algo. Con la luz del ascensor, el blanco del vestido dejaba ver el sujetador y las bragas. Esa luz deberían usarla en la policía para buscar huellas porque no había cosa bajo el vestido que no dejase ver. Miré hacia atrás, disimuladamente, para verme el culo en el espejo. Tampoco quedaba nada a la imaginación. En ese momento, me puse roja como un tomate y sentí un calor que ni los 40 grados de la calle. Avergonzada, junto a un callado Marcos que había puesto la mirada en el frente y no la apartaba de ahí, conté los segundos mientras el ascensor descendía. Recé porque nadie más lo parase, en un silencio absoluto en el que ni siquiera me atreví a mirar de reojo a Marcos. Era la primera vez que lo tenía así de cerca, podría haber aprovechado para estudiarlo detenidamente, pero no lo hice: estaba muerta de vergüenza. Al fin, tras una espera eterna y silenciosa, la puerta se abrió en la planta baja dejándonos salir. No podía hacerlo delante de él, porque entonces me vería el culo. Sin embargo, parece ser que Marcos era un perfecto caballero porque señaló la salida y me dijo:

—Pasa, por favor.

¿Que pase? Claro, y que me veas hasta los pensamientos mientras salgo.

—No. Tú primero.

En ese momento noté su mano en la espalda, un toque leve. La posó con suavidad y sentí el calor de la palma.

—Por favor. Las damas primero.

Uy, las damas. Casi me dio por reír.

Cogí aire y terminé por hacerle caso. ¿Qué más daba ya? Di unos pasos hacia adelante y giré la cabeza hacia él. Lo cacé mirándome el culo. Al momento alzó la mirada y carraspeó.

—Que tengas un buen día. —La voz le salió un poco ahogada. Quizá es que mi culo le había impresionado. Dejadme soñar.

Sin decir nada más, echó a andar hasta adelantarme. Lo vi alejarse hacia la salida del edificio. El traje se le ceñía a la espalda, ancha sin ser exagerada, y no pude evitar mirarlo con

detenimiento hasta que lo perdí de vista. Si se hubiera girado, también me habría cazado mirándole el trasero. Una justa retribución.

Marcos se detuvo a hablar con un chico. Me sonaba de haberlo visto antes en la empresa, quizá trabajaba en otro departamento. Dejé de mirarlo y, con la dignidad perdida después de haberle enseñado la ropa interior en el ascensor, me fui hacia el *office*, para comer algo. Allí había algunos espejos y me miré en ellos por si la luz tenía el mismo efecto que la del ascensor, pero no era así, por lo que me quedé tranquila. Abrí la nevera, cogí mi ensalada de pasta y me dispuse a comérmela en silencio. No había nadie más. Yo siempre era de las últimas en comer y no esperaba que Sofía apareciese. Sí, ella también trabajaba en la misma empresa, en el departamento de marketing. Le encantaba vender cosas y te vendería a su prima si pudiera, sobre todo porque le cae fatal y quiere quitársela de encima en las bodas.

—¡Dánae! —gritó nada más verme.

—¡Sofía! —saludé del mismo modo.

Nos dimos un abrazo y se sentó a mi lado después de sacar una lata de refresco de la máquina y dejarla sobre la mesa.

—No te lo vas a creer —le dije—. Me ha pasado una cosa...

Apoyó los codos en la mesa y las palmas en la barbilla y me miró alzando una ceja, con gran interés. Sofía era buena escuchando y dando consejos. Y también peinándose. Siempre llevaba algún peinado diferente, bien hecho, no como mis intentos de hacerme una trenza y acabar pareciendo una valquiria trasnochada. Y es que el sueño de Sofía era ser peluquera, pero por exigencias paternas acabó haciendo marketing. ¿Cuántos de nosotros nos dejamos ahogar los sueños por las expectativas de los demás? Demasiados, diría yo.

—¿Has soñado otra vez que le hacías la manicura a Henry Cavill? —dijo con su dulce vocecilla.

Sí, tenía esa clase de sueños sin sentido. Tener a Cavill y hacerle la manicura..., es que soy pobre hasta para soñar.

—No. —Resoplé resignada—. El jefe me lo ha visto todo.

—¿Cómo que el jefe te lo ha visto todo? —Se quedó con el refresco en los labios—. ¿Qué jefe?

Comí un poco de ensalada, mientras ella me miraba atenta, y dije:

—Marcos Moreno, el jefazo.

Alzó mucho las cejas en un gesto de sorpresa y luego estiró los labios en una sonrisa pícara.

—Tu Marcos.

—No es mi Marcos —bufé—. No es nada mío.

Abrió la lata y su característico chasquido retumbó en el silencio. Dio un primer trago mientras negaba con la cabeza. El refresco siempre le daba gases así que miró a un lado y a otro y, viendo que estábamos solas, se tiró un eructo.

—Da gusto estar contigo. —Reí.

Sofía me guiñó un ojo y dijo:

—Cuéntame, ¿cómo es que te ha visto todo M.M.?

Le gustaba llamarlo así, como si fuera un agente secreto o algo por el estilo. La verdad es que Marcos estaba a la altura de los galanes de las películas de espías. Podría haber protagonizado una de James Bond sin problema.

—Este vestido se transparenta con la luz del ascensor. Ha entrado poco después que yo y me ha visto el sujetador. Te juro que por un momento he pensado que se pondría bizco de tanto como ha querido disimular. Y luego, cuando se ha ido, me ha mirado el culo.

Sofía estalló en carcajadas.

—¿M.M. te ha mirado el culo? Chica, es tu día de suerte. Ese no mira un culo si no es para poner cara de que lo está oliendo.

Bufé mirándola de arriba abajo.

—No seas bruta.

—Sabes que es en serio. ¿Lo has visto sonreír alguna vez?

Negué con la cabeza. Ella se encogió de hombros y dio un largo trago.

—Si te ha mirado el culo dentro de poco te empotrará en el cuarto de las fotocopadoras. Todo el mundo sabe que es la evolución natural.

Arrugué la nariz.

—¿Tú te empotras a todos los que les miras el culo?

—Ya me gustaría. Llenarían un estadio de fútbol.

—Pues no digas tonterías. Solo ha sido un accidente visual. Ha entrado en el ascensor y me ha mirado porque estaba en su campo de visión.

Sofía resopló.

—Un accidente visual... Qué aburrida eres. —Se inclinó hacia mí para hablarme más de cerca. Sus grandes ojos castaños brillaban. Sofía era bastante guapa. Había en ella una mezcla

explosiva de bonitos rizos, piel tostada, preciosa sonrisa y cuerpo curvilíneo—. Dime que cuando te ha mirado así no te has montado en tu cabeza una película con él. De las guarras, ya sabes.

Ojalá.

—No, la verdad es que no. —Suspiré—. Me ha dado más vergüenza que otra cosa.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con mi amiga? —Sofía negó con la cabeza, resoplando, y adoptó una postura relajada echándose hacia atrás. Después de dar otro trago al refresco, dijo—: Esta noche uno de *marketing* ha montado una fiesta para estrenar su casa nueva. Vente. Puedo llevar acompañante.

—¿Y vas a llevarme a mí en vez de ir con alguno de tus ligues?

Que eran muchos, todo sea dicho.

—No tengo ganas de tíos esta noche. Tengo ganas de estar con mi amiga.

Eso me hizo sonreír. Al final, después de todo, Sofía y yo nos teníamos la una a la otra en las buenas y en las malas. Era bonito ver que después de tantos años de amistad, pues nos habíamos conocido en el colegio, aún elegíamos pasar tiempo con la otra más allá de las horas en el piso que compartíamos y en el trabajo. Entre unas cosas y otras pasábamos juntas todo el día.

—Mañana trabajamos —dije—. ¿A qué hora es la fiesta?

—Empieza a las ocho, para las doce estamos en casa.

Eso no se lo creía ella ni borracha. Porque así era cómo íbamos a acabar. Con dos copas de más y volviendo a casa a las cinco de la mañana. Quizá la fiesta cerrase pronto, pero Sofía siempre me arrastraba a algún garito porque no quería que se terminase la noche. Era un animal nocturno.

—Sofía... —Levanté las cejas—. Que ya nos conocemos. Vamos a venir a trabajar de empalmada, que lo estoy viendo.

—¿Y qué? Todavía somos jóvenes.

Eso éramos: jóvenes. Pasados los treinta, pero jóvenes. Y si alguien me lleva la contraria con esto me enfadaré.

Miré mi ensalada y después a ella. Torcí el gesto, pensativa. Mi otra alternativa era engancharme a uno de esos programas de *true crime* con los que me acababa durmiendo. De verdad, tengo que mirarme esto en un psicólogo. Que los programas de crímenes me relajen...

La voz de Sofía me sacó de mis pensamientos.

—¿Entonces vienes o qué? Te haré un peinado chulo.

La miré a los ojos y sonreí. Los suyos brillaron felices y me dio un abrazo.

—Sí. Está bien. Aunque de *marketing* solo te conozco a ti.

—Pero yo conozco a todo el mundo. Además, ¿qué más da? Las fiestas están para conocer gente. Integrarse, bailar, tomarse unos chupitos. Y creo que te hace falta una fiesta. ¿Cuánto tiempo hace que no vas a ninguna?

Miré al techo, pensativa. No tuve que pensar mucho.

—Teniendo en cuenta que tú eres una fiestera y me obligaste a ir a una en un garito hace unos quince días, pues no mucho.

—Quince días. —Resopló—. Eso es una eternidad. Hay que ir de fiesta cada fin de semana.

Alcé las cejas mirándola desde abajo.

—Si fuera de fiesta cada semana acabarían teniendo que ingresarme. Que ya tengo una edad.

Sí, puede que me sintiera joven pasados los treinta, pero eso no quitaba que las resacas fueran mortales y que una noche de fiesta pasase factura como si hubieran sido veinte. El cuerpo es el cuerpo. Y tiene memoria el muy cabrón.

—Adiós, la abuela. ¡Pues los mismos que yo! —Chasqueó la lengua—. No empieces con ese rollo de la edad que no te vuelvo a hablar. —Luego debió darse cuenta de la hora y dijo—: Me he pasado con el descanso. Me voy para arriba o me caerá bronca. —Se bebió lo que le quedaba de la lata de un trago y, tras un eructo, la tiró a la papelerera.

—Eres de una finura... —Me reí.

Sofía me sacó la lengua y se marchó. Me quedé a solas con mi ensalada a medio comer, pensando en los planes de la noche. Generalmente, los planes improvisados son los que salen mejor. Esos por los que no tienes expectativas de nada y al final acaban trayéndote las horas más divertidas de tu vida. Así que esperaba que esa noche, al menos, lo fuera. Lo necesitaba como el aire después de unos meses estresantes. Mis padres se habían divorciado a sus sesenta años y habían montado una guerra en la que se tiraban los trastos a la cabeza. Literalmente. Y es que mi madre se enteró de que él estaba liado con la pescadera. Muy poco glamuroso, pero muy bueno para la alimentación, el pescado está caro y él se lo llevaba rebajado. Iba sobrado de Omega 3 y de orgasmos con ella, y claro, a mi madre esa variable en la alimentación no le hacía tanta gracia.

Lo echó de casa y le quiso sacar hasta los ojos con el divorcio. Y de no ser por mí, lo habría hecho. Mi padre era un cabronazo, pero seguía siendo mi padre, y no quería verlo pidiendo en la calle o, peor aún, teniendo que acogerlo en mi piso. Me daba repelús solo de pensar en volver a convivir con él y en tener que darle explicaciones de cada cosa que hacía en mi vida. Así que conseguí al final un acuerdo entre ambos. La casa de la ciudad para ella y la de la sierra para él. La de la ciudad valía el doble así que mi madre se quedó feliz. Pero había sido como vivir las

Guerras Púnicas. Un horror. Y después de tanto estrés, me vendría bien una fiesta. Un lugar en el que sacudirme todo lo malo del pasado a base de baile y buenas conversaciones.

Capítulo 2

Marcos

Bendito vestido

Le había mirado las tetas a una empleada. Y no a cualquier empleada. A Dánae Morán, la chica de mis sueños. Vale, no la conozco apenas, solo de cruzarme con ella en la oficina, pero lo poco que sé de ella me encanta y me gustaría saber mucho más. Pero a veces pienso que no tengo forma de llegar a ella, porque solo nos vemos en el trabajo, y tampoco soy capaz de dar un paso adelante e invitarla a salir, porque soy un imbécil. Además, muchas personas pasan de salir con su jefe. ¿Y si las cosas salen mal? Luego hay que aguantarse todos los días en la oficina, soportar los comentarios y cotilleos porque estas cosas se saben. La gente se acaba enterando de todo. Quizá Dánae tenía ese pensamiento. Quizá era de esas que ponían la barrera antes de iniciar siquiera una conversación.

Lo de mirarle las tetas había sido un accidente, culpa de ese vestido transparente con el que había decidido pasearse por la oficina. Pero qué tetas. Enterraría mi cara entre ellas hasta que dejase de respirar y tuvieran que asistirme los servicios sanitarios. Y enterraría otra cosa entre sus piernas. Vamos, que le haría de todo. Le quitaría ese bendito vestido o se lo dejaría puesto. Depende de las circunstancias.

Dánae me ponía a mil con solo mirarla, como si se apoderase de mí una fiera incontrolable que moraba dormida en mi interior y solo aparecía cuando estaba ella cerca. Casi me hacía apretar los puños para tratar de canalizar las sensaciones que me despertaba. No obstante, y quizá lo que más me descolocaba, era que mi fijación con ella no era solo sexual. A menudo fantaseaba con la idea de ir con ella a cenar, a pasear, a mirar las estrellas y que me contase qué opinaba de ellas. Si solo eran bolas de gas incandescentes para ella o pensaba que en ellas vivían nuestros antepasados. Toda esa clase de cosas románticas. Hacía muchos años que no sentía eso por alguien, que la atracción no se reducía solo a un estado físico. Dánae me traía de cabeza por ello. No estaba acostumbrado a sentir esas cosas. Esas emociones que me recorrían cada vez que la miraba. Y la miraba mucho. Solo que disimulaba muy bien cuando ella me pillaba.

De hecho, había estado mirándola de forma disimulada toda la mañana, advertido sus formas bajo el lino: deliciosas. Cada una de sus curvas me llamaba a recorrerla. El cuerpo de Dánae me atraía y no hacía más que caer en mirarlo siempre que pasaba delante de mí. Me habría gustado quitarle la ropa y empotrarla en el cuarto de las fotocopadoras. Un sueño que no se haría

realidad, porque ni siquiera había reunido el valor de acercarme a hablarle más allá de lo profesional. Además, tengo una horrible fama de jefe serio que se pasea por la oficina mirando a todo el mundo como si estuviera haciéndoles un escáner para algún experimento del Gobierno. Pero, qué queréis que os diga, yo en el trabajo soy así. En mi vida privada... Eso ya es otro asunto.

Podría haber elegido el rol de jefe enrollado, pero elegí el de jefe estirado. Me han tomado mucho el pelo a lo largo de mi vida por ser un buenazo y cuando llegué a este puesto no quería que me sucediera lo mismo. Y luego está el asunto del físico. Sé que no soy un tío normal. Así que la gente siempre me juzga por mi apariencia. Pues debajo de este cuerpo hay un ser sintiente con sueños y aspiraciones. No soy solo un trozo de carne. Sin embargo, la mayoría de las chicas solo me ven como eso. E intuyo que para Dánae no será muy distinto. Si se liase conmigo sería cosa de una noche para saciar sus instintos más primarios y luego... luego si te he visto no me acuerdo. Bueno, acordarse de mí se tendría que acordar, que soy su jefe, pero ya me entendéis.

Pensar en Dánae me venía bien para no pensar en otras cosas. Hechos de mi vida que me dolían hasta el punto de dejarme sin respiración. Quizá por eso estaba tan enganchado a pensar en ella, porque era en cierto modo un tipo de anestesia. Mi tipo de anestesia favorito. Más allá de las horas en el gimnasio o de los *realities* de crímenes. Me pregunté si le gustarían y qué opinaría de que me quedase dormido viéndolos, como si fueran una poderosa arma relajante.

Tenía que hacer algo al respecto. Romper la tensión o forzarla aún más, pero algo. No podía seguir deseando a una mujer que no sabía nada más de mí aparte del hecho de que fuera su jefe. No podía seguir deseando un imposible.

Iba pensando en ella después de dejar el ascensor cuando me encontré con Héctor, uno de los empleados de *marketing*. Coincidíamos en el gimnasio y habíamos hecho buenas migas.

—Ey, Marcos. —Me echó el brazo por el hombro. Él era muy de contacto físico con todo el mundo. A mí me incomodaba un poco que la gente me tocara si no había confianza en exceso, pero a él se lo permitía porque ya éramos amigos.

—¿Escaqueándote del trabajo otra vez?

Héctor se echó a reír. Su risa era agradable, así como su rostro, redondeado y bonachón.

—Todo el día, ya lo sabes.

Esbocé una sonrisa. La gente en mi trabajo se debía de pensar que nunca sonreía, porque apenas lo hacía cuando estaba en el despacho, lo que sucede es que algo me borró la sonrisa de golpe y ahora me costaba dejarlas salir. Como si tuviera que pagar un peaje para llegar hasta ellas y no llevara nada con qué hacerlo.

—Oye, esta noche tengo fiesta de inauguración en mi casa. Vente.

—¿Te has mudado al fin? Enhorabuena.

—Sí. Menudo casoplón me he comprado. —Retiró el brazo de mi hombro e hizo unos aspavientos animados—. Tienes que verlo. Luego te mando la dirección y te veo allí. A las ocho.

—Es jueves, Héctor, mañana trabajamos —dije con el gesto torcido.

—Las mejores fiestas siempre son un jueves, porque hay pocas expectativas y cuando las expectativas son bajas siempre suceden las mejores cosas. —Me palmeó la espalda.

—¿Has invitado a mucha gente?

—A toda la plantilla, pero sobre todo a los de *marketing*.

Sofía, la mejor amiga de Dánae, trabajaba en ese departamento. Quizá, si había invitado a Sofía, su amiga acudiría también y podría verla fuera del ambiente de trabajo. Quizá sería mi oportunidad para acercarme a ella y tratar de rebajar esa tensión de alguna manera. Tratar de descubrir si Dánae estaba en mis sueños solo porque la había idealizado o porque realmente lo merecía. Porque era la mujer que iba a volverme loco del todo. Desde luego si seguía poniéndose esos vestidos estaba camino de ello.

—¿Qué tienes en la cabeza? —me preguntó entonces Héctor.

Carraspeé como si me hubiera pillado haciendo una travesura. Como si pudiera leer mis pensamientos.

—Nada. Solo pensaba en qué ponerme esta noche.

—Tú siempre vas hecho un pincel. —Me dio unos toquecitos en el pecho—. Te pongas lo que te pongas irás bien. Me subo a currar, que si no el jefe me regaña. —Un guiño.

¿Cuántas veces había escuchado esa broma? Volví a sonreír. Una sonrisa leve, suficiente. Nos palmeamos la espalda y luego nos despedimos. Salí a la calle. Había dejado la oficina y bajado porque una horrible sensación me había embargado de repente. Como si los peores recuerdos de mi vida regresaran a mí con más fuerza que nunca, invadiéndome por completo. Una sensación que no me dejaba respirar. Necesitaba algo de aire. A pie de calle, en la acera, me quedé quieto unos segundos, mientras los coches pasaban por la gran avenida frente a las oficinas. Uno tras otro, rápidos como balas. La vida no se detenía, aunque a veces sintiese que era necesario que lo hiciese. Aunque la tuya estuviera parada hacía mucho tiempo. Y entonces recibí una notificación en el móvil que me hizo salir de ese estado para mirarlo. Ahí estaba. Mi tabla de salvación. Miré la fotografía, sonreí de oreja a oreja y guardé el móvil. Cogí una bocanada de aire y lo solté despacio. Tenía que volver al trabajo. No. El mundo no se para, aunque tu corazón lo haga.

Capítulo 3

Dánae

Una noche especial

Sofía se entretuvo en hacerme unas trenzas de boxeadora que ni en el mejor de mis sueños me podría haber hecho yo misma. Entretanto, fuimos pensando qué modelito lucir para la fiesta de la noche. Ella, un vestido azul de tirantes finos; yo uno de color negro, con escote en uve bastante pronunciado. Desde luego que de blanco no pensaba volver a ir en mi vida. Ah, no os lo he contado, pero fue toda una aventura subir a mi oficina. Lo hice por las escaleras para que no hubiera más accidentes visuales en el ascensor. Catorce plantas. Cuando llegué arriba había convalidado el cardio de toda la semana. En cualquier caso, desterré el vestido blanco nada más llegar a casa y lo dejé solo para ponérmelo cuando fuera a la piscina o algo así. Sofía soltó una reflexión al respecto, porque ella era mucho de darle al coco.

—Nunca he entendido por qué nos da tanto apuro que nos vean en ropa interior y luego en la playa nos ponemos un bikini y lucimos palmito.

Yo era de lucir palmito a tope, aunque me sobrasen unos kilos según contaban los tiránicos estándares. Es lo que hay que hacer. Cuando era más jovencita me preocupaba más por esas cosas, pero al rodar de los años... chica, al que no le guste que no mire, pero no voy a asarme de calor escondiendo mi cuerpo porque a alguien le moleste el tamaño de mi culo. Su estupidez es mucho más grande y aun así la lucen.

—Es que no es lo mismo unas bragas de ropa interior que unas de bikini —dije.

—Tapan igual. Algunas incluso menos. Que mis bragas de la regla me llegan hasta el esófago y me abrigan todo el culo como si fueran un oso amoroso abrazándome.

Ah, el maravilloso mundo de las bragas de la regla. Podríamos escribir un TFM sobre este asunto.

—Qué te voy a contar —añadió—, si tienes unas más feas todavía que las mías.

—No te metas con Piolín. —Llevaban conmigo desde los catorce años. Estaban dadas de sí y tenían un Piolín en todo el chirri—. No he visto bragas más cómodas en mi vida.

Sofía puso los ojos en blanco. Pude verla gracias al espejo, ya que estaba a mi espalda. Yo estaba sentada frente al lavabo, en un taburete que tenía también unos cuantos años y era algo inestable, y solo me veía la cabeza en el reflejo. El baño, grande y moderno, olía a moras, porque a mi compañera le gustaban los ambientadores exóticos y cada dos semanas venía con uno

nuevo. Lo cierto es que todo el piso olía a algo, porque Sofía, si no ponía ambientadores, quemaba incienso. A ella le gustaban todas esas cosas místicas de los rituales con piedras, los horóscopos y demás, y siempre que podía venía corriendo a leerme el horóscopo diario de Esperanza Gracia. A ella le divertía y yo no era nadie para quitarle la ilusión, así que asentía siempre que me lo leía como si fuera la verdad más universal que existiese. Más que esa de no tirarse al jefe.

—Lista —dijo al cabo de unos segundos, dándome un golpecito en el hombro con el peine.

Me miré en el espejo y contemplé su obra maestra. La verdad es que ese peinado me sentaba bien. Me daba un toque fresco y juvenil que me hacía un favor, porque llevaba unas ojeras kilométricas. Ella también llevaba un peinado estudiado, con una coleta alta a la que le había puesto pequeñas gomitas de pelo para hacerle unas ondas. A Sofía todo le quedaría bien. Podría ponerse una mierda en la cabeza y seguir siendo irresistible.

—Es increíble lo bien que se te da esto. Deberías dejar la oficina y abrir una peluquería.

—Y enterrar a mi madre de un infarto. Calla. —Negó con la cabeza—. No quiero darle un disgusto.

—Pero tú eres más feliz así, peinando.

—También soy feliz en *marketing*.

—Pero no sé, no es tu vocación. Aunque se te dé genial el tema de las ventas. Imagínate lo que te forrarías si abrieses una peluquería.

Ella miró por unos instantes al techo. Estaba segura de que le había dado vueltas al asunto una y mil veces y llegado siempre a la misma conclusión: las expectativas de su familia valían más que sus propios sueños. Lo cual me resultaba terriblemente triste.

Soltó un suspiro y negó con la cabeza.

—Me pagan bien donde estoy, ¿para qué darle vueltas? Te tengo a ti como conejillo de indias para cuando quiera practicar peinados y ya está —dijo con una sonrisa conforme—. ¿Nos cambiamos de ropa?

No quise hablarle más del tema para no soliviantarla y le hice caso. Una vez listas, maquilladas, vestidas y perfumadas pillamos el bus hacia el barrio donde estaba la casa de este chico. Estaba claro que no podía ser «este chico» toda la noche y presentarme en su casa sin siquiera saber quién era.

—¿Quién da la fiesta? —le pregunté a Sofía, hacinadas al fondo del autobús, de pie, pues no había sitio. Apenas habíamos salido y los tacones ya estaban matándome.

—Héctor Peña. Un tío majo. Y huele bien. Creo que podría acostarme con él, sobre todo

ahora que tiene una casa con piscina. Podríamos aprovecharnos de ella todo el verano.

—Me encanta lo práctica que eres.

—Hay que matar dos pájaros de un tiro siempre que se pueda. En fin, ¿lo conoces?

—No. Quizá lo haya visto alguna vez, pero no nos han presentado.

—Yo te presentaré. Te caerá bien, ya verás. Es simpático.

Y tenía razón. Cuando llegamos a su casa nos abrió la puerta con una sonrisa de oreja a oreja y una copa en la mano que casi derrama abrazándonos. Llevaba una camisa muy llamativa, de varios colores, y transmitía buen rollo con cada movimiento, como si fuera uno de esos seres de luz enviados a la tierra para hacernos la vida más amable. Y, desde luego, esa noche esa era su misión. Caí en la cuenta de que lo había visto esa misma mañana, aunque con un atuendo mucho más serio, hablando con Marcos en la entrada. Me pregunté por un momento si se conocían mucho y si él estaría allí, pero ¿quién invita a su jefe a la fiesta? Nadie en sus cabales.

Cogiéndonos del brazo nos llevó hasta una zona para dejar los bolsos y luego nos guio hasta la de la piscina, donde estaba el grueso de la fiesta. Allí no cabía ya un alfiler, así que habíamos sido las últimas, o casi, en llegar. Era un patio amplio, rodeado de un muro blanco y alto por el que trepaban algunas enredaderas, con una piscina circular en el centro en la que flotaban farolillos de colores. Había luces por doquier, una barra con las bebidas y la comida y un DJ pinchando música. La verdad es que se lo había currado. La gente bailaba y conversaba en pequeños o grandes grupos en un lado u otro del jardín. Aquellos a los que no conocía Sofía los conocía yo, pues eran compañeros de trabajo, y no tardamos en integrarnos, no sin antes pasar por la zona de las bebidas.

No pasamos por allí una sola vez, y unas dos horas después de baile desenfrenado, unos seis cócteles de vodka con cereza y un número indefinido de chupitos, yo ya bailaba como si no hubiera un mañana, olvidando que al día siguiente tenía que ver a toda esa gente en la oficina. Pero no era la única. Así que, lo que pasaba en esa fiesta se quedaba en esa fiesta. Pusieron *Nochentera*, una canción que nos encantaba a Sofía y a mí, y lo dimos todo. A ella se le enganchó uno de Contabilidad con el que andaba tonteando desde hacía unos meses. Supe que esa noche mi amiga no se iría sola a casa. Me alegraba por ella. Al menos una de las dos mojaría las bragas esa noche.

Ay. En qué momento pensé esto, porque no me libré de acabar empapada, solo que no fue por las causas que yo esperaba.

Estaba tan absorta en el baile que, en un giro, tropecé de bruces con alguien. La bebida que esa persona llevaba me cayó encima. Estaba helada. Me bajó por el pecho y me llegó hasta el

chichi. De verdad que nunca había tenido el chichi al whiskey, como si fuera un plato gourmet. Cuando alcé la mirada para recriminar al culpable, me encontré de frente con los ojos verdes de Marcos. Mi jefe me había tirado una bebida encima. ¿Qué demonios hacía allí mi jefe? Se supone que a esas fiestas no se le invita.

—¿Qué haces tú aquí? —solté, pasándome la mano sobre la catástrofe.

Marcos se quedó bloqueado. La música seguía sonando y Sofía, que andaba en su baile personal con el de Contabilidad, ni cuenta se había dado.

—¿Perdona? —Me miró muy serio.

—Eso digo yo, perdón es lo que tienes que pedirme, que me has puesto perdida. —En circunstancias normales no le habría hablado así en un millón de años, pero os recuerdo que había bebido vodka con cereza por encima de mis posibilidades y de las de media población.

—Sí. Lo siento.

Se sacó del bolsillo del pantalón un pañuelo de tela y me lo tendió. Ciertamente no me habría importado que me limpiara él, a lengüetazos si es posible. Guiñé un poco los ojos, con eso rondándome la cabeza y casi la punta de la lengua. Con la borrachera podría llegar a decir cualquier cosa irrespetuosa de la que luego me arrepentiría, así que fruncí los labios y callé. Solté solo un bufido mientras cogía el pañuelo y me limpiaba con él. Mientras los demás bailaban a nuestro alrededor, allí estábamos él y yo, parados en medio de «la pista» como dos pasmarotes. Él, serio, sin quitarme ojo. Yo, lamentándome por mi estado.

—Por lo menos el vestido no es blanco —se me ocurrió decir.

Alcé la mirada y noté que se había ruborizado un poco. ¿O eran las luces de la fiesta?

—No. No lo es.

Gracias, Sherlock, por tu confirmación.

—Oye, Dánae, te pagaré la tintorería.

—Anda, si sabes mi nombre.

—¿Y por qué no iba a saberlo? —dijo extrañado—. Somos compañeros de trabajo.

—No. Tú eres el jefe y yo la empleada. Por cómo nos miras cuando pasas no me da la impresión de que te sepas nuestros nombres.

Se removió incómodo, echando los hombros hacia atrás y sacando un poco el pecho.

—Pues me los sé todos.

No iba a hacerle un examen a ver si decía la verdad, pero ganas no me faltaron. Seguí tratando de hacer algo con aquel pañuelo que era, además, ¿de tela?, ¿quién lleva pañuelos de tela hoy en

día?, mientras miraba a mi jefe que seguía allí plantado delante de mí como esperando algo. Lo cierto es que se creó entre nosotros una atmósfera un tanto peculiar pues, aunque rodeados de gente, tenía la impresión de que estábamos solos.

—Lo siento mucho, de verdad. Te he arruinado el vestido.

—No pasa nada. Igual debería tirarme a la piscina y lavarlo de paso.

Eso, por alguna razón, le hizo sonreír. Una sonrisa sincera, de esas que vendía caras. Era la primera vez que lo veía sonreír, así que el gesto se me contagió y sonreí también. Sin evitarlo, nos miramos así unos segundos que fueron largos, hasta que dijo:

—Si te tiras debería tirarme contigo como castigo.

—No te atreverías.

La comisura de los labios se le estiró hacia la derecha, algo elevada, en un gesto que implicaba peligro. Un peligro dulce y deseado. Me pareció que Marcos era capaz de hacer eso y más. O igual era yo que con la borrachera malinterpretaba sus gestos. En cualquier caso, hice una locura. Lo cogí de la mano y tiré de él hacia la piscina, sorteando a la gente.

—¡Dánae! ¡Que era una broma!

—Ahora no te rajes.

—¡Dánae!

Al filo de la piscina, casi a punto de caer, tiró de mí hacia atrás y acabé con el cuerpo pegado al suyo. Sonaba una canción con un ritmo sensual, *How Deep is your love* de Calvin Harris. La gente la bailaba muy pegados. Volvimos a mirarnos a los ojos.

—Eres un cobardica, M.M.

—¿Cómo me has llamado? —preguntó al borde de la risa.

Nunca lo había escuchado reír y eso me creó expectación.

—Que eres un cobarde. Me has tirado un cubata encima, deberías de hacer lo que te pidiese.

Seguíamos pegados. Mis pechos se amoldaban al suyo como si estuvieran hechos el uno para el otro. Notaba la dureza de sus pectorales contra mi piel. La curva de sus piernas contra las mías. Me habría gustado notar algo más. Esa noche no estaba como para cortarme ante nada. Ni siquiera ante el hecho de que era mi jefe. Un jefe al que llevaba meses deseando en secreto. Un jefe con el que jamás debería liarme si hacemos caso al título de la novela. Pero una borracha no hace caso a título ninguno. Una borracha tiene un pensamiento fijo y hasta que no lo cumple no es feliz. Aunque sea comer macarrones fríos de pie en la encimera de la cocina cuando llega a casa, pedirle la canción más absurda que se le ocurra al DJ o... tirarse a su jefe aunque tenga que

verlo al día siguiente en la oficina.

—¿Lo que me pidieras? —dijo.

Uy, Marcos, ¿me estás siguiendo el juego?

Asentí y me mordí el labio inferior. Lo vi coger aire con fuerza. Apretar los puños. O se había enfadado o estaba reprimiendo algo.

—Lo que te pidiese —susurré acercando un poco los labios a su oído.

La piel del cuello se le erizó. Sonreí.

—Creo que mañana te vas a arrepentir de esto —dijo buscando de nuevo mi mirada.

—¿Me vas a despedir? —Hice un puchero.

Y entonces rio. Y su risa activó un resorte en mi estómago que no sabía que existía, provocándome unas bonitas cosquillas. Acabé riendo también. Los dos reímos como si fuéramos dos adolescentes que han comido setas. Qué situación más rara. Qué agradable a la vez.

—Antes me has llamado M.M. ¿Qué significa eso? —preguntó, dejando de reír y midiéndome con la mirada.

—Pues no hay que estudiar en la universidad, lumbreras, son tus iniciales. Sofía te llama así, como si fueras el protagonista de una película de espías.

Volvió a reír. Igual es que él también había bebido.

—Sofía me cae bien. Es una chica con iniciativa.

—¿Te gustan las mujeres con iniciativa?

—Hablabas en el plano laboral.

—Yo no. Dime, ¿te gustan?

Rio nervioso.

—De verdad que te vas a arrepentir y va a ser de lo más gracioso. ¿Cuánto has bebido?

—Un poco de vodka. Pero voy bien, eh. Controlo.

—Ajá. —Me pareció que se guardaba una risa.

—¿Y tú? ¿Has bebido? —le pregunté.

Negó con la cabeza.

—Mi cubata se lo ha bebido tu vestido.

Y mi chirri.

Seguíamos en el mismo lugar, al borde de la piscina, mientras el mundo discurría a nuestro

alrededor. Vi a Sofía por el rabillo del ojo, andaba liándose con el contable. Se estaban metiendo la lengua hasta la campanilla. Bueno, si quedaban como amigos, ya sabía quién nos iba a hacer la declaración de la Renta. Le tendí el pañuelo a Marcos, pero me pidió que me lo quedase. No llevaba el bolso, ni bolsillos, así que me lo metí entre las tetas. Él me miró mientras lo hacía, como un pez de esos con los ojos muy grandes y la boca cerrada.

—¿Qué? —le pregunté mientras me acomodaba el pañuelo—. No tengo otro sitio dónde meterlo. Los tíos como siempre lleváis bolsillos lo tenéis fácil.

En ese momento me fijé en su ropa. Camisa azul, estrecha, arremangada, dejando ver esos interesantes y torneados brazos, y su caro reloj. Pantalones vaqueros también algo estrechos, en un azul más oscuro. Cinturón de piel de un tono similar. La hebilla brillaba bajo las luces de la fiesta. No quise mirar más abajo. Aunque el alcohol me lo pedía. Era como un demonio susurrándome:

«Dánae, mírale el paquete al jefe. Dáááaaaaaeeee, míralo».

Sacudí la cabeza y vi que él me miraba extrañado.

—¿Sabes? Haces mucho ese gesto.

—Qué gesto.

Sacudió la cabeza imitándome.

—¿Y tiene algo de malo?

No sé qué iba a contestar, porque pusieron una de esas canciones típicas de verbena y la gente se revolucionó. Un chico que andaba dando saltos le dio un empujón a Marcos sin querer y él se vino hacia mí. No pudimos mantener el equilibrio y acabamos en la piscina. Al final mi misión había sido un éxito. Ya no apestaría a whiskey mi vestido, lo haría a cloro. Caí de espaldas con él sobre mí. Al llegar al agua su cuerpo y el mío descendieron bajo esta, al mismo compás, muy cerca. Estaba a punto de darme con la espalda en el suelo de la piscina cuando Marcos me rodeó la cintura con la mano y tiró de mí hacia él. Nuestros cuerpos volvieron a estar pegados cuando subimos a la superficie. Su mano seguía en mi cintura. Sus ojos puestos en los míos. Mojado estaba mucho más irresistible.

La gente, en lugar de alarmarse, comenzó a tirarse a la piscina en tropel. Rompieron ese peculiar momento y los odié. Todo fueron salpicones, gritos de euforia y chapoteo a nuestro alrededor.

—Creo que... voy a salir. —Marcos me soltó y comenzó a andar hacia la salida de la piscina.

Además de una escalera lateral en la parte más profunda, tenía una escalinata de obra para poder salir de ella en la más baja. Ese fue el camino que tomó. Me quedé mirándolo. Viéndolo

salir del agua con toda la ropa mojada en plan anuncio de perfume caro. De esos que protagoniza David Gandy. Si no sabéis quién es ya lo estáis buscando. Marcos tenía un toque de Gandy porque llevaba el pelo igual. Negro, elegantemente revuelto. Se lo echó hacia atrás con la mano y se giró para mirarme. Yo seguía ahí, dentro de la piscina, en medio del caos. Incapaz de dar un paso adelante porque se me habían caído las bragas al verlo así. Con toda la ropa mojada y la camisa pegada al cuerpo. Creo que me puse a salivar como un perrillo. Y si no lo hice me faltaba poco.

Se me quedó mirando como esperando a que subiera. Yo debía parecer un mapache porque la máscara de pestañas, hasta dónde sabía, no era a prueba de agua. Igual me miraba tanto por eso. Entonces, Héctor llegó junto a él, muerto de la risa, y le echó el brazo encima. Se pusieron a hablar de un modo animado y al final se lo llevó de mi campo de visión, perdiéndose los dos entre el gentío. Empezó a sonar una canción de Dua Lipa, *Physical*, y la gente siguió bailando dentro y fuera de la piscina. A mí el corazón me iba a mil por hora y no habría canción que consiguiera calmarlo o acelerarlo más. Bueno, quizá una cantada por Marcos en mi oído. Sentí un escalofrío, de esos profundos, que nacen de la parte baja de la espalda. Me pareció que había habido un momento mágico entre nosotros en esa piscina.

Salí de ella. Había perdido los zapatos. Y cualquiera se ponía a buscarlos en medio de tanta gente. Descalza, anduve por el filo, en busca de Sofía: no había ni rastro de ella. Teníamos un pacto: si alguna de las dos se liaba con alguien, la otra sabía que se iba de vuelta sola a casa. Y yo pensé que ya había tenido bastante fiesta. Con el vestido chorreando y los pies helados fui a buscar el bolso. Lo encontré entre otro montón de bolsos y me lo colgué al hombro. Saqué el móvil y estaba a punto de pedir un taxi cuando escuché una voz a mi espalda.

—¿Quieres que te lleve a casa?

Me giré sobre los talones y me encontré de frente con Marcos. Héctor debía de haberle dado una toalla porque la llevaba sobre los hombros. Al momento, la puso sobre los míos. Estaba cálida.

—No, gracias, pido un taxi.

Me miró los pies. Yo odio mis pies. Me parecen la cosa más fea del mundo. Metí los dedos hacia adentro para esconderlos. Una tontería, porque no hay forma humana de ocultar del todo los pies cuando uno está descalzo sobre un suelo de mármol.

—Vas descalza.

Marcos era un poco capitán obviedad.

—¿Y no dejan subir a chicas descalzas a los taxis?

Rio una vez más. Él decía que no había bebido, pero es que yo nunca lo había visto reírse así.

—Anda, deja que te lleve. No me cuesta nada.

Miré a un lado y a otro y luego asentí. Se me iba a hacer muy raro ir con él en un coche, pero decirle que no sería una tontería. Un taxi iba a costarme una pasta y yendo con él me lo ahorraría. Me sequé un poco con la toalla y luego la dejé colgada en el respaldo de una silla.

—Vámonos —le dije a Marcos.

Dejamos la casa mientras él me miraba preocupado los pies.

—Me da pavor que andes descalza.

—Pues cógeme en brazos.

Os juro que lo dije de broma, pero Marcos no se cortó un pelo. Me levantó como si no pesase más que una pluma. Como el novio a la novia antes de entrar en la casa. Os juro que ya me veía con el vestido blanco y todo y las campanas de boda sonando.

Tan tan tataaaaaaaaaaan. Tan tan tataaaaaaaaaaaaaan.

Una locura.

Enganché las manos alrededor de su cuello y observé detenidamente su rostro. Visto así de cerca era más guapo todavía. Y entonces lo solté. El vodka. El momento. Mi propia verborrea.

—¿Cómo puedes ser tan guapo? Di la verdad, no eres real. Eres un prototipo de tío perfecto creado por Inteligencia Artificial.

Soltó una risa divertida mientras negaba con la cabeza y echó a andar.

—De verdad que mañana cuando nos veamos en la oficina no vas a querer haber dicho eso.

—Mañana en la oficina te lo diré igual, M.M. Porque estás cañón.

—Cañón. —Volvió a reír—. ¿Eso se sigue diciendo?

—Oye. Pues claro que sí. No soy tan vieja.

—Yo no he dicho que seas vieja. Creo que tenemos la misma edad.

—¿Cuántos años tienes tú? —No iba a decirle mi edad a Marcos Moreno ni en sueños. Y si lo hacía para él tendría veinticinco y los tendría *ad eternum*. O sea: *pa siempre*.

—Veinticuatro.

Me entró la risa floja.

—¿De qué te ríes?

—Eres un niñoato.

—¿Perdona? —Seguía cargándome en brazos en dirección a solo Dios sabe dónde. Esperaba que a su cama. ¿Y si le decía que me había dejado las llaves de la casa dentro y que no tenía forma de localizar a Sofía? Igual así me llevaría a su casa y después...

Sacudí la cabeza. Él se echó a reír una vez más.

—¿Por qué te ríes tanto? En la oficina siempre estás serio.

—En la oficina estoy trabajando.

Le hice burla y después suspiré. Apoyé la cabeza en su hombro y no dije nada más hasta que llegamos a su cochazo porque todo empezaba a darme vueltas. El alcohol había terminado de subir y no tenía escapatoria. Solo esperaba que no me empezase a dar vueltas el estómago también. No quería vomitarle encima a Marcos. A mi jefe.

El vehículo en cuestión era un coche caro. No me preguntéis marca porque yo de eso no entiendo, pero cuando un coche vale pasta se nota. Era negro, muy bonito y largo, con un morro estilizado. Marcos abrió la puerta y me dejó en el asiento.

Capítulo 4

Marcos

Hamburguesas sobre el capó

Sentado ya en el coche, con la ropa todavía medio chorreando, miré a Dánae, toda estirada en el asiento del copiloto. Tenía las piernas abiertas y el vestido se le pegaba al cuerpo haciendo que pocas cosas quedasen a la imaginación. Debía de tener frío, porque la tela le marcaba los pezones, erguidos. ¿Acaso esperaban mi boca? Esa vez quien sacudió la cabeza fui yo y traté de centrarme en arrancar el coche y conducir. Antes me saqué el móvil del bolsillo. Suerte que tanto el móvil como el reloj eran de los que soportaban el agua o se habrían echado a perder.

Arranqué, envueltos en un silencio confortable. O no sabía qué decirme o estaba en ese momento de la borrachera en el que uno se entrega a pensamientos elevados como si fuera a arreglar el mundo en su cabeza por unos instantes. Dejé la calle atrás y enfilé otra un poco más ancha. No me molestaba el silencio. Creo que el hecho de que dos personas puedan estar juntas y en silencio dice bastante. Los silencios también hay que saber compartirlos. Mientras conducía, la miré de reojo un par de veces. Callada, con la mirada clavada en el frente.

—¿Quieres que ponga música?

—Creo que voy a vomitar.

Vale, no estaba en un momento trascendental. Estaba en ese punto en el que tienes que concentrarte para no echar todo el alcohol que has ingerido. Detuve el coche en un hueco entre otros dos y bajé la ventanilla del copiloto. No tenía ninguna bolsa ni nada que ofrecerle. Ella, un segundo después, tomó aire profundamente y me miró con una sonrisa.

—Falsa alarma.

—¿Segura?

—Sí. Segura. —Giró el cuerpo hacia mí, poniéndose de costado en el asiento—. No voy a ponerte el coche perdido, no te preocupes.

La miré a los ojos y dije con franqueza:

—El coche no me preocupa, me preocupas tú.

—Ohhh, qué mono eres. —La sonrisa se le hizo más grande y apoyó la mano sobre la mía,

que reposaba en el cambio de marchas—. Eres monísimo.

Monísimo. No sabía si quería que ella pensase eso de mí, porque esa palabra me sonaba a amigo y yo no quería estar en esa zona. Quería que pensase de mí que era irresistible, empotrador, pero no monísimo.

—Gracias, supongo.

—Vaya, te has puesto triste. —Retiró la mano y me sentí algo huérfano de su tacto—. De verdad que no voy a vomitarte en el coche.

Al parecer Dánae sabía leer mis gestos a la perfección.

—Ya te he dicho que el coche me da igual.

Miró hacia el frente e hizo un mohín muy gracioso.

—Tengo hambre.

Lo dijo como si fuera una niña pequeña y casi me hace reír. Con ella las risas me salían fácil.

—Quiero una hamburguesa doble con queso y pepinillos y muchas patatas fritas con kétchup.

—Por aquí cerca hay una hamburguesería con servicio de autos que sirve toda la noche. ¿Quieres que te lleve?

—¿Harías eso por mí?

«Haría muchas cosas por ti, Dánae». Esa voz interior me asustó. Quizá era demasiado sentirse así teniendo en cuenta lo poco que la conocía. Pero es que ese poco... Solo en ese rato de la fiesta ya me había parecido una chica fascinante. Descarada, divertida, sin pelos en la lengua. Era agradable sentir que alguien era real y sin artificios. Que estás viendo en su alma solo hablando con ella.

—Por supuesto que sí. —Arranqué de nuevo el coche y dejé el estacionamiento.

Ella sonreía, mirando por la ventanilla. El aire se colaba en el vehículo haciéndola disfrutar de la brisa y me pareció que estaba más guapa que nunca. Con los ojos brillantes por las luces y una expresión de anhelo en el rostro.

La hamburguesería estaba en la parte alta de la ciudad y tenía un aparcamiento grande con unas bonitas vistas. La ciudad, con sus luces difuminándose en el horizonte a causa de la calima; el puerto, con los barcos anclados aguardando el día para salir; más allá el mar en calma. A nuestra espalda las montañas. Pedimos unas hamburguesas y luego aparqué el coche en la esquina del aparcamiento, desde donde poder disfrutar de las vistas. Estábamos solos y soplaba un aire fresco, típico de las madrugadas de julio en aquella zona. Me pregunté si no acabaríamos los dos resfriados, porque las ropas no estaban secas del todo, pero supuse que era un mal menor

solo por poder disfrutar de un momento así.

Dánae salió del coche y fue dando pequeños saltitos de puntillas hasta apoyarse en el capó. Puso la mano sobre él antes, comprobando si estaba caliente.

—El coche de mi padre siempre se calentaba mucho y me quemaba el culo.

—Creo que aquí puedes sentarte sin problema.

Y así lo hizo. Puse las hamburguesas, las patatas y los refrescos sobre el capó e improvisamos un picnic. Verla comer era una cosa curiosa. Daba grandes mordiscos a la hamburguesa como si fuera lo único que había comido en meses y ponía una cara de placer que me habría gustado ser yo quien se lo provocase. Generalmente, las chicas con las que había comido lo hacían como pajarillos, como si les diera vergüenza que las viera hacerlo. Cosa que siempre me había parecido una tontería. Al cuerpo hay que alimentarlo bien.

—Esto es surrealista —dijo después de haberse zampado la hamburguesa de unos pocos bocados y haber sorbido su refresco con ganas, haciendo burbujas—. Estoy comiéndome una hamburguesa con mi jefe en un lugar perdido del mundo.

—No estamos tan perdidos —le dije tras tragar el bocado de la mía.

—Pues yo nunca había estado aquí. Y, sinceramente, no te imaginaba en un sitio así. Tienes pinta de ser... —me miró de arriba abajo con una forma que me caló por completo, como si estuviera evaluando cada parte de mí—, de ser de esos que solo van a restaurantes caros con platos muy grandes y raciones pequeñas.

—¿Esa es la impresión que tienes de mí?

—Ajá.

Ese «ajá» sonó de lo más sugerente.

—Pues estás equivocada. Me encanta comer hamburguesas en el capó del coche en sitios perdidos y en buena compañía.

—¿Soy buena compañía?

—No tengo otra —bromeé.

Ella rio con ganas. Dejó el refresco sobre el capó y apoyó las manos en él. Echó un poco el cuerpo hacia atrás y luego irguió la cabeza para mirar las estrellas.

—¿Sabes qué escuché una vez?

Negué con la cabeza y la miré atento.

—Que las estrellas que vemos ya están muertas —continuó diciendo—. Me parece un poco aterrador. Estamos viendo un montón de muertos en el cielo y nos parecen una cosa bonita.

Me hizo reír. Miré al cielo mientras masticaba en silencio el último bocado de la hamburguesa. Dejé el papel que la envolvía sobre el capó y luego bebí, pensando en lo que me había dicho.

—Nunca lo había visto así. Por un momento pensé que ibas a decir algo romántico y me sueltas eso.

—¿Romántica yo? —Resopló—. Creo que soy la persona menos romántica del mundo.

—Lo dices como si fuera algo malo.

—Soy una chica, se supone que debería de ser una romántica empedernida.

—Eso es generalizar mucho. Y generalizar no está bien.

—¿Tú eres romántico? —Me miró con gran interés—. Habrás tenido muchas citas y eso. O me vas a decir ahora que nunca has estado con nadie. —Arrugó la nariz en un gesto gracioso mientras me miraba como si hubiera dicho una barbaridad—. Porque no me lo trago. Tienes pinta de ser de esos tíos que se las llevan a todas de calle.

—Asumes muchas cosas sobre mí, Dánae.

—Asumo lo que veo. Estás cañón.

Reí. Era la segunda vez que me lo decía. La segunda vez que me provocaba ciertas cosquillas escucharla hablar así de mí, como si le gustase lo que veía. Pero yo no quería que Dánae me viese solo como un cuerpo al que desear, yo quería que supiera leer en mí hasta enamorarse de todas las cosas que me componían.

—Puede que haya estado con algunas chicas, sí, y puede que sea un romántico. Pero no con todas lo he sido. No todas han despertado esa parte de mí.

Se me quedó mirando atenta unos segundos y luego volvió la vista al cielo. Empezó a comerse las patatas, una a una, llenándose las manos de ketchup. No parecía importarle. Luego se chupó los dedos.

—Yo sentí eso por alguien una vez —dijo—. Creo que ha sido la única vez en mi vida que tuve el impulso de hacer cosas románticas. Pasear de la mano y esas cosas.

—¿Y qué pasó?

El silencio que se creó me dio la impresión de que estaba hecho de cosas dolorosas. De malos recuerdos.

—Me rompió el corazón. Quizá por eso no me gusta mucho el romanticismo. Porque preveo que me lo romperían otra vez. Prefiero pensar solo en sexo. El sexo no estropea las cosas. Los sentimientos sí.

Tragué saliva. Dánae estaba muy lejos de querer enamorarse de nadie.

—Yo creo que el sexo mal llevado también puede estropear las cosas.

—Un buen polvo lo arregla todo. —Sacudió la cabeza—. ¿Qué hago hablando de esto con mi jefe? —Se echó a reír.

No dejaría de ser el jefe para ella nunca. Una barrera más entre nosotros.

—Ahora no estás hablando con el jefe, estás hablando conmigo.

—¿No sois la misma cosa? —Ladeó la cabeza para mirarme.

—No. El Marcos de la oficina no es el mismo que está aquí contigo, viendo cosas muertas en el cielo y comiéndose una hamburguesa.

—Desde luego tú ríes más que él.

—El trabajo es el trabajo.

Ella me sacó la lengua y luego apuró la bebida. Se frotó la tripa, feliz.

—Qué rico estaba todo. —Volvió a mirarme de arriba abajo—. Tú debes estar mucho mejor, desde luego.

—Dánae... —Rompí a reír, qué descarada era.

—¿Qué? Hoy me has mirado las tetas, tengo derecho a decirte lo que me dé la gana.

—¿Te ha vuelto a subir el alcohol?

Se encogió de hombros.

—Ya sabes que los niños y los borrachos siempre dicen la verdad.

—Entonces..., si piensas que estoy bueno... —No era capaz de terminar la frase, porque era lanzarme de cabeza a la piscina. Otra vez. Y esa vez igual me pegaba con el fondo cuando cayese.

—¿Sí?

—Nada. Era una tontería.

Miró al cielo de nuevo, meditando por unos instantes, y luego dijo:

—Claro que estás bueno, Marcos Moreno. Eso lo sé yo y lo saben hasta en Pekín. Pero eres mi jefe. Y no podría liarme contigo en la vida. Aunque quisieras. Lo que no es el caso.

—¿Y por qué piensas que no quiero?

—¿Tú me has visto? A tu lado parezco un pollo desarreglado.

—Un ¿qué? —Solté una carcajada.

—Es como si tu fueras la marca buena y yo la marca blanca. No pegamos.

Eché las cosas hacia atrás y me acerqué un poco más a ella.

—No sé por qué dices eso. Estás buenísima. Y yo consumo mucha marca blanca. Además, no creo que tú lo seas.

—¿Crees que estoy buenísima? —Pareció cogerle por sorpresa.

—¿Te habría mirado hoy las tetas si no?

En su rostro siguió instalado un gesto estupefacto. Parecía no poder asumir que me gustaba.

—No sé si vas mirándole las tetas a todas con las que te cruzas en el ascensor.

Sacudí la cabeza mientras me reía.

—No hago otra cosa en la oficina, sí.

—Da igual. Aunque te guste y te gusten mis tetas, eres mi jefe.

Cogí aire. Parecía que esa barrera nunca iba a caer. Para ella era más alta que para mí.

—No hay ninguna norma en la empresa que lo prohíba.

—En el manual para el amor de Dánae Morán, sí. Hagas lo que hagas, no te lées con el jefe. Además, nosotros no podemos liarnos. Los hijos no saldrían contables.

—¿Contables? —Reí—. Qué dices.

—Lo que yo te diga. Contables.

La miré detenidamente sin terminar de entender por qué decía eso. Iba a tener que darme por vencido. Al menos por el momento. Al menos por esa noche. Ella parecía cerrada en banda con ese pensamiento. Aunque quizá, si le comía la boca como nunca en su vida lo habían hecho, cambiaría de opinión. Estaba a punto de lanzarme a ello cuando estiró los brazos y bostezó.

—Necesito dormir o mañana no podré ir al trabajo y el jefe me regañará.

Otra vez esa broma. Suspiré. Eso era, el jefe. Ni más ni menos.

—Te llevo a casa.

Dánae asintió. Recogí las cosas del capó y las tiré en una papelerera cercana mientras ella subía de nuevo al coche, andando de puntillas y a toda prisa. Una vez dentro los dos, le pedí la dirección y arranqué. El camino hasta su casa fue silencioso, pues ella iba dando cabezazos, medio dormida, como un bebé que después de comer no pudiera evitar echarse a dormir. Me resultó gracioso verla hacer eso. Gracioso y bonito. Puede que para ella siempre fuera solo el jefe, pero Dánae para mí era algo más.

Capítulo 5

Dánae

¿Qué?

A la mañana siguiente, o quien dice esto dice cuatro horas después de la catástrofe y habiendo dormido tres, después de una ducha y de tener que quitarme las trenzas para lavarme el pelo porque apestaba a cloro, Sofía y yo estábamos en la cocina de casa, con cara de La novia cadáver, sentadas frente a dos tazas de café. Bocadillo de atún, mi gato, un persa blanco y negro regordito, estaba sentado en la encimera de la cocina, mirándonos con su habitual mirada de «humanas, sois mis siervas en esta vida». Ya le había dado de comer. Pero él siempre quería más. Resistí su mirada inquisidora y miré a Sofía. Ella prestaba atención a su móvil, distraída.

—Esperanza Gracia dice que «es el momento de hacer algo que te llene de verdad». Como meterte la verga de M.M. Eso debe llenar cosa mala.

—¡Sofía! —Prorrumpí en carcajadas—. No seas burra, haz el favor.

—Dime que no tienes ganas. Miénteme y dime que no es verdad. Anoche se os veía muy amiguitos.

—Anoche me tiró un cubata encima y no sé cuántas barbaridades le dije.

Tenía muchas lagunas, pero lo de haberle dicho que estaba cañón no se me olvidaba. Aunque él también me dijo que estaba buenísima y me llevó a un sitio alejado de todo a comer una hamburguesa. Todo un caballero. Como cuando me cogió en brazos. Ningún tío me había cogido en brazos nunca. Se me cayeron las bragas. Vaya. A Tombuctú llegaron.

—Si cuando me cruce con él en la oficina me dirige la palabra va a ser para despedirme —agregué mortificada.

—No puede despedirte por una cosa que no ha pasado en el trabajo.

—Ya buscará la manera, ya. Marcos tiene pinta de ser de esos que despiden fulminantemente y sin resollar en un chasqueo de dedos. —Hice el gesto delante de la cara de Sofía y ella dio un respingo—. Así que seguramente tengas que mantenerme.

—No me importará ser tu *sugar mami*, no te preocupes. Eso sí, me haces algún masajito de pies todas las semanas a cambio.

Reímos a la par.

—Además, tirarse al jefe no es una buena idea —le dije—. ¿No lo sabes?

—¿Y por qué no?

—¿Y si la cosa sale mal? Es como liarse con un compañero de trabajo, peor aún, porque encima este tiene potestad para despedirte.

—Estás un poco obsesionada con eso del despido, como si no existieran los derechos de los trabajadores.

—Eso es un unicornio, se dice que existe, pero en realidad no. Sofía, hagas lo que hagas, no te lées con el jefe. Y ya puestos, ni con un compañero de trabajo. Aunque creo que llego tarde, ayer estabas revisándole la campanilla al contable.

—Madre mía. —Sofía se rio y apuró el café—. Ese hombre no besa, centrifuga. Menuda lengua tiene. La tuve entre las piernas y vi en colorines. Y en purpurina. Una discoteca de los 70's tuve en la cabeza mientras me lo comía.

—¿El de Contabilidad te ha comido el chirri?

Sofía asintió de una sola vez, con determinación.

—Y espero que me lo coma pronto otra vez. Porque se da buena maña. Para que luego digan que los contables son aburridos. Por eso, Dánae, tienes que dejar de lado esa tontería de no liarte con el jefe, porque te estás perdiendo cosas muy interesantes. ¿Y si resulta que M.M. es también un centrifugador nato? ¿Y si te lo come y te deja patidifusa? A mí todavía me tiemblan las piernas. Mira. —Se puso de pie y fingió que le temblaban un montón, haciéndome reír—. Pues una cosa así te hace falta a ti.

Resoplé.

—Ya sabes que Marcos me gusta, pero... no sé.

Aunque, a decir verdad, habíamos estado juntos muy a gusto la noche anterior, haciendo lo que harían unos amigos... o una pareja. Y fue tan atento...

Se me escapó un suspiro.

—No sabes, qué.

—Que no sé si quiero enredarme con nadie ahora. No sé si me engancharía y luego se me quedaría el corazón destrozado. Otra vez.

—Ay... —Sofía vino a abrazarme—. A ti lo que te pasa es que estás muerta de miedo. Te pasó lo que te pasó y todavía no te has curado el corazón. Por eso, tienes que dejar que M.M. te lo cure con unos buenos empotramientos. Que te ponga mirando a Cuenca dos noches y verás cómo te quita todas las penas. Si no quieres comprometerte, de acuerdo, pero deja que te alegre con un poco de sexo.

Me imaginé por un momento a Marcos haciéndome el amor de un modo bastante gráfico y me subieron tanto los calores que tuve que ponerme en pie e ir al grifo a beber un poco de agua.

—¿Será de esos hombres más delicados en la cama o será todo un salvaje? —elucubró mi amiga, metida en su propia fantasía.

Tragué saliva.

—Ojalá lo descubrieses y me contases todos los detalles —siguió ella—. Mi curiosidad sobre él va en aumento.

Y mis ganas de querer descubrir todo eso también.

—Ya te he dicho que liarse con el jefe no es buena idea.

—Pero está buenísimo. Y es majo.

—Muy majo. El rato que pasé con él estuvo genial.

—Pues, chata, no pierdas más el tiempo. Hoy le pides salir a tomar algo y listo. De ahí al empotramiento hay nada. —Alzó las cejas con aire autosuficiente de forma graciosa.

Me reí ante su comentario y bebí el último trago de mi café.

—Tiene veinticuatro años. Ocho menos que yo.

—Te vendrá bien para el colágeno. —Rio desenfadada—. Ocho años no son nada.

—No. Solo que cuando nació ya jugaba yo a que mis Barbie se besaban. Ya tenía la mente sucia, ¿sabes? Y él todavía manchaba pañales.

—Dánae. —Me miró tan seria que me envaré—. Deja de decir tonterías. La edad no significa nada, siempre que sea legal para acostarse con el otro, claro. Y en este caso lo es. Le tienes ganas a M.M. y al final caerás, por mucho que ahora quieras hacerte la fuerte.

—La fuerte... —Suspiré.

En el fondo tenía la impresión de que las cosas, de un momento a otro, se derrumbarían. Y es que estaba en un buen momento de mi vida y, a menudo, cuando esto sucedía, llegaba algo que lo jodía. Hacía unos meses había sido el divorcio de mis padres y antes de ellos mi ex. Fue un capullo más de esos con los que te haces ilusiones que luego quedan en nada. De los que te la clavan por la espalda y no precisamente ya sabéis qué.

Mi amiga me dio un beso en la mejilla y me revolvió el pelo como si fuera una chiquilla.

—Vámonos al curro, anda, o no llegamos.

Me alisé la melena con la mano y asentí. Fui a coger mi bolso y vi al lado el pañuelo de Marcos. Lo había lavado nada más llegar a casa, con la borrachera, mientras canturreaba una

canción. Había sido un ejercicio casi tántrico lo de lavar un pañuelo a mano. Una conexión fuerte con mis antepasadas que lavaban en el río. Sí, me he venido arriba, pero fue así cómo me sentí. Lo metí en el bolso con la intención de devolvérselo y dejé la casa junto a Sofía.

La atmósfera en la oficina era bastante peculiar. La mitad de la gente había ido a la fiesta y se veían caras poco gratas. Por suerte era viernes. Terminábamos a las tres y podríamos descansar todo el fin de semana. Estaba en mi puesto, a mis cosas, haciendo como que trabajaba con toda la resaca, cuando sentí cierta presencia. Alcé la mirada y me encontré con la personificación de un dios justo a mi lado, como si hubiera sido una aparición. Camisa gris, traje de chaqueta de corte italiano en color negro, con la americana desabrochada. Un cinturón en piel oscuro. Sin corbata. Los viernes siempre vestía un poco más informal. El último botón de la camisa estaba sin abrochar, dejando ver su estupendo cuello, con esa nuez que podría morder hasta tragármela. Vale, esto ha sido un poco bestia, pero ya me entendéis. Es que la nuez de Marcos tiene un *je ne sais quoi* que me llama bastante la atención. Cuando al fin llegué a mirarlo a los ojos había cierto brillo misterioso en ellos mientras me observaba. Qué verde, Dios mío. Seguro que no estaba en el registro de colores humanos.

—¿Vienes a despedirme? —me salió decirle.

Guiño los ojos un segundo, como desconcertado.

—¿Podemos hablar en mi despacho?

Boqueé como un pez. Nunca había estado a solas con él en el despacho. Siempre era por alguna reunión grupal. Me dio vértigo. En esos momentos, con la idea del despido por verborrea desenfrenada en mi cabeza, su despacho era Mordor y yo el Anillo único, podría destruirme si me acercaba mucho a él.

—V-vale... —tartamudeé como una imbecil—. Pero, espera, tengo una cosa tuya.

Saqué el pañuelo del bolso y se lo di.

—Podrías habértelo quedado. Tengo más.

—¿Y por qué son de tela?

—¿Porque aquí trabajamos por el medio ambiente y los pañuelos desechables no son muy *eco friendly* que digamos? —Me soltó aquella retahíla con voz de jefe, muy serio.

—Vale. Me pasaré a los pañuelos de tela.

Cuando dije aquello, percibí cierta sonrisa guasona en su rostro. El muy cabrón se estaba quedando conmigo.

—Me gusta pensar que los llevo solo por eso, pero también es porque quedan genial con el traje de chaqueta —dijo después.

—Entonces tendré que ponerme un traje de chaqueta para poder llevar pañuelo.

No sé qué pensó en ese instante, pero su gesto serio siguió diluyéndose en otra sonrisa. Rápidamente, miró a su alrededor y carraspeó.

—Vamos a mi despacho, venga. Tenemos que hablar.

Se dio media vuelta y me levanté. Marcó el camino hacia su despacho, mientras avanzaba tras él, pugnando por ponerme seria y no mirarle el culo. Fallé estrepitosamente. Ese culo era como un imán y mis ojos hierro. Mis compañeros me miraban de reojo, levantaban las cabezas como suricatos en sus puestos y luego decían algo en voz baja. Yo creo que también pensaban que me iba a la calle. ¿Para qué otra cosa iba Marcos a pedirme que fuese a su despacho?

Acristalado, estaba integrado en la oficina. Si no bajaba los estores podíamos verlo desde fuera. Marcos a veces se movía por él y se quedaba un rato mirando al exterior por los grandes ventanales. Teníamos buenas vistas porque las oficinas estaban en unas torres muy modernas y altas. Se veía toda la ciudad y más allá. No obstante, la mayoría del tiempo estaba sentado a su mesa, tras su ordenador, tecleando concentrado o hablando por teléfono. Había algo de exquisito en él cuando lo hacía, como si en algún lugar hubiera una cámara grabándolo y fuera a salir en una película de alto presupuesto.

Tomó asiento y me invitó a hacer lo mismo. Miré la silla como si fuera a mordirme. Despacio, la ocupé. Frente a frente, se hizo un silencio largo en el que nos miramos. Marcos me miraba de una forma directa que me recordó a la noche anterior. Y la imagen de mi persona diciéndole una barbaridad tras otra me llegó a la cabeza provocándome una mueca de disgusto.

—¿Estás bien? —preguntó él.

—Pues no. Porque vas a despedirme.

—¿Y por qué iba a despedirte?

—Porque anoche te dije un montón de cosas que no debí haberte dicho.

—Bueno, yo te tiré un cubata. Creo que estamos en paz.

—No creo que sea equiparable, pero gracias. Entonces, ¿no me vas a despedir?

—No, Dánae. No tengo ningún motivo para hacerlo. Tu trabajo es impecable. De hecho, por eso quiero hablar contigo, para ofrecerte una cosa.

«Meterle la verga». La voz de Sofía me revoloteó como un pajarillo molesto.

—Calla —mascullé.

—¿Perdón?

—No. Solo pensaba en voz alta. Dime, ¿qué cosa vas a ofrecerme?

Pestañeé a la espera. A ver si iba a ser un tío de esos a los que les ponían las tías con incontinenencia verbal y eso lo había hecho enamorarse de mí perdidamente y ahora me ofrecía un ascenso o algo así.

Eché el cuerpo un poco hacia adelante hasta apoyar los codos en la mesa y unir después las manos. Fue un gesto inocente pero que en él resultó tremendamente sexi. Sexi. Esa palabra siempre me ha hecho gracia. En mi cerebro se pronuncia «sesi», a lo señora de pueblo.

—El fin de semana que viene hay un simposio sobre energías renovables en la sierra y me gustaría que me acompañases. Iba a hacerlo Julián Macías, pero su mujer se ha puesto enferma, y tú eras mi segunda opción.

Así que su segunda opción. Me dolía serlo, pero era mejor que no ser nada, ¿no?

—El fin de semana que viene no es mañana, ¿no?

Negó con la cabeza en un movimiento pausado.

—No. El que viene —remarcó—, es el que viene.

Me sentí un poco idiota por mi apreciación. Claro que «el que viene es el que viene», Dánae.

—Siento avisar con tan poco tiempo, pero las cosas han salido así. Dime, ¿vendrías? Por supuesto te pagaremos las horas. Es trabajo —dijo eso último con mucho ahínco, como si quiera señalarme bien que no se trataba de un fin de semana de placer en algún lugar carísimo. Él se lo perdía.

—¿Cuánto tiempo tengo para pensármelo?

Se miró el reloj de muñeca.

—Diez minutos. Tengo que confirmar los nombres de los asistentes.

—¿Y qué se supone que vamos a hacer allí?

—Asistir a charlas de expertos sobre el cambio climático y las energías renovables y aprender todo lo que podamos para implementarlo en nuestro trabajo, si es que nos interesa. También es posible que podamos hacer algunos tratos ventajosos para nuestra empresa.

Sonaba bien. El cambio climático nunca me había parecido un invento sacacuartos, como decían algunos, con el fin de vender coches eléctricos o edificios más sostenibles. Para mí era algo real, que estaba sucediendo. Imaginaos que no lo fuera currando en una empresa que se dedica a esto, menuda gracia. El caso es que, además de que el tema me interesase, estaba el asunto de estar cerca de él que me despertaba una tremenda curiosidad. Aunque suponía que una vez allí él se reuniría con otros jefazos y yo me quedaría sola y tendría que pegarme al proletariado. Así que no podía hacerme ilusiones con pasar tiempo con él, aunque fuera tiempo

de trabajo. Sacudí la cabeza, librándome de esos pensamientos y vi que me miraba con interés.

—¿Seguro que estás bien?

Hago cosas raras, lo sé. Es porque hablo conmigo misma y me respondo con gestos y, claro, el que está fuera no tiene ni idea de por qué lo hago y se piensa que voy baja de litio o algo.

—Sí, perfectamente. —Esgrimí mi mejor sonrisa—. Apúntame a eso, será divertido.

—Vamos a trabajar —dijo muy serio, como si fuera mi profesor regañándome.

Uh... mi profesor, eso tiene también un rollo interesante. Pero esta novela va de no liarse con el jefe, no de no liarse con el profesor.

Volví a sacudir la cabeza y él me miró de nuevo con ese gesto extrañado. Ni una sola sonrisa, oye, igual es que le cobraban por ellas. Todas las que me había regalado la noche anterior se habían esfumado. ¿Es que solo sonreía de noche?

—Ya sé que vamos a trabajar. Pero al menos pondrán unos canapés, ¿no?

—Espero que sí —declaró neutral—. Bueno, pues... —Posó las manos en los reposabrazos de la silla y se puso en pie—. ¿Algo que pueda hacer por ti?

Uy, Marcos, no me tires de la lengua.

—No. Ya me darás más detalles la semana que viene, supongo. ¿Nosotros exponemos algo?

—Sí, pero no te preocupes por eso. Seré yo el que lo exponga, tú solo estarás a cargo de la diapositiva. No obstante, te daré las instrucciones a lo largo de estos días y un *pendrive* con todo. Pasa un buen fin de semana.

—Igualmente.

Le sonreí y dejé el despacho sintiendo que había salido de algún tipo de enfrentamiento naval, porque estaba sudando como una perra por los nervios y con la sensación de que un enemigo me perseguía. Pero nada malo había pasado. Solo que Marcos me había invitado a un fin de semana de trabajo en un lugar de sierra por cuyo nombre, como soy imbécil, no había preguntado. Me di la vuelta porque no quería quedarme con la curiosidad e irrumpí en su despacho sin llamar siquiera. Y entonces lo vi. Marcos sonreía. Miraba al móvil con una sonrisa de idiota como jamás le había visto. Vale, tenía novia. Esa sonrisa solo te la saca alguien a quien quieres mucho o algún video de gatos en TikTok, y yo no oía música por ninguna parte. En cuanto notó mi presencia, puso el móvil bocabajo en la mesa y me miró ceñudo. Su rostro pasó de la jovialidad a la seriedad con una facilidad pasmosa.

—¿Has llamado antes de entrar? No te he oído.

Pues le mentí como una bellaca porque no iba a quedar mal diciendo que ni había llamado.

—Sí. Perdona que te interrumpa. ¿Cómo se llama el sitio al que vamos?

—Hotel Boutique Spa Mirasierra.

—¿Y está mirando a la sierra? —Me reí de mi propia y estúpida broma.

Él, por unos segundos, ni se inmutó. Pero pronto me di cuenta de que el muy cabrón estaba intentando contener la risa. Jejeje. Te he pillado, Marquitos. Uy, Marquitos no, que parece mi hijo y le da esto un rollo extraño que no me mola nada. Al final, sonrió. Una sonrisa cálida y agradable. Aunque lejos de parecerse a esa que había echado mirando al móvil. La idea de que tuviera novia y de que estuviera leyendo un mensaje suyo me rondó la cabeza. Pero, a juzgar por cómo se había comportado la noche anterior, no parecía que la tuviera, sobre todo por esas cosas que había dicho sobre el amor. No podía preguntarle directamente, ahora no tenía la excusa de estar borracha, así que me quedé con las ganas.

—Que tengas un buen día, Dánae —dijo, despachándome.

Asentí, le deseé lo mismo y me fui. Lo hice contoneándome descaradamente. Como un pavo real desplegando las plumas. Giré la cabeza por encima del hombro y lo vi mirándome el culo. Sonreí triunfal y llegué a mi sitio. Después de todo, no iba a ser tan malo el día. No solo no me había despedido, es que encima contaba conmigo para un evento importante. Sería la primera vez que salía con él en una misión así y me sentí emocionada. Tenía que informarme bien sobre el evento e ir preparada. Demostrarle que era una mujer competente a la que podría empotrarse de no ser porque soy su empleada.

Capítulo 6

Marcos

Yogur griego marca blanca

Vale, vais a pensar que ha sido una estrategia. Que me he aprovechado de mi posición de poder para llevarme a Dánae un fin de semana a la sierra con la excusa del trabajo. Pero no, os prometo que ella era la segunda en la línea. Y pienso aprovecharlo. Un hombre hace lo que tiene que hacer. Y si es provocar algún encuentro casual en un evento de empresa, se hace. Esa mujer me vuelve loco y la quiero en mi vida. Quiero demostrarle que es una tontería que no podamos liarnos siendo jefe y empleada y que la cosa puede funcionar entre nosotros. Y si no funciona... pues una experiencia más que habremos vivido. Pero voy a lanzarme de cabeza a por ella y aprovecharé el fin de semana en la sierra. De todas formas, parece que el destino me está dando pequeños empujones de más, porque me la he encontrado dos veces fuera de la oficina. Cosa que nunca había pasado.

Una, en una cafetería cerca de donde trabajamos. Yo iba con Héctor y ella estaba tomando algo con Sofía. La saludé desde lejos, me daba corte acercarme. Suerte que Héctor, con más cara que yo, tiró de mí y nos acercamos a ellas. Estaban merendando gofres con chocolate. Y en el rostro de Dánae se dibujaba una vez más ese placer que le vi cuando comió la hamburguesa. Dios, habría dado lo que fuera por revestirla a ella de chocolate y comérmela entera.

Después de los saludos iniciales, nos invitaron a sentarnos con ellas. Era miércoles por la tarde y acabábamos de salir del gimnasio. Recién duchados y con ropa informal. Vi que Dánae me miraba de arriba abajo, con descaro, evaluando mi vestimenta. Supongo que se asombraba de verme vestido así, con una camiseta y unos vaqueros normales.

—Pedid los gofres, están buenísimos —sugirió.

—Acabamos de salir del gimnasio —comentó Héctor—. ¿No sería delito?

—No. Es lo que se llama el *gym* y el *ñam* —dijo Sofía—. El equilibrio perfecto.

Héctor asintió y llamó al camarero. Pidió gofres para ambos y un par de *frappés* de vainilla. El sitio era muy de barrio, una cafetería normal, pero estaban al día con las modas de los cafés.

—Dánae, tengo tus zapatos. Mañana te los llevo a la oficina. Por cierto, ¿lo pasasteis bien en la fiesta? —preguntó Héctor mientras esperábamos que nos sirvieran.

—Yo mejor que Dánae, que me lie con el de Contabilidad. Ella no se lio con nadie.

Sofía me miró alzando las cejas con cierto gesto acusador. Lo sabía. Ella sabía que habíamos

estado juntos. ¿Sabría también que su amiga me gustaba? Miré a Dánae. Se había quedado a punto de meterse un trozo de gofre en la boca y miró a su amiga, pasmada.

—¿Por qué miras así a Marcos? —dijo Héctor entre risas—. Como si él tuviera la culpa.

—¿No te ha contado que estuvieron juntos? —soltó Sofía.

A juzgar por cómo la miraba, Dánae iba a matarla en tres, dos, ...

—Solo me llevó a mi casa. —Dánae carraspeó y dejó el tenedor con el gofre en el plato—. Nada más.

—Exacto —anoté.

—Y comisteis una hamburguesa los dos solitos, como en una cita romántica. Yo veo una oportunidad perdida —dijo su amiga—. Vamos, en esas fiestas todo el mundo se lía con todo el mundo y luego a otra cosa. Si te vas con alguien de una fiesta es para liarte con él.

Ella volvió a carraspear y yo también lo hice. Héctor nos miró y se echó a reír.

—Os habéis puesto colorados.

—Es que mi amiga no dice nada más que tonterías. Marcos fue muy majo esa noche, pero nada más. No nos hemos liado ni nos vamos a liar. Es el jefe —zanjó Dánae volviendo a coger el tenedor y engullendo el gofre. Lo masticó con ganas mientras me miraba y agregó—: ¿Verdad, Marcos?

—Qué tontería —intervino Héctor antes de que yo pudiera decir nada, volviendo a reír—. Ni que no se hubiera liado antes con una empleada.

—Ah, ¿sí? —Sofía se interesó sobremanera por ese punto de la conversación e inclinó el cuerpo hacia Héctor dispuesta a escuchar su confidencia—. ¿Con quién?

Fui yo quien quiso matar a alguien.

—Con la rubia de Recursos Humanos.

—Oh, vaya bellezón. Desde luego que sabes elegir bien las conquistas, jefe —dijo Sofía entre risas.

Dánae me miró de una forma un tanto peculiar. La noté triste.

En ese momento llegó el camarero con el pedido. Me sentí salvado por los gofres. A ver si con esa interrupción cambiaban de tema. Pero no fue así. En cuanto dimos el primer bocado y un tiento al café, Héctor dijo:

—No fue nada. Duraron un mes, pero se divertieron entretanto. ¿A qué sí, Marcos?

Me daban ganas de meterle el gofre por el culo para que se callase. Sobre todo, porque el

gesto de Dánae empeoraba y no me gustaba verla así.

—¿Podemos hablar de otra cosa? —dijo ella de repente—. No es que me interese conocer la vida amorosa de mi jefe. Y menos cuando lo tengo aquí delante.

Así que no le interesaba saber nada de mí. La otra noche no lo parecía cuando conversamos.

—Qué aburrida eres —dijo su amiga—. Con lo interesante que estaba el salseo.

Héctor y Sofía resoplaron a la par y luego se pusieron a hablar de otras cosas. Entretanto, Dánae y yo cruzábamos miradas. Ella parecía disgustada por algo y yo quería preguntarle por qué. Ayudarla a pasar por ello sea lo que fuere. Incluso darle un abrazo para animarla. Pero sentía que esa barrera que había impuesto entre ambos era alta y que nada podría hacer para bajarla. Ni siquiera con un fin de semana en la sierra. ¿Me había equivocado con mis pretensiones? ¿Era lo nuestro algo imposible de verdad?

La segunda vez que la encontré fue en el hipermercado. En el pasillo de los yogures. Hacía un frío que pelaba y ella miraba el expositor en busca de algo.

—En este pasillo podrían criogenizarnos —dije estando ya a su lado.

Estaba tan distraída que me miró confusa por unos segundos, hasta que se le dibujó una sonrisa en la cara.

—Ah, Marcos. Pues sí, hace bastante frío.

No quería hablar de la temperatura con ella, no si esa temperatura no era el calor recorriendo nuestros cuerpos en un encuentro pasional, pero para romper el hielo tenía que conformarme con eso.

—¿Haciendo la compra? —le pregunté torpemente.

—No. Solo estoy paseando por aquí porque fuera hace mucho calor.

Por un momento me lo tragué, hasta que ella rompió a reír y asintió.

—Sí, claro que estoy haciendo la compra. ¿Y tú?

—No. Paseaba también.

Rio y miró el carrito, de esos pequeños que se arrastran, que llevaba conmigo. Después viró la mirada hacia el expositor y cogió unos yogures griegos.

—¿Los has probado?

—Me gusta más la marca blanca. —Los cogí y se los di.

Dánae se puso un poco colorada por un segundo, había captado la indirecta y eso me hizo feliz. Murmuró algo que no alcancé a escuchar y luego cogió los yogures. Al hacerlo, rozamos

las yemas de los dedos. Fue un acto que, en otro momento, con otra persona, no me habría provocado nada, pero con ella resultó como si todo explotara de repente y la Tierra empezara a girar más rápido bajo mis pies.

Nos quedamos así, quietos, con los yogures a medio camino entre los dos. Estaban fríos, pero los dedos de Dánae eran cálidos. ¿Sería todo su cuerpo así? Las ganas de lanzarme a besarla que me invadieron la otra noche volvieron a mí. Imposibles. Inoportunas. ¿Cómo iba a besarla en el pasillo de los lácteos? Punto uno: no se dejaría. Punto dos: qué lugar tan poco romántico. Aunque ella había dicho que el romanticismo no le iba... o más bien, pensé, alguien le robó la oportunidad de creer en él. Un Grinch de lo romántico. Había muchas cosas que tenía que hacerle ver que eran distintas. Esa para empezar. Porque ella sí que despertaba en mí un instinto romántico que me impelía a hacer muchas cosas con ella, como cometer la estupidez de besarla sin venir a cuento rodeados de yogures. Sacudí la cabeza, quitándome la idea de la mente. No era el momento ni el lugar. Ella no estaba preparada.

Capítulo 7

Dánae

Crema depilatoria

¿Por qué tenía la impresión de que Marcos quería besarme? ¿Era por su forma de mirarme? O igual se le había metido algo en el ojo. Oteé en sus iris verdes y no vi una sola mota en ellos que pudiera molestarle, ni una pestaña. Pero pestañeaba despacio, mirándome muy atento, sin soltar los yogures. Yo tampoco quería soltarlos, porque estaba rozando sus dedos y eso me gustaba. Los tenía suaves y cálidos. Y yo tenía frío. Me pregunté cómo sería que me recorriese con ellos, que los introdujese en mí. ¿Sería Marcos bueno masturbándome?

«Dánae, ¡qué haces pensando en esas cosas con tu jefe!».

Sacudí la cabeza, a la par que él, y finalmente soltó los yogures y quedaron en mis manos.

Le gustaba la marca blanca, había dicho. No me parecía que la rubia de Recursos Humanos lo fuera. Era una de esas mujeres imponentes que llenan el espacio en el que están. De esas de las que puedes presumir. No. Ella era una chica de marca auténtica. Y esas eran las que le gustaban a Marcos. No las de marca blanca de verdad, como yo. Quizá por eso me había molestado cuando Héctor había comentado que estuvieron juntos, porque, aunque estuviera decidida a no tener nada con mi jefe, una parte de mí, de mi ego, me decía que tenía que gustarle, quizá para demostrarme a mí misma que podía gustarle a un tío como él. Pero... ¿qué era él al fin y al cabo? Un ser humano como yo, aunque lo hubiera puesto a la altura de los dioses. Griegos. Como el yogur que sostenía como una pava mientras Marcos y yo seguíamos mirándonos.

La gente pasaba a nuestro lado, se llevaba sus cosas para la compra y nosotros permanecíamos allí, como si el mundo a nuestro alrededor hubiera empezado a arder y no hubiera escapatoria posible. Pero había algo en su mirada que me aportaba calma y se me hacía difícil dejar de mirarlo. Fue el mundo quien nos obligó a movernos, pues una señora nos dijo que la molestábamos en su búsqueda de yogures. Marcos se disculpó amable. Yo quise asesinarla. Ya me veía en un documental de *true crime*: «Mujer de treinta y dos años asesina a una anciana en el pasillo de los yogures porque interrumpió una mirada de complicidad con su jefe. Ese al que no se puede tirar, pero que la vuelve loca». Patético. Ni para salir en documentales de crímenes valgo.

—¿Aún te quedan muchas cosas que comprar? —me preguntó Marcos cuando nos hicimos a un lado.

Metí los yogures en el carrito y negué con la cabeza.

—Solo un par de cosas.

—¿Quieres tomar algo después?

Lo miré pensativa. Las palabras de Sofía reverberaron en mi cabeza. «No pierdas el tiempo e invítalo a salir». Parecía que Marcos había tomado la delantera. Quizá, porque me vio dudosa, agregó:

—Así podemos hablar sobre este finde.

—¿Hablar de trabajo fuera del horario de trabajo? La pasión de toda persona.

Sonrió. Una sonrisa preciosa y sincera.

—No había caído en eso.

—Mira, hacemos una cosa. Nos tomamos algo, pero nada de trabajo. Hablemos de otras cosas.

—¿De qué te gustaría hablar? —Su gesto se volvió algo más serio, como si de repente tuviera miedo de no saber qué decirme.

—No sé. —Me encogí de hombros—. Improvisemos.

Volvió a sonreír y eso me hizo sentir bien. Eché a andar y le hice un gesto para que me siguiera. Necesitaba coger un par de cosas más y él también por lo que dijo al momento. Durante un rato nuestra conversación se basó en asuntos de supermercado. Que si has probado esto, que si aquello no me gusta... Parecíamos un matrimonio que saliera todos los fines de semana a hacer la compra y estuvieran ya acostumbrados a ello. Nos acoplamos al ritmo del otro mientras íbamos llenando los pequeños carritos. Yo tenía que comprar crema depilatoria. No pensaba ir al hotel de la sierra con unas pelambreras del quince, porque había estado cotilleando en su sitio web y tenían *spa*. No pensaba perdérmelo. Cada una es libre de llevar los pelos que quiera, pero yo prefiero depilarme.

Por algún motivo, me daba vergüenza cogerla delante de él, así que traté de despistarle con un comentario para que mirase hacia otro lado y no funcionó. Me vio cogerla y casi se me cae de las manos. «Mujer de treinta y dos hace el ridículo en el supermercado intentando ocultar que usa crema depilatoria porque es tontísima y no entiende que no pasa nada malo por eso». Otro titular digno de mi existencia.

—Ah, es la misma que uso yo —dijo para mi sorpresa.

—¿Te depilas?

Frunció el ceño porque parecía que lo estaba acusando de algún genocidio.

—Sí. ¿Qué pasa?

—El qué te depilas.

Puso la boca pequeña y miró a un lado y al otro. ¿Qué secretos guardas, M.M.?

—Todo.

—Todo, ¿todo?

—Todo.

A ver. Todo podían ser muchas cosas. Podían ser las piernas, las axilas, el pecho, la espalda y hasta los pelos del culo. O podría ser...

—¿Te depilas ahí abajo? —Me señalé la entrepierna.

Marcos soltó una risa divertida. Mi sorpresa le parecía graciosa, pero es que nunca había estado con un tío que lo hiciera. Siempre se nos «exige» a nosotras que lo hagamos, pero ellos... ellos llevan unas matas de pelo que se parecen mucho al seto ese en el que Homer se oculta. Espero que sepáis de qué hablo. Unas voluminosas y peludas entrepiernas en las que asoma una verga. Hasta en los huevos tienen pelo. Pero eh, nosotras a depilarnos hasta las ideas.

—Sí. ¿Qué pasa? No importa si tú no lo haces, eh. A mí los pelos en los demás me dan igual. Pero en mí mismo, como que no me van mucho.

No sé cómo había acabado hablando de esto con mi jefe, pero bueno. En la vida hay que afrontar las cosas como vienen. Y como de perdidos al río me lancé a hacerle otra pregunta, no sin antes acercar los labios a su oído, por si una señora que pasaba cerca me oía. No quería perder la poca dignidad que me quedaba.

—¿Los huevos también?

Se rio y giró el rostro hacia mí. Yo seguía muy cerca y nuestros labios casi se rozaron. Sentí lo mismo que se siente cuando estás en una montaña rusa y el cacharro empieza a descender. Una sensación en el estómago que lo encoge. Sumado al hecho de que habíamos estado muy cerca estaba el asunto de su olor. ¿A qué olía Marcos? ¿Qué clase de perfume hecho en el Olimpo usaba? Dios... me habría gustado aspirarle hasta el último palmo de piel. Sí, incluidos los huevos. ¿Le olerían así de bien?

—Sí. Eso también.

Dicen que la curiosidad mató al gato. Pues a esta gata ya podría pasarle por encima un tranvía que yo tenía que vérsela a Marcos en algún momento para ver cómo era eso de un hombre depilado. ¿Y si se lo pedía sin más cuando estuviésemos en la sierra? Solo como un favor jefe-empleada, sin ningún tipo de pretensión sexual.

—Interesante —dije.

Marcos se rascó el cogote, algo sonrojado. Y luego fingió gran interés en los perfumes, probando algunos. Lo acompañé en eso, sin decir una palabra más al respecto del asunto de la depilación, pero sin dejar de pensar en las ganas de verlo en pelotas. Una tiene sus fijaciones, qué le vamos a hacer.

Mi jefe, recordemos que lo es porque a mi chirri se le está olvidando haciéndose agua al imaginarlo desnudo, me pasó un perfume para que lo probase. Era uno de los más caros que había en los expositores. Lo olí. Olía increíblemente bien. A una mezcla entre musgo blanco y jazmín.

—¿Te gusta? —preguntó.

—Huele super bien.

Lo echó en su carro.

—Te lo regalo.

—¿Qué? —Lo saqué del carrito—. No, ni hablar.

—Déjame regalártelo. —Me lo quitó de las manos y volvió a meterlo en su carro—. Me apetece.

—No es políticamente correcto que le hagas regalos a tu empleada.

—¿Pero sí que le diga que me depilo los huevos? —Ladeó la cabeza mirándome con media sonrisa.

—Bueno, es que... tenía mucha curiosidad. Lo siento.

—Si no pasa nada. Es solo que me gustaría que fueras siempre así, como tú eres. Soltándome las cosas sin tapujos y a bocajarro. Como la otra noche.

—La otra noche estaba borracha. No cuenta. Es como que hay dos Dánaes, la sobria y la ebria, como los dos Marcos, el del trabajo y el de ahora. Hablándome de que se depila los huevos. Eso en la oficina no me lo dirías ni loco.

—Depende. ¿Estando solos en mi despacho? Sí.

—¡Ja! —Me crucé de brazos—. No te lo crees ni tú. En la oficina siempre estás con cara seria, menos cuando...

—¿Menos cuándo qué?

—A veces te he visto mirando el móvil con una sonrisa. Siempre he pensado que sería tu novia.

—No tengo novia.

Me sentí tremendamente aliviada por eso, como si hubiera sido una preocupación latente, aunque no hubiera pensado demasiado en ella. ¿Por qué iba a importarme eso tanto si no pensase que habría una posibilidad entre nosotros?

—Pero podría tenerla.

Boom.

Eso había sido mi corazón atacado brutalmente por esas palabras. Porque donde vosotros habéis leído «Podría tenerla», yo leí un «Podrías ser tú». Porque sí, porque me encanta complicarme la vida. Fingir que no quiero nada con él y luego derretirme ante la más mínima tontería.

—¿Podrías tenerla?

Marcos dio un paso hacia mí. Por cómo me miraba, parecía que fuera a hacer una confesión relevante. Pero como esto es una novela alguien nos tiene que interrumpir y, ¡pum!, la megafonía del supermercado anunciando a sus clientes que iban a cerrar en diez minutos. Marcos frunció los labios y luego suspiró. Me pareció que soltaba una maldición con la mirada hacia el techo, allá donde estaban los megáfonos.

—¿Hay algo más que tengas que comprar? —me preguntó después.

Negué con la cabeza.

—Entonces vámonos a tomar algo. Tengo mucha sed.

Y eso hicimos.

Capítulo 8

Marcos

Una cita improvisada

Después de pagar la compra y de convencer a Dánae de que se quedase con el perfume, nos fuimos a un bar cercano a tomar algo. Era una noche de verano de un día especialmente caluroso, así que las temperaturas todavía seguían altas y elegimos la zona de la terraza. Pedimos un par de birras, nos sirvieron unas aceitunas y ella me preguntó si quería comer algo. Me gustó que lo hiciera. Considero un acto maravilloso que alguien se preocupe de si tienes hambre, porque comer es una de las cosas más importantes del mundo. Y a mí me encanta comer.

—Me comería una vaca.

Por lo que sea, eso le hizo gracia y se echó a reír.

—¿Pedimos algo para compartir?

—Vale —accedí.

Al poco la mesa estaba llena de varias raciones: tortilla de patatas, patatas bravas, ensaladilla rusa, unos montaditos... Todo sencillo, pero rico. Mientras comíamos, entre Dánae y yo se dio una conversación animada sobre música. A ella le gustaba ir a conciertos y a mí también. Casualmente habíamos coincidido en algunos sin saberlo.

—Aunque prefiero los conciertos al aire libre, ¿y tú? —comentó.

—Depende de la música que sea. Hay algunos temas que suenan mejor en un recinto cerrado.

—Pero estás sentado, ¿no? No puedes ponerte a saltar como un loco.

—Así que vas a los conciertos para eso. Para saltar.

—Es el único sitio donde puedo saltar sin que nadie se fije en lo mucho que me botan las tetas, porque hay tantas botando que se camuflan. —No tenía excusa para haber dicho esto, pero me salió sin más. Me sentía cómoda con él y la lengua se me disparaba.

Solté una espontánea carcajada. Hacía tiempo que no soltaba una de esas. Obviamente le miré las tetas y me las imaginé botando. Qué delicia.

—Me habría gustado encontrarme contigo en alguno, la verdad.

—¿Para mirarme las tetas como ahora? —Ella juntó un poco los brazos y eso hizo que se le marcara el canalillo. Llevaba una camiseta holgada, de tirantes, que se le ciñó a los pechos con ese movimiento.

Se me puso dura. Como si fuera un adolescente hormonado.

Dánae, no juegues con fuego.

—Por supuesto que sí —dije sin quitar la vista de esas dos bellezas. Quería metérmelas en la boca y lamerlas hasta perder el sentido.

Dánae se echó hacia atrás, apoyando la espalda en el asiento, y rompió a reír.

—Eso habrías hecho, mirarme nada más, porque no me habrías ni hablado. Hasta que no nos vimos en la fiesta nunca has hablado conmigo fuera del trabajo.

Me sentí un poco golpeado por esa realidad. Llevaba ya tiempo colgado de ella y era cierto que no me había atrevido a dar el paso hasta hacía nada.

—En el ascensor siempre te saludaba.

—Uy, cuidado. Un despiorre de palabras, eh.

Me reí.

—A ver, Dánae. Ya te he dicho muchas veces que el trabajo para mí es trabajo y me gusta ser profesional. Lo que pase fuera de la oficina ya es otra cosa.

—Y están pasando muchas cosas que nunca creí que pasarían —dijo tras engullir una buena porción de ensaladilla, con gesto feliz—. Me miras las tetas como si nada. ¿Qué pretendes?

«Comerte entera». No lo dije, pero lo pensé.

Se le había quedado un poco de ensaladilla en la comisura y me incliné para retirársela con el pulgar. Luego lo chupé. Dánae se me quedó mirando pasmada y pestañeó rápido un par de veces. Casi se puso bizca. Sacudió la cabeza y se agitó como si le hubiera dado un escalofrío.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—¿Tienes frío? No tengo chaqueta que prestarte, pero podemos irnos dentro si quieres.

—¿Frío? Hará por lo menos cuarenta grados. —Rio—. Es solo que... me gustan las cosas que haces. Lo de limpiarme la comisura o llevarme a comer hamburguesa la otra noche cuando lo pedí. O pensar en darme la chaqueta si la tuvieras.

—Eso no lo haría cualquier jefe.

—No, solo uno que se depila los huevos —soltó.

Me miró muy seria y luego estalló en carcajadas, y yo con ella.

Esa noche hablamos de muchas cosas más y en todas ellas descubrimos que éramos afines, salvo en una: a ella le gustaba la tortilla de patatas con cebolla y a mí no, pero no podía ser tan

perfecta.

Capítulo 9

Dánae

Bragas

Vale. Estaba metida en un asunto peligroso. Al principio solo había fantaseado con Marcos en un plano sexual, pero se comportaba de un modo que hacía que empezase a interesarme mucho más allá, y ya daba igual que fuera guapo, feo o que tuviera verrugas en la cara. Era un hombre interesante más allá de su físico y eso... eso era peligroso. Peligroso porque más allá de lo sexual una puede caer en enamorarse y yo no sabía si estaba preparada para eso. Ni mucho menos cuando se trataba de enamorarme de mi jefe, que todas sabemos ya mi firme convencimiento de no liarme con él. Pero ¿qué iba a hacerle? Estaba de pie, en la cocina, comiendo un yogur griego de marca blanca, después de que Marcos me acompañase a casa y nos despidiéramos, mirando el bote de perfume sobre la encimera. Había tenido un bonito detalle, pero quizá había sido demasiado íntimo, como si ya fuéramos dos amigos que se conocen desde hace tiempo... o dos amantes que empiezan a conocerse. ¿Tendría que hacerle un regalo ahora para compensar? ¿Qué se le podía regalar a Marcos? Tenía pinta de tenerlo todo.

Estaba tan absorta en mis pensamientos que ni siquiera me percaté de que Bocadillo de atún había saltado de la encimera e iba directo a la puerta, señal de que alguien llegaba. En la cocina entró Sofía, con su alegría habitual. El gato la perseguía maullando.

—Capulla, ¿dónde te has metido toda la tarde? —me preguntó dejando el bolso en la encimera, al lado del perfume—. Se suponía que ibas solo a comprar. Te he escrito y ni has contestado.

Caí en la cuenta de que ni siquiera había mirado el móvil. Había estado tan entretenida con Marcos que se me había pasado por completo. Él tampoco había mirado el suyo. Otra señal de que estábamos a gusto juntos. Cogí el móvil y le eché un ojo: tenía unos cuantos mensajes de Sofía, entre otros.

—Perdona. He ido a comprar y me he encontrado con Marcos.

—¿Con M.M.?

—El mismo. —Asentí—. En el pasillo de los yogures.

—Le gustan los yogures, eh. Yo podría darle una nueva receta que incluye mi cuerpo y un petit suisse. O dos. Porque seguro que a él le daban dos.

Me eché a reír. Sofía le dio un par de mimos a Bocadillo y después una de sus galletas

favoritas. El gato lo recibió feliz y luego se quedó tranquilo, sentado sobre las patas traseras, mirándonos.

—Ha sido muy majo, la verdad. Ha sido genial estar con él.

—Tanto que se te ha olvidado mirar el móvil. Ay, Dánae, te estás pillando por el jefe. Puede que te resistas a tirártelo, pero tu corazón ya late por él. —Se llevó la mano al pecho y se dio un par de golpecitos como si fueran latidos—. Bum. Bum. Así de rápido.

—No te hagas películas. Solo hemos estado echando un rato como amigos.

Y me ha mirado las tetas descaradamente. Y me ha contado que se depila los huevos.

—Tu gesto. —Me miró sospechando—. Ocultas algo. Desembucha, bandida.

—Está bien. —Suspiré—. Te lo cuento, pero no te emociones.

—Soy todo oídos. ¿Os habéis besado?

—¡No! Aunque... Aunque en el pasillo de los yogures he tenido la sensación de que me besaría, no sé por qué.

—Qué erótico. Entre toda esa leche batida...

Estaba pensando en una cerdada y vosotras también, que lo sé.

—Erótico costumbrista, sí. —Me reí—. Luego he cogido la crema depilatoria y me ha dicho que usa la misma, y que se depila todo.

—¿Todo, todo? —preguntó intrigada apoyándose en la encimera.

—Todo. Hasta los huevos.

—¿El jefe te ha dicho que se depila los huevos? —Soltó una sonora carcajada—. Ese te la quiere meter hasta el esófago.

Y yo que me la meta.

—Burra. —Chasquéé la lengua haciéndome la digna—. Yo creo que es porque se siente cómodo conmigo, como dos buenos amigos. Luego me ha regalado un perfume.

—Te habla de sus huevos y te regala perfume. Reconozco que es una táctica peculiar de ligar, pero si me pasase a mí con un hombre así ya tendría las bragas por los tobillos.

—Porque tú eres una básica de la vida. Te hace falta poco para bajarte las bragas.

—Eso es cierto. —Suspiró. Se quedó pensativa unos segundos y luego dijo—: Ah, toma. —Sacó del bolso un *pendrive* y me lo dio—. Las fotos de la fiesta, me las ha pasado Héctor. Como no eres mucho de Instagram ahí podrás verlas a tu rollo.

Metí el *pendrive* en el mío.

—Las veré este finde en el hotel. Ahora no puedo pararme.

—¿Lo tienes ya todo listo?

Negué con la cabeza.

—Todavía tengo que hacer la maleta.

—Pues venga, que te ayudo.

Sofía me cogió del brazo y fuimos a mi habitación. Como hacía algún tiempo que me había dado por el método Marie Kondo la tenía bastante ordenada. Al contrario que la de Sofía, que parecía una leonera. Cogió la maleta de encima del armario y la puso en la cama.

—Bragas. Tienes que llevarte bragas. Aunque espero que no las necesites mucho porque Marcos te las quite pronto.

—No voy a acostarme con él. Es el jefe.

—Es el jefe —imitó burlándose—. Vais los dos solos a un hotel en la sierra. Si no se te ha tirado encima a las dos horas de que lleguéis dejaré de creer en el poder de la atracción.

—¿Lo estás manifestando?

—He puesto ya unas cuantas velas. Te hace falta un buen meneo para quitarte del todo de la cabeza a Raúl.

—No lo menciones. —Solo de escuchar su nombre me ponía de mala leche.

Raúl había sido mi relación más tóxica y la que más problemas me había dado. De hecho, me había dejado una brecha en la autoestima que me costó recomponer. Por suerte había salido de mi vida hacía ya un año y no había vuelto a verlo desde entonces. Aunque su eco todavía resonaba en mi cabeza en algunas ocasiones. Sobre todo cuando se trataba de iniciar algo nuevo con alguien. Con Raúl me había ilusionado mucho y luego todo se había ido al traste. Me daba miedo pensar que volvería a pasar.

—Raúl es el pasado. Marcos es el futuro y estas bragas... —Me tendió unas de encaje, muy pequeñas—. Estas bragas tu pase a la gloria. Póntelas y pásate con ellas delante de él.

—No sé en qué momento podría darse esa escena. Estaremos en habitaciones separadas.

—Pues vas en albornoz a pedirle, no sé, fuego.

—No fumo.

—Ahora sí.

Sacudí la cabeza mientras me reía. Sofía tenía unas ocurrencias de lo más peculiares. Metí las bragas en la maleta, aunque sabía de sobra que no me las iba a poner.

—Me tiene que bajar la regla. Me llevo las de Piolín.

—No, las de Piolín no. Ni hablar. ¿Y si por lo que sea las ve? Qué vergüenza. Una noche a la luz de la luna de la sierra y, ¡zasca! Las bragas en los tobillos. —Puso las manos en actitud orante—. Pero por favor que no sean las de Piolín.

—Las de Piolín solo me las pongo cuando tengo la regla y yo con la regla no me acuesto con nadie. No me gusta. Me siento incómoda. Aunque me pongo muy cachonda esos días, aguanto.

—Tú te lo pierdes. Es cuando más sensibles estamos.

—Yo solo quiero tirarme al sofá a ver películas y a comer porquerías. Nada de sexo.

—Dánae, estamos ante un estado de emergencia sin igual. Llevas sin catar hombre un año. ¡Un año! Creo que has vuelto a ser virgen. Tienes telarañas en el toto del tamaño de la Muralla China —dijo haciendo aspavientos con las manos—. Podría irse a vivir una familia en tu toto de lo parapetado que está.

Chasqueé la lengua y metí las de Piolín aún en contra de su voluntad. Sofía arrugó la nariz y puso los ojos en blanco.

—Como quieras —bufó—. ¿Qué ropa te vas a llevar?

—Algo formal para las horas de trabajo, algo de deporte por si puedo hacer una escapada y ropa fresquita. ¡Ah! Y traje de baño, que hay un *spa*.

—Llévate una rebeca. Por la noche refresca mucho en la sierra.

Asentí y terminamos de hacer la maleta. Como de costumbre, eché más ropa de la que necesitaba y tuvimos que sentarnos encima de ella para poder cerrarla. Acabamos agotadas y tiradas en la cama.

—Después del super he ido a tomar algo con él —le confesé a Sofía.

Se puso más contenta que si le hubiera tocado la lotería.

—¿Y qué tal ha ido?

—No le gusta la tortilla de patatas con cebolla.

—Oh, el hombre perfecto se desmonta —fingió dramatismo—, pero el marisco sí le gusta, ¿no? Porque tremenda almeja la de mi amiga.

Le di un codazo y se echó a reír.

—El caso, Sofía, es que nos gustan las mismas cosas. Somos muy afines en todo —dije con la mirada clavada en el techo.

Ella soltó un suspiro soñador y asintió.

—Lo sois.

—Una parte de mí quiere seguir sabiendo cosas sobre él, pero la otra... La otra está acojonada. ¿Y si descubro que Marcos es algo más que un polvo? ¿Y si me gusta de verdad? Es el jefe.

—Estás de un pesado con que sea el jefe... Ya oíste a Héctor. Se lio con una empleada así que no serías la primera.

—Con la rubia de Recursos Humanos que está como un tren.

—Y tú como un Boeing 747.

Reí. Ella se giró de costado para mirarme y yo lo hice también.

—Dánae, sé que tienes miedo y que el miedo paraliza. Pero no podemos dejar que nos robe la oportunidad de vivir. Déjate llevar. Conoce a Marcos, siéntelo como se sienten las cosas bonitas que llegan a la vida, como si el tiempo a su lado no importase. Si después de todo es solo una cara guapa con la que pasar un buen rato, no habrás perdido nada, porque tremendo revolcón tiene el cabrón...

Reímos a la par, ella siguió hablando.

—Pero si es algo más... Si es algo más entonces ya cruzarás ese puente cuando llegue. Sospecho que no será tan peligroso como crees que es. Marcos parece un tío cabal. Y huele siempre muy bien.

—Huele muy bien, sí. —Suspiré, recordando su perfume. Si cerraba los ojos casi podía sentirlo de nuevo.

Sofía estiró la mano y cogió la mía.

—¿Me prometes que te lo pasarás bien este fin de semana? —dijo con una vocecilla dulce y comprensiva—. ¿Que no pensarás en el pasado ni en Raúl ni en lo mal que te lo hizo pasar?

—Ni rastro de Raúl, te lo prometo. Será como si nunca hubiera existido. —Apreté su mano.

Ella me besó en la frente con el cariño con el que solo una amiga puede hacerlo y luego me abrazó. A los pocos segundos, dijo:

—Joder, qué calor pegas. Me suda hasta el toto. Aparta. —Me hizo a un lado.

Volví a abrazarla para escucharla refunfuñar y me pegó un cojinazo. Por un rato fuimos dos adultas jugando a ser niñas otra vez, entre golpes de cojín y risas. No sabía qué me depararía el viaje, pero al menos tenía la seguridad de que a la vuelta estaría Sofía esperándome y eso hacía que toda pena lo fuese menos.

Capítulo 10

Marcos

Las manos en el volante

No había estado más nervioso en toda mi vida. Y no tenía nada que ver con el trabajo. Es que iba a recoger a Dánae a su casa e íbamos a estar solos en el coche la hora y media de trayecto hasta el hotel. A solas en un espacio pequeño y cerrado. Eso me recordó al momento del ascensor. Ahí, justo ahí, tenía que haberla cogido de la cintura y haberle dicho: ¿Tu vestido transparente y tú tenéis algo que hacer en media hora? Lo digo por llevaros a comer. Pero no fui capaz. Solo le miré las tetas. Un básico. Y ahora iba a compartir con ella todo un fin de semana. Había que trabajar sí, pero estaban los ratos libres. No quería cagarla con ella y que Dánae se me escapase como arena entre los dedos. Quería que se divirtiese conmigo y que hubiera entre nosotros esa misma complicidad que habíamos tenido en el bar o en el hipermercado. ¿Cómo se me había ocurrido decirle que me depilaba los huevos? No tenía la menor idea. Con ella esas cosas me salían solas. Como si me convirtiera en una versión más auténtica de mí mismo. En cualquier caso, allí estaba, sentado en el coche, con los huevos bien depilados, una camisa algo abierta y remangada y unos pantalones de pinzas oscuros. No sabía a quién me iba a encontrar nada más llegase y no quería ir del todo informal.

Al final la vi salir del portal y me levanté al momento para recibirla y ayudarla a guardar la maleta en el coche. Nada más verme, Dánae me miró de arriba abajo y alzó las cejas. Creo que estuvo a punto de soltar un silbido. Sus ojos se posaron en la piel del pecho que la camisa dejaba ver y luego se mordió los labios, nerviosa. Las pupilas se le dilataron un poco, pude percibirlo. Le gustaba lo que veía.

—Buenos días, Marcos —dijo delante del maletero.

—Buenos días, Dánae. ¿Preparada?

Ella asintió con decisión y me tendió la maleta y la funda en la que llevaba el portátil. Abrí el maletero y los metí junto a la mía y mi portatrajes. Su maleta pesaba tres veces más.

—No nos vamos dos semanas —dije.

—Es que no sabía qué llevar. Nunca he estado en un evento de esos.

«Si por mi fuera no necesitarías ropa porque no iba a dejarte salir de la habitación».

—Lo vas a pasar bien, ya verás.

—Bueno, es trabajo, y tú en el trabajo te pones muy serio, así que no sé... Igual me iría mejor

ir a un funeral.

Me hizo reír.

—No digas esas cosas.

—¿Me prometes que no estarás tan serio? —Posó los pulgares en mis mejillas y me hizo estirarlas hasta formar una sonrisa—. Así, todo el finde.

—Haré lo que pueda —la voz me salió entre dientes.

Dánae sonrió.

—Así me gusta. ¿Nos vamos?

—Nos vamos.

Tomé asiento y ella también.

—Ya verás qué buena copiloto soy. Pongo unos temazos increíbles y me encargo del GPS.

—Está integrado en el coche.

—Deja que ponga el mío. Me divierte seguirlo y soy muy buena dando indicaciones.

Mentira. Bueno, lo primero sí, porque puso buena música, pero lo segundo... Acabamos teniendo que parar en una gasolinera de un pueblo remoto, a veinte kilómetros del hotel.

—Eras buena dando indicaciones, decías.

—Es que me ha confundido una rotonda.

La miré, brazos en jarra, de pie junto al coche.

—Voy a echar gasolina y cuando vuelva pondré el GPS del vehículo.

Dánae me sacó la lengua y se apoyó en el coche.

—Tráeme un refresco de naranja.

—¿Algo más que quiera su majestad?

Me miró de arriba abajo y asintió, arrancándome una sonrisa. A saber qué había pensado. Bueno, ciertamente, me habría encantado saberlo. Cuando volví junto a ella después de pagar la gasolina, le di el refresco y me puse a repostar. Ella lo abrió y bebió mientras me miraba. Su mirada estaba clavada en mí con un descaro brutal, observando cada uno de mis movimientos. Se fijó en mis manos, en mis brazos, en la curva de mi espalda y en mi culo.

—Esos pantalones te quedan bien —dijo después—. Supongo que quieres impresionar a la gente de la reunión.

—Solo los he cogido para viajar. Me cambiaré cuando lleguemos. —Saqué la manguera del depósito y la coloqué en su sitio—. Pero sí, me gustaría impresionar a la gente. Van personas

muy importantes de nuestro mundillo.

—En cuanto lleguemos me dejarás sola para irte a jugar con los mayores. —Dánae hizo un gracioso puchero. Me recordó a la noche en la que estaba borracha—. Y me mandarás con la plebe.

Sacudí la cabeza riendo.

—No pienso separarme de ti en todo el fin de semana. Donde vayas, iré. Donde yo vaya, vendrás.

Me miró con gesto complacido.

—Eso suena bien. —Aspiró el aire—. ¿No te encanta cómo huele la gasolina?

—Me flipa —dije.

—¿Sabes lo que leí una vez? —comentó cuando ya nos habíamos metido en el coche mientras se ponía el cinturón.

—¿Es algo como lo de las estrellas muertas? —Arranqué—. Porque todavía estoy recuperándome del trauma.

—Espera, esto se ha atascado —se quejó, tirando del cinturón hacia abajo, pero la cinta no bajaba.

—Te ayudo.

Desaté mi cinturón, me incliné sobre ella y pasé la mano por encima de su pecho hasta llegar a la parte superior del cinto. Noté el calor de su piel. Sentí el olor de su perfume. Se había puesto el que le regalé y eso me hizo sonreír. Un solo movimiento de cabeza y mis labios estarían sobre los suyos. Y se veían tan tersos que me sentí terriblemente tentado a acercarme despacio y a darle por fin ese beso que tanto anhelaba. Dánae humedeció los suyos. Ella lo deseaba también. Podía leerlo en sus ojos. Aparté la mano del cinturón y la posé en su mejilla. Acaricié despacio su piel con el pulgar, sin dejar de mirarla. Mis ojos iban de los suyos a sus labios. Los de ella hacían un baile parecido en mi rostro. La respiración se le agitó. ¿Por qué siempre surgía la ocasión del beso en los momentos más extraños? Allí, en una gasolinera. No era el lugar ni el momento más romántico, pero yo la deseaba.

Estaba más que dispuesto a besarla cuando escuché el sonido de un claxon. Nos sobresaltó y dimos un respingo. Carraspeé, apartándome de ella y miré por el espejo retrovisor. Molestábamos al de atrás que quería ocupar el surtidor. Finalmente, el cinturón de Dánae hizo clic, abroché el mío también y emprendimos la marcha. Durante unos segundos se hizo un silencio raro, quizá porque los dos pensábamos en eso que casi había estado a punto de pasar. Ella terminó poniendo música, un tema moderno, de esos que se bailan en las discotecas, y se

lanzó a bailarlo. Movía las caderas en círculos. Y la imaginé encima de mí haciendo eso. Cogí aire y me centré en la carretera. Puse las manos con firmeza en el volante para resistir el impulso de tocarla. Si seguía mirándola íbamos a lamentar un accidente.

Al fin, después de que me reubicase en la ruta, llegamos al hotel. Detuve el coche en el aparcamiento y solté una exhalación. Aguantar los últimos kilómetros con Dánae bailando de esa forma tan sensual a mi lado, manteniendo las manos en el volante sin deslizarlas por su cuerpo, había sido toda una proeza.

Capítulo 11

Dánae

Cómo es posible este suceso

Las manos de Marcos sobre el volante me ponían cachonda. Eso tenía que ser algún tipo de fetiche raro, pero verlo conducir... Verlo conducir me ponía super burra, así que aguanté con las bragas mojadas todo el viaje. Menos mal que había cogido muchas de repuesto. Había algo en la forma en la que posaba las manos sobre el volante que me hacía querer poseerlo, quizá por eso, cuando se había acercado a mí de esa forma tan peligrosa, yo no podía pensar en otra cosa que no fuera besarlo. Había en mi cabeza dos voces peleándose, la mía, esa que me decía que era el jefe y que intimar con él estaba desterrado, y la de Sofía gritándome: EMPÓTRATELO. Así, en mayúsculas y fluorescente. Os juro que, si ese capullo del coche de atrás no hubiera pitado, ahora mismo tendría la lengua de Marcos haciéndome una revisión completa de la cavidad bucal. Y qué lengua. Porque seguro que Marcos tenía una de esas lenguas traviesas que no dejan nada al azar, que saben explorar bien. La Dora la exploradora de las lenguas.

Habíamos llegado al fin al destino y yo estaba ardiendo, y meándome también, así que estaba deseando que hiciéramos *check-in* en el hotel para poder subir a mi habitación, mear y darme una ducha fría. Todo lo fría que fuera posible para quitarme el calor que Marcos me había provocado.

El sitio era precioso. Al lado de «precioso» en el diccionario aparecía este lugar, seguro. Enclavado en la montaña, el edificio se alzaba con sus grandes cristaleras, su tejado a dos aguas y sus paneles de madera. Había leído que era un lugar bastante moderno y sostenible, con paneles solares, uso de agua reciclada y demás. Lo cual era genial. Había una rampa de acceso lateral y también unas escaleras al edificio principal, del cual se veía la fachada, pero nada más, pues estaba rodeado de árboles. Altos y verdes pinos. Quizá el verano no era la mejor época para ir, porque seguro que estaban mucho más frondosos en otra estación, pero se veían bonitos.

Dejamos el coche aparcado y, cargando cada uno con su maleta de ruedas y él con su abultado portatrages, fuimos hasta la recepción. Un espacio amable, minimalista, decorado en tonos muy naturales: tierra, madera, cobre. Había una zona de sillones, llenos de gente. Supuse que muchos de los asistentes ya habían llegado y estaban allí echando el rato. Una chica muy simpática nos atendió y nos dio la bienvenida con una gran sonrisa. La saludamos muy educadamente. Marcos le dio el nombre de nuestra empresa y le indicó que teníamos una reserva de dos habitaciones.

—Señor, me temo que hay un error. Nos consta una sola reserva de una habitación doble.

Marcos y yo nos miramos con un «tierra trágame» en la mirada.

—¿Qué? —Pestañeó a toda prisa, extrañado—. No es posible, mi secretaria reservó dos habitaciones individuales.

—Lo siento, no es eso lo que consta aquí. Pero no se preocupe, lo soluciono de inmediato.

La chica, muy diligente, se puso a teclear en su ordenador. Marcos y yo volvimos a mirarnos nerviosos. ¿Y si teníamos que compartir habitación? Seamos sinceros. Lo habéis pensado porque es lo que os gustaría que pasase. Que solo hubiera una habitación para los dos. Os leo el pensamiento.

Cuando la de recepción esgrimió de nuevo una disculpa supe que no había marcha atrás: Marcos y yo ocuparíamos una sola habitación. Y yo... yo sentí que me temblaban las piernas.

—Estamos completos y no puedo reubicarlos, lo siento. De verdad que lo lamento mucho —parecía sinceramente apurada.

Él sonrió amable.

—No se preocupe. Lo entendemos. Nos apañaremos.

¿Cómo que nos apañaremos, Marcos? ¿Dormir con el jefe? ¿Cómo es posible este suceso?

En silencio, subimos a la habitación. Ninguno dijo una sola palabra. Aquello era el entierro de la dignidad. Forzar a dos adultos que apenas se conocen a compartir habitación como si estuvieran en unos campamentos. Y lo peor de todo es que esos dos adultos podrían incurrir en actos peligrosos. ¿Es que la de recepción no se ha dado cuenta de que no puedo compartir mi mismo espacio con ese hombre sin pensar en empotrármelo? ¿No se ha dado cuenta de la situación a la que me expone? ¿Es esto un evento sobre el medio ambiente o sobre la superación personal y la fuerza de voluntad? He de tener unas palabras con esa muchacha.

La habitación estaba en la tercera planta y en cuanto Marcos abrió la puerta una luz agradable nos dio en el rostro. Había un bonito ventanal que daba a la terraza desde la que se veía toda la sierra. Puede que solo tuviéramos una habitación, pero era una de las mejores. Minimalista, decorada en blancos y beige, muy amplia y limpia, con una buena cama en el centro; un par de butacas y un escritorio con su silla. Televisor y minibar. En la parte derecha, nada más entrar, estaba la puerta del baño. Me alegré de que al menos no estuviera integrado, de esos modernos que tienen todas las piezas en la misma habitación. No tenía ganas de cagar con espectadores. Menos aún si se trataba de Marcos.

Nos quedamos de pie cerca de la cama, mirando a nuestro alrededor como dos animalitos a los que les dan los faros de un coche. Creo que ambos estábamos igual de asustados ante la perspectiva forzosa de compartir habitación.

—¿Qué lado de la cama quieres? —preguntó entonces mi jefe.

—Derecho.

—Perfecto. Yo prefiero el izquierdo. No te preocupes, ponemos unos cojines en medio y te prometo que no te molestaré.

Me habría gustado decirle «no me molestarías por nada del mundo», pero seguía en *shock*. Él espabiló un poco antes que yo y dejó su maleta en una de las butacas, apoyada en los brazos. La abrió y empezó a colocar sus cosas, así como el portatrajes, en el armario mientras canturreaba una de las canciones que habíamos escuchado en el coche.

—Hay dos cajones, uno para cada uno.

—¿Sacas la ropa de la maleta? —dije extrañada—. Solo nos vamos a quedar dos días.

—Se arruga si no.

Ay, don Perfecto. No sé por qué no me lo esperaba.

—Pero hay sitio de sobra para la tuya también —agregó.

No pensaba sacar mi ropa delante de él.

—Lo haré ahora después, voy a darme una ducha primero.

—Genial, yo iré luego.

Apoyé la maleta en la otra butaca y con disimulo busqué algo para ponerme. Sabía que después de comer teníamos la primera charla de presentación del simposio así que elegí algo más formal. Una camisa de manga corta, muy bonita en color mostaza y una falda a media rodilla en un azul subido. La verdad es que eran dos de mis prendas favoritas. Saqué a toda prisa las bragas y el sujetador y las escondí contra mi pecho detrás de la otra ropa. Sin decir más, me metí a ducharme. La idea de estar desnuda sabiendo que Marcos estaba a solo unos metros me perturbaba. En el buen sentido. Me monté una película en la cabeza en la que él de repente abría la puerta y hacíamos el amor en la ducha que no sucedió. No sé por qué fantaseaba tanto con él si en el fondo me había prometido a mí misma que nada pasaría entre nosotros, pero era como una necesidad vital, como respirar, algo que se había convertido en un acto inherente a mi persona. Me duché, me arreglé y salí de la habitación cargando con la ropa interior sucia en una bolsa de esas que dejan para las compresas. Marcos seguía distraído, colocando su ropa.

—¿Qué tal el agua? —preguntó.

—Pues agua —contesté alzando los hombros.

—Ya, pero qué tal la presión de la ducha y eso.

—Ah, bien.

Vaya conversación más estúpida. Bien podríamos estar hablando del sexo desenfrenado que

nos acabábamos de montar en mi cabeza.

Metí la bolsa en el doble fondo de la maleta y noté que él me observaba. No, más bien me estaba haciendo un repaso de pies a cabeza. Me giré en ese momento y lo cacé en ello. Los colores se le subieron un poco y carraspeó.

—Esa falda te queda genial.

—¿Quieres que te la preste? —Le saqué la lengua.

—No tengo tan buenas curvas —dijo con media sonrisa.

Esa media sonrisa iba a costarme un infarto. Una llamada a salvamento marítimo como mínimo porque mi estado no lo salvaba ni el Samur.

—No sé qué decirte —dije mirándolo arriba abajo con descaro.

Su sonrisa se hizo más intensa. Luego se rascó un poco el cogote y soltó un suspiro.

—En fin, voy a ducharme.

Sacó del cajón unos calzoncillos que paseó delante de mí en la mano, sin vergüenza ninguna. ¿Por qué no ser como los tíos a los que estas cosas no les dan palo? Solo es ropa interior, por el amor de Dios, ¿a qué tanto misterio me había traído yo?

Escogió un traje de chaqueta en color gris, muy bonito, y se metió al baño. Me quedé allí de pie unos segundos, escuchando el agua de la ducha caer. El perfecto cuerpo de Marcos, DESNUDO, estaba a solo unos metros de mí. ¿Qué pasaría si abriese la puerta que nos separaba y me abalanzase sobre él como una tigresa loca? ¿Me echaría? En fin, no iba a hacerlo porque soy una cobarde de mierda, pero seguí fantaseando con ello un rato mientras me peinaba con ayuda de un espejo que había en la habitación. Me eché un poco de perfume del que él me había regalado y luego salí a la terraza para llamar a Sofía y avisarla de que ya habíamos llegado.

No tardó en cogerlo.

—¿Ya te lo has tirado? —dijo nada más descolgar. Había ruido de tráfico, así que andaba en alguna parte.

—Has sido tú, ¿verdad? Has puesto unas velas de esas mágicas y suplicado al Universo que solo hubiera una habitación.

Sofía soltó una sonora carcajada.

—¿Qué? Ni en mis mejores sueños. ¿Os han puesto juntos en la misma habitación?

—Con una cama de matrimonio. Indivisible. Y no hay ningún sofá. No hay plan B. O duermo con él o en la sierra con los osos.

—Mejor que te coma Marcos a que lo haga un oso, sí —se burló.

Resoplé.

—No sé cómo voy a aguantar así, estando tan cerca de él.

—No tienes que aguantar. Tienes que dejarte llevar. Me lo prometiste.

—Te prometí que no pensaría en Raúl.

—Va todo junto.

Suspiré y miré hacia atrás. Allí estaba esa cama que tendríamos que compartir. Tragué saliva. Iba a ser verdad lo que decía Sofía: Me acostaría con Marcos en cuanto me descuidase porque mi fuerza de voluntad empezaba a estar bajo mínimos.

—No seas tonta y pásatelo bien —me dijo Sofía.

—Lo haré.

Me mandó un beso y colgamos. Entré en la habitación y ya no escuchaba el ruido de la ducha, así que debía de estar vistiéndose. Aproveché para colocar mi ropa en el armario, tenía que vencer a la vergüenza inicial y no quedar como una idiota dejándolo todo en la maleta cuando él lo había colocado todo ahí. No pude evitar curiosear en su cajón. Varios calzoncillos bien ordenados, todos de colores oscuros, tipo bóxer elásticos. Me gustaban los tíos con ese tipo de ropa interior. Marcan bien el paquete. Imaginé el contenido por unos segundos y luego cerré el cajón, no fuera que me pillase. Me puse a rellenar el mío y estaba con las bragas de Piolín en la mano cuando salió del baño. Lo hizo acompañado de una nube de vapor, con el cabello mojado; algunas gotas cayéndole por el mentón y perdiéndose en el hueco del cuello de la camisa. Aún no se había puesto la chaqueta ni abrochado del todo la camisa. Llevaba esa pinta de divinidad del Olimpo de siempre, solo que esta vez, al verlo más de cerca y recién duchado, me cortó aún más la respiración. Me quedé mirándolo pasmada. Sin reaccionar. Bragas en mano.

Él me miró con esa media sonrisa *infartante* y dijo:

—Bonitas bragas, Dánae. Me gusta Piolín.

Joder, Marcos había visto mis bragas más feas y decía que le gustaban. Ese chico no estaba bien de la cabeza. Carraspeé y las metí en el cajón, cerrándolo al momento. Él pasó detrás de mí impregnando mis sentidos con su perfume. Dios, cómo olía. Nunca había olido nada mejor. Una vez más, mi cerebro voló hacia lides más sexuales. Quería oler cada poro de su piel. Esta tensión iba a acabar conmigo.

Se acercó a su maleta y sacó una carpeta de ella. Luego se sentó distraído al filo de la cama. Sin zapatos aún ni calcetines. Hasta los pies los tenía bonitos. Seguí guardando mi ropa mientras él hablaba.

—A las cuatro tenemos la primera charla, la de presentación. A las seis la siguiente y luego la

cena es libre. Mañana empezamos temprano, nosotros exponemos a las doce y por la tarde hay una escapada a un pueblo cercano para ver algunos negocios locales que son modelo de sostenibilidad. El domingo hay dos charlas más de diez a dos, comida y cierre. Va a ser un fin de semana de lo más entretenido. ¿No?

Lo miré y asentí. Entretenidísimo. Eso significaba pasar pocas horas a solas en la habitación, lo cual me alegró.

Capítulo 12

Marcos

Una catástrofe

Bien. Lo de tener que compartir habitación no me lo había visto venir, pero me alegré. Eso significaba estar más cerca de ella en los ratos libres, acercarme un poquito más, tratar de llegar a su corazón. Un sitio que ahora me parecía a miles de kilómetros de distancia, un sitio al que deseaba llegar más que ninguna otra cosa. Mientras estaba en la ducha me había preguntado cómo sería tenerla allí conmigo. Enjabonar su cuerpo, recorrerlo de arriba abajo con caricias, observar cómo el agua caía por esas curvas de diosa que tan loco me volvían. Agacharme delante de ella, ponerle una pierna sobre mi hombro y comérmela entera hasta escucharla gemir pidiendo más. Me había puesto tan caliente de solo pensarlo que tuve que resistir el impulso de masturbarme allí mismo. No quería hacerlo estando ella fuera, ¿y si se daba cuenta? Igual tendría que decirle: «Sí, me he pajeado pensando en ti, porque cuando se trata de pensarte dejo de tener veinticuatro años y de repente tengo como unos quince de edad mental con respecto al sexo. Voy salido por las esquinas, Dánae, todo por ti». Menudo momentazo para empezar el fin de semana.

Al final salí de la ducha aguantándome las ganas y me vestí sin dejar de pensar en ella. En las horas que íbamos a pasar juntos y en qué manera acercarme sin asustarla, sin presionarla, para sacarla de la burbuja con respecto al amor en la que me parecía que estaba metida. Ella me había hablado de una relación anterior, pero no tenía muchos detalles. ¿Qué le habría pasado? Seguro que había sido un capullo de manual que la había dejado con el corazón roto. Terminé de vestirme, me pasé los dedos por el pelo para echarlo hacia atrás, aún húmedo, y dejé el baño. Dentro hacía mucho calor y no sabía ya si era por el agua caliente o por mis pensamientos.

Encontré a Dánae de pie junto al armario, con unas bragas en la mano. Tenían un Piolín de un amarillo desgastado en la parte del pubis y casi me hicieron reír. Teniendo en cuenta el aspecto, supuse que no eran sus bragas habituales, eran de esas que las chicas se ponen cuando tienen la regla. Me pregunté si ese fin de semana la habría pillado con ella y me compadecí. A todas las tías que había conocido les dolía demonios. Y no querían sexo estando con ella, así que podría llegar al corazón de Dánae, pero no a su cama. Bueno, ya me entendéis. Le dije que eran bonitas y ella las guardó sonrojada. Qué preciosa estaba cuando se le subían los colores. Luego me puse a mirar el programa del fin de semana y se lo conté.

—Va a ser un fin de semana de lo más entretenido. ¿No?

Ella asintió poco convencida.

—Tengo que darte el *pendrive* con las diapositivas de la charla. —Lo rebusqué en la maleta, lo había metido en uno de los bolsillos pequeños laterales. Cuando di con él se lo tendí—. Aquí está todo. Ya lo hemos ensayado esta semana así que nada más que añadir.

—Saldrá genial —dijo, y lo metió en el bolso.

—¿Bajamos? Tengo hambre.

Volvió a asentir y después de unos últimos arreglos y de calzarnos salimos de allí. El uno caminando al lado del otro, mirándonos de reojo de vez en cuando. Bajamos al restaurante. Todavía no había muchos comensales, pero los pocos que había animaban el espacio con sus conversaciones. Reconocí a muchos de ellos y nos acercamos a saludarlos. A quienes no conocían a Dánae se la presenté y ella los saludó educada y animadamente. Muchos habían venido con compañeros de trabajo, pero otros habían traído a sus parejas, fueran de la índole que fuera. La pareja se quedaba en el *spa* aprovechando el hotel mientras los currantes iban a las charlas.

Buscamos una mesa donde sentarnos e íbamos hacia ella, una muy luminosa junto a un ventanal desde el que se veía la sierra, cuando Dánae se paró en seco. Se puso tiesa como un perrillo de la pradera, tensa de pies a cabeza. Me detuve también y la miré. Tenía los ojos clavados en una persona que ocupaba una de las mesas. Un hombre bien vestido, de unos treinta años, pelo castaño, ojos oscuros. Lo conocía, era Raúl Bienvenida, el CEO de una de las empresas con las que la nuestra colaboraba.

—¿Dánae? —la llamé—. ¿Estás bien?

Ella no dijo nada. No se movió un ápice. Y entonces, Raúl también la miró y se quedó igual que ella. Patitieso. ¿Qué demonios estaba pasando? La compañera de mesa de Raúl, una chica joven, morena, muy guapa, puso la mano sobre la de él, que estaba encima de la mesa, y lo miró con gesto interrogante. El mismo que tenía yo mientras miraba a Dánae. Al final ella reaccionó y se sentó en nuestra mesa. Preocupado, la seguí, ocupando el asiento frente a ella.

—¿Estás bien? —volví a preguntar.

—Rata de dos patas —masculló.

—¿Perdona?

—Raúl Bienvenida. Es una rata de dos patas. ¿Qué hace aquí?

—Bueno, se dedica a esto. ¿Lo conoces?

—¿Que si lo conozco? —Tiró de la servilleta y la estiró con una sacudida para ponerla sobre sus piernas—. Por desgracia sí.

Vale. Marcos. Analiza la situación. Se han mirado el uno al otro con pavor, sorprendidos de

verse. Ella dice conocerlo y lo llama rata de dos patas. O han trabajado juntos o...

—¿Has salido con él? —solté sin ambages.

Dánae me miró muy seria y luego asintió despacio.

—Dos años estuvimos juntos. ¿Sabes la tía con la que está? Patricia, amiga mía, yo los presenté. A los dos meses de conocerse ella ya la conocía mejor que yo porque le había visto hasta el clítoris. Los pillé enrollándose en la que iba a ser nuestra casa. Un piso de esos que se compran sobre plano, a medio construir. Estaban tirados en el suelo dándole como conejos —escupió las palabras con rabia. Soltó todo aquello a borbotones, como si llevara mucho tiempo queriéndolo decir en voz alta. No lo había superado, estaba claro. Y ahora entendí qué le pasaba, quién le había roto el corazón. Raúl Bienvenida era el culpable de que Dánae se cerrase en banda.

—Lo siento —se me ocurrió decir, como si se le hubiera muerto alguien. Quizá es que yo me habría muerto un poco por dentro si una cosa así me pasase.

La camarera llegó en ese momento, con su sonrisa de oreja a oreja y un par de cartas en la mano. Nos las dio, nos preguntó que íbamos a beber y los dos decidimos compartir una botella de vino tinto. Hablar del vino después de un momento así me parecía surrealista. Estuvimos en silencio mirando la carta hasta que pedimos y nos sirvieron la bebida. Dánae bebió despacio, mirando por encima de mi hombro. Luego puso cara de asco. No tuve que preguntarle si era por lo que bebía. Es que desde donde estaba veía a Raúl.

—¿Quieres que te cambie el sitio? —pregunté.

Me miró sorprendida por un segundo.

—Sería un detalle —dijo después.

Intercambiamos sitio y volvió el silencio. Al poco, ella dijo:

—No quiero amargarte la comida, perdona, es solo que no esperaba encontrármelo aquí. O quizá en el fondo sí, porque su empresa se dedica a esto y ¿cómo no iba a venir? —Dio un largo trago—. Igual si lo hubiera visto con algún compañero de trabajo me habría cogido a menos contrapié, pero... ¿con ella? Pensé que lo suyo era solo sexo y que duraría dos días, pero ya veo que no, que siguen juntos, y yo qué. —Otro trago más, por despecho—. Yo sigo parada en la misma estación cuando el tren hace horas que ha pasado. Me siento estupidísima.

—Pero no lo eres. No deberías sentirte así. Lo que pasó no fue culpa tuya.

—Sí lo fue. Ella le dio cosas que yo no, porque si no, no me habría dejado por ella. Estoy defectuosa. Al final ningún tío se queda conmigo. Todo es bonito al principio, con sexo, luces de colores y esas cosas, pero cuando se trata de formalizar... —Un trago más—. Es como si llevase

un cartel que dijese: reservado solo para vacaciones y fines de semana esporádicos.

Me dolía que se hablase así, enormemente. Ciertamente era que despertaba en mí un sentimiento sexual fuerte, pero eso no quería decir que no quisiera nada más con ella. Lo quería todo con ella. Absolutamente todo. Hasta hacer la renta conjunta.

—No deberías decir esas cosas de ti misma.

—¿Y qué debo decir? —Bebió más. Se había bebido un vaso de vino en apenas nada. Fue a servirse un segundo y soltó la botella antes de hacerlo, exhalando un resoplido—. Voy a ir borracha a la charla por culpa de ese imbécil. Si es que no hago nada a derechas.

—Dánae. —La miré muy serio—. Eres una tía genial, exitosa, la mejor empleada que tengo. Eres guapa, divertida, lista. Lo tienes todo. Y sí, estás buenísima y dan ganas de revolcarse contigo vacaciones, fines de semana y hasta fiestas de guardar, pero, sinceramente, desde mi perspectiva vales para mucho más. Lo que pasa es que ellos no han sabido verlo.

Los ojos se le humedecieron mientras me miraba. Era como un cachorrillo bajo la lluvia.

—¿Lo dices de verdad?

Me puse la mano en el pecho.

—Lo digo con el corazón.

Se llenó un vaso y le dio un largo trago mientras me miraba.

—Qué pena que seas mi jefe.

Quien soltó una exhalación fui yo.

—Me tienes hartado con eso. Ojalá no lo fuera. Porque entonces igual me darías la oportunidad de demostrarte que voy en serio.

Dejó la mano en torno al vaso mientras me miraba fijamente, como si quisiera leerme el alma y ver que eso que le había dicho era verdad.

—¿Puedo pedirte un favor?

—Lo que necesites.

Tomé un sorbo mientras esperaba que hablase.

—Sé mi novio este fin de semana.

—¿Qué? —Parpadeé repetidas veces.

—No quiero que Raúl piense que no lo he superado. Que siga soltera mientras él está en una relación perfecta. Me siento como una perdedora.

—No eres una perdedora. Tener pareja no significa nada. Se puede estar bien y soltero.

—Vale, sí, se puede, pero no quiero que me vea así. Quiero que vea que otro tío que está más bueno que él cien veces le ha pasado por encima y lo ha hecho fosfatina con sexo interminable y citas muy románticas. Quiero que piense que eres el amor de mi vida.

Sus palabras me golpearon fuerte. Quizá era demasiado para mí fingir algo así. Aunque también podría ser la oportunidad de oro para llegar a su corazón. Cuando las cartas vienen dadas hay que saber aprovecharlas. Tras unos segundos pensativo, dije:

—Está bien. Seré tu chico de fin de semana.

Dánae tomó una bocanada de aire y la soltó con ganas. Luego extendió la mano sobre la mesa y esperó a que la cogiese. Un novio no la tomaría y la estrecharía como si estuviéramos cerrando un trato sin más, así que la giré un poco y le besé el dorso, como en las películas de época, mirándola a los ojos. La risa que Dánae soltó fue deliciosa. Ojalá escucharla reír así siempre y no soltando improperios sobre cosas del pasado que le dolían. En ese momento, sonó mi móvil. Un pequeño pitido que me avisaba de que había algo que también me hacía sonreír esperándome. Pero podría esperar un poco más, porque ahora tenía la mano de Dánae cogida sobre la mesa y no quería soltarla. De hecho, me habría gustado que no hubiera nada entre nosotros para atraerla hacia mí y besarla allí mismo, delante de Raúl y de todos. ¿Besarla formaría parte del trato?

—¿Dónde están los límites? —pregunté entonces.

Ella se me quedó mirando extrañada al principio.

—¿A qué te refieres?

—A que los novios se besan y esas cosas, aunque sea en público. Se cogen de la cintura, se hacen muestras de afecto. Como esta. —Volví a besarle la mano.

—¿Estás pensando en besarme, Marcos Moreno? —Esbozó media sonrisa pícara.

—Es posible.

—Sí que llevas tu papel al máximo.

—Dime, ¿podría hacerlo?

Se quedó pensativa unos instantes, mirando la copa de vino. Levantó luego la mirada hacia mí y dijo:

—Si vas a besarme, más vale que sea inolvidable.

Saqué mi mejor sonrisa.

—Te prometo que no lo vas a olvidar en la vida.

Capítulo 13

Dánae

Cuscús

Mis bragas estaban lo menos en Cuenca. O en Las Bahamas. Ya no era solo lo que había dicho, si no cómo lo había dicho, con una sonrisa sugerente, sensual, llena de deseo y promesas. ¿De verdad iba a permitir que mi jefe me besase después de todo solo por un juego? Igual había sido un poco cría actuando así, queriendo fingir una vida que no tenía solo por fastidiar a Raúl, pero en esos momentos no veía otra salida. Juzgadme cómo queráis. No podía soportar la idea de verlo con Patricia viviendo su vida idílica de pareja y que él me viera todavía sin una, como dándole a entender que no lo había superado. Puede que mi pensamiento fuera lo más tóxico del mundo, pero era el que era y con respecto a él actuaría.

Finalmente, la comida llegó. Marcos soltó mi mano despacio, acariciándome los dedos al hacerlo. Fue un momento sencillo, dulce y provocador. Me imaginé esos dedos recorriéndome todo el cuerpo. ¿Hasta dónde podría llegar nuestro juego sin que ninguno de los dos saliera herido? No lo sabía. No quería pensarlo. Había firmado ese pacto e iría adelante con él.

Comimos mientras teníamos una charla distendida. No volvimos a hablar sobre Raúl hasta que él pasó junto a nuestra mesa y fingió que era la primera vez que me veía.

—¡Dánae! ¡Qué sorpresa!

Los cojones. Me has visto antes cuando te he mirado como si fueras uno de los jinetes del Apocalipsis, rata de dos patas. Animal rastrero. Escoria de la vida. Bueno, ya sabéis cómo sigue la canción.

—¡Raúl! —Me levanté dejando la servilleta en la mesa. Acabábamos de terminar el postre, un helado de chocolate delicioso con el que disfruté mucho porque Marcos lamía la cuchara y yo me lo imaginaba lamiendo otra cosa. En fin. Cosas que pasan en la cabeza de una—. ¡Qué sorpresa verte aquí!

Nos dimos dos besos. Seguro que Judas a Jesús también.

—Patricia. —Traté de fingir la mejor sonrisa que podía—. Qué alegría verte.

«Ojalá te ahogues con tus propias tetas mientras duermes».

—¡Sí! ¡Ha pasado mucho tiempo!

«Desde que te follaste a mi novio».

Cogí aire y sonreí.

—Os presento a Marcos Moreno. Mi jefe... —Sonrisa triunfal. Pasaba la meta de la victoria —. Y mi novio.

Raúl puso cara de sorpresa. Marcos ya se había levantado y se estrecharon la mano con un saludo formal. Patricia le dio dos besos.

«Aparta de él, satanasa». Forcé una sonrisa de circunstancias. La mejor que pude.

—Imagino que habéis venido a la charla. Vi el nombre de tu empresa en el programa —dijo Raúl—. Lo que no sabía es que vendrías tú.

—Es la mejor empleada que tenemos —soltó Marcos.

Me dieron ganas de comérmelo a besos.

—Siempre ha sido una tía competente en el trabajo. —Ese «en el trabajo» le salió un poco con aguijón, como si más allá de este hubiera sido toda una inútil.

Iba a saltar cuando Marcos dijo:

—En todas partes.

Marcos: 1 – Raúl: 0

—Bueno, nosotros nos vamos. Queremos descansar un poco antes de la primera charla. — Patricia se agarró del brazo de Raúl como si alguien se lo fuera a quitar—. Supongo que nos veremos luego.

—Supongo. —Espero que no.

Tras unas sonrisas cordiales se marcharon. Me dejé caer en la silla como si hubiera sobrevivido a una guerra. Hacía tanto que no veía a Raúl que verlo de nuevo tan de cerca me había alterado. Sin embargo, no había sido tan fuerte como pensé que sería y tenía muy claro que había sido por la presencia de Marcos, que estaba allí como una tabla de salvación, como bálsamo sobre la herida. Me había estado picando hasta que llegó él y me echó de lo que traía consigo. Una forma bonita de tratarme y de darle a Raúl en toda la cara.

—Has estado genial —le dije cuando se sentó también.

—Ha sido emocionante. —Me guiñó un ojo.

Era la primera vez que me hacía ese gesto y me quedé sin bragas una vez más. Marcos tenía un aspecto mucho más sexi cuando hacía eso.

—En fin. —Suspiré—. ¿Pedimos un café?

—Me gustaría.

Nos dedicamos una sonrisa sincera y feliz.

Charlamos un poco más mientras tomábamos los cafés. Estábamos a gusto juntos y eso era increíble. A ratos se me olvidaba dónde estábamos y todo, y reía sus comentarios en voz alta atrayendo las miradas. A él no parecía avergonzarse para nada. Me miraba como si se sintiera orgulloso de cada una de mis risas. Ya no sabía si era porque estaba en su papel de novio o porque lo sentía de verdad. Tuve que preguntárselo.

—Puede que me haga pasar por tu novio, pero no voy a fingir contigo —dijo—. Lo que haga me saldrá del corazón. Y si no, no lo haré.

Quedé sin respiración unos segundos, con el cuerpo alterado.

¿Qué tenía Marcos que sabía qué decir exactamente para revolucionarme?

Para cuando terminamos el café eran ya las cuatro menos cuarto. Tiempo justo para lavarnos los dientes, darnos un poco de agua fresca y bajar al salón de actos donde se daría la charla. Antes de hacerlo, lo vi de pie en el centro de la habitación, mirando su móvil con esa sonrisa amplia y misteriosa. Me pregunté qué veía. Qué era esa cosa que lo hacía sonreír así. Torcí el gesto. Había desechado el asunto novia porque él mismo había dicho que no la tenía, ¿pero entonces? ¿Qué demonios veía en el móvil que lo ponía así? ¿Videos de gatitos? ¿De perritos? Ni idea.

Ya en la charla, fueron cuatro horas muy intensas, pero muy interesantes, en las que pude observar a Marcos en otra de sus facetas. Estaba sentado a mi lado, muy concentrado, atento a todo lo que decían y tomando notas. A veces apoyaba la barbilla en los dedos y el codo en el brazo del asiento, rozando el mío. A ratos su rodilla tocaba la mía en aquel espacio estrecho que agradecí. El contacto era casi eléctrico y descubrí que, incluso en las cosas más cotidianas, me gustaba. Sus gestos eran un imán para mí y me costaba dejar de mirarlo de reojo y concentrarme en las charlas.

Cuando terminaron y nos levantamos, estuvimos un rato charlando con unos y otros. Cumplió su promesa de no dejarme sola y donde iba él iba yo y viceversa, lo cual agradecí, porque él conocía a casi todo el mundo. Raúl y Patricia, a los que no pensaba acercarme ni con un palo, estaban pegados como lapas; se daban algún beso en la mejilla, se acariciaban el brazo. Sin duda estaban unidos. Los miraba algo absorta cuando sentí una mano en mi cintura. La suave mano de Marcos me rodeaba con cariño. Vale, era un movimiento inocente, pero mi mente iba por delante de mí y me la imaginé más abajo, en el culo. Me puse malísima al pensar que Marcos me tocaría el culo. Que lo estrujaría como si fuera una pelota de esas antiestrés.

—Voy a llevarte a cenar al pueblo de aquí al lado. Me han dicho que hay un marroquí que pone un cuscús delicioso.

Para delicioso tú, bebé.

—Tengo un hambre atroz.

—Pues nos vamos.

Me echó el brazo por el hombro, como hacen los novios de verdad, y me sacó de allí en un abrir y cerrar de ojos. Al poco estábamos en su coche rumbo al pueblo. Puso algo de música. En una emisora local sonaba *Lost* de Maroon 5. Debía de gustarle porque empezó a cantarla. Me la cantó a mí, mirándome cuando la carretera se lo permitía. «Estaba perdido hasta que me amaste». Me hizo sonreír. Estaba viviendo la canción y se mostraba tal cual era. Le gustaba tanto la música como a mí.

Caía la noche y en el horizonte los púrpuras se mezclaban con los negros. Era un atardecer precioso, lleno de colores vibrantes.

—Me gustan los atardeceres —dijo él—. Son mi momento favorito del día.

Seguí el ritmo de sus manos en el volante al tomar una rotonda. Cómo dejaba que el volante se deslizase de forma natural bajo estas. Acariciándolo. Otra vez las bragas en Tombuctú.

—¿Por qué?

Alcanzamos el pueblo, situado en la falda de la montaña, y se coló por las callejas hacia la parte alta, conduciendo con maestría.

—Porque las presiones del día quedan atrás y es cuando nos encontramos a nosotros mismos. Al ocaso. Además, es cuando empiezan a verse las estrellas y ya sabes que me gustan.

—Aunque sean puntos muertos y el cielo un funeral.

Rio a carcajadas.

—Deja de decir eso. Vas a estropear las estrellas con lo bonitas que son. Deja que pensemos que son haces de luz brillantes a los que pedirles deseos. Que pensemos que son las almas de los que se fueron. —Soltó entonces un suspiro profundo que le salió del alma. Y a mí me salió preguntarle:

—¿Echas de menos a alguien, Marcos? Cuando miras las estrellas, digo.

Asintió, pero no dijo nada más, porque se concentró en aparcar. Habíamos llegado al sitio. Me bajé del coche y vi ante mí un coqueto local en una casa de piedra y tejados oscuros. Había muchas plantas en la entrada, así como algunas mesas de colores. Todo eran vivos colores allí y de dentro surgía una música relajante.

—¿Quieres cenar dentro o fuera? —preguntó cortés.

—Fuera. Se está bien.

Ocupamos una de las mesas y no tardaron en salir a atendernos.

—¿Has comido alguna vez en un marroquí? —me preguntó.

—No. Así que vas a pedir tú. Me fío de ti.

Puso cara de pillo y se dispuso a pedir un montón de platos que no conocía, salvo por el hummus y el cuscús. Pronto la mesa se llenó de rica comida, que regamos con vino. Teníamos toda la noche para bajarlo así que no me privé de beber, eso sí, con calma. Pusieron unas velas para amenizar el ambiente, que era único. Daba espacio a sentirse en un lugar íntimo y a la par abierto, incluso cuando empezaron a llegar otros comensales y hubo un poco más de ruido, me sentí como si estuviera a solas con Marcos. No dejamos de hablar durante toda la comida. De lo que nos habían parecido las charlas al principio, pero luego la conversación viró hacia otros temas.

—A mi madre le gustaba mucho esta comida —dijo con cierta nostalgia.

Intuí que ella faltaba y me sentí triste por él. No pude evitar alargar la mano para coger la suya, que estaba posada en la mesa, en un gesto cariñoso.

—Aquí no nos ve nadie, no tienes que fingir que eres mi novia.

—No estoy fingiendo. Quería cogerte de la mano. ¿No puedo?

—Puedes cogerme lo que tú quieras.

Ay, Marcos. No me digas eso. Que soy de tiro fácil.

Reí y bebí un poco de vino. Él cogió con el tenedor algo de cuscús, con un trozo de pollo y acercó el tenedor a mí.

—Pruébalo así. Verás qué rico.

Abrí la boca y metió la porción en ella despacio, mirándome a los ojos. Mi mente voló lejos de allí hacia otro tipo de comida. Cuando la tuve dentro, cerré los ojos y solté un gemido. Estaba riquísimo. Y me había llegado el perfume de sus muñecas haciendo de la experiencia algo más embriagador si cabe.

—Así me gusta, que te lo comas todo —dijo con media sonrisa pilla.

Volví a reír y a beber, para pasar mis ganas de comérmelo a él en ese preciso instante y lugar. Nos miramos a los ojos, con un brillo chispeante en ellos, ya fuera por el vino o por la situación. Me fijé en sus iris verdes. Quería conocerlos bien hasta aprenderme cada una de sus vetas. Eran hermosos. Y también quería conocerlo a él hasta saber cada una de sus facetas. Ver qué había

más allá de esa pátina de jefe estirado o de chico cortés y descarado. Cuáles eran sus sueños. Los que aún pervivían y los que se habían roto.

—¿Tienes hermanos? —le pregunté entonces.

Negó con la cabeza.

—Soy un chico solitario criado en una casa solitaria. ¿Y tú?

—También soy una chica solitaria criada en una casa... bulliciosa. —Reí—. Mis padres tenían mucha vida social.

—¿Tenían?

—Bueno, tienen, pero ya no están juntos.

—Uff, divorcio. Me aterra pensar en eso.

—¿En el divorcio?

Asintió. Comió un poco, bebió y luego dijo:

—Ha de ser jodido compartir tu vida con alguien hasta el punto de casarte y que luego eso se rompa. Supongo que se te queda la sensación de que has estado perdiendo el tiempo. O no. No lo sé.

—Salvo por el matrimonio no veo diferencia con una relación. Al final la sensación es esa. Haber pasado mucho tiempo con una persona para que luego todo se acabe.

—¿Te sientes así con respecto a Raúl? ¿Como que has perdido el tiempo?

—Un montón. Nuestra relación no me aportó más que dudas y sufrimiento.

—Algo bueno tendría.

Di un trago de vino mientras negaba con la cabeza.

—Era bueno... en nada.

Marcos debió de sentirse triste por mí, porque agachó la mirada un segundo y la clavó en el cuscús pensativo, con cierto gesto triste.

—Lo siento. Debió de ser duro con todo lo que me has contado.

La que quedó pensativa entonces fui yo, rumiando algo en la cabeza que quería preguntarle, hasta que se lo solté.

—¿Y tú? ¿No has tenido relaciones largas que acaban fatal?

Capítulo 14

Marcos

Luz de luna

Cuando Dánae me preguntó eso me quedé pensando en qué responderle. No haber tenido relaciones largas a mis veinticuatro años podría ser una bandera roja para ella. Podría tomarme como alguien incapaz de comprometerse, de tener estabilidad, pero lo cierto es que siempre había tenido muy mala suerte. No podía mentirle. Tenía que decirle la verdad.

—No.

—¿Qué? —Pestañeó a toda prisa—. No te creo. Tienes veinticuatro años. alguna relación más larga habrás tenido.

—Ni una. Lo más largo ha sido cosa de tres meses.

Cogió la copa de vino, dejó caer la espalda en el asiento y cruzó uno de los brazos sobre el otro.

—Me estás tomando el pelo.

—No, Dánae, te lo juro. —Me puse muy serio, tanto o más que en la oficina.

Ella evaluó mi gesto y, tras dar un trago a la copa, terminó por asentir.

—Vale, vale. Te creo. Pero ¿cómo es posible? No sé. Eres un tío atractivo y... atento. Y muy majo. Eres monísimo.

Ya estaba otra vez con el monísimo. Que no quiero ser monísimo. Quiero ser irresistible y empotrador. Aunque claro eso último como que no había tenido ocasión de comprobarlo. Pero lo era. Igual ese era el problema, que más allá del sexo en mis relaciones no había habido cabida para nada más.

—Ya, pero las chicas solo me han querido para una cosa: sexo.

—Uhhh —se burló—. Un *sex symbol*.

—No te rías. Es verdad. A veces me he sentido como si fuera su muelle de descarga.

—¿Su muelle de descarga?

—El sitio en el que dejaban toda su mercancía: sus problemas, sus inseguridades. Les quitaba todas esas cosas de la cabeza con el sexo, pero luego no querían comprometerse conmigo.

—¿Alguna te dijo por qué?

—Sí.

Esperó atenta a que siguiese hablando, como si lo que le estuviera contando fuera la cosa más importante del mundo.

—¿Por qué? No me dejes en ascuas —preguntó impaciente.

—«Eres demasiado guapo y no me fio de que no me la pegues con otra».

Chasqueó la lengua y puso cara de herida. Como si le hubieran clavado una flecha.

—Eso debe doler —dijo dejando la copa en la mesa.

—Duele. Dolía. Pero por mucho que duela no renuncio a encontrar el amor.

—¿Eso me lo dices para que me aplique el cuento? —Levantó una ceja.

—Es posible. —Sonreí—. No puedes dejar que tu pasado condicione tu presente. Es una frase muy manida, pero es real. Si estamos anclados en el pasado no disfrutamos del presente, y el presente hay que vivirlo con todo lo que nos trae. —Dejé caer la espalda en el asiento y abrí los brazos de par en par—. Una cena como esta, en un lugar maravilloso y con una compañía excepcional.

No sé qué pensó, pero se quedó callada un rato, mirando su copa de vino.

—Dime la verdad, Marcos: ¿era la segunda en la línea para venir aquí o me has traído por otra cosa?

—¿Quieres la verdad? Dame dos copas de vino más y te la cuento toda. Porque la otra noche me dijiste que los borrachos dicen la verdad y quiero que me creas. Porque voy a ser muy sincero.

—Está bien. —Alzó su copa y brindamos.

La conversación viró hacia otros temas menos densos. Entre bocado y bocado hablamos de los lugares que habíamos visitado y a los que queríamos ir, y mientras bebimos un poco más. Íbamos a tener que regresar en taxi, pero no me importaba dejar el coche allí. Solo quería seguir disfrutando de esa noche tan especial, entre copa y copa de vino, sintiendo el calor en mi estómago, no solo por la bebida, también por la mirada de Dánae, cada vez más pura, sin disfraces ni comedimientos. Cómo me gustaba esa chica. De esa noche no pasaba que la besase. Como que me llamaba Marcos Moreno y era su jefe.

Capítulo 15

Dánae

La bella durmiente

A esas alturas de la noche, después de haberme bebido media comarca de vino, los sentidos empezaban a embotárseme y, a la par, me sentía más despierta y viva que nunca. Y es que la conversación con Marcos me tenía atrapada, así como su forma de mirarme. Cada vez más sincera, más abierta, sin ningún tipo de velo que la cubriera, ya fuera el del trabajo o las circunstancias. Marcos, además, me miraba mucho los labios. El deseo ardía en sus verdes iris y en sus oscuras pupilas. Ardía por mí. Lo sentía. Podía notarlo, aunque no estuviéramos al lado. Era como si desprendiera fuego. Y yo quería quemarme. Que fuera mi jefe o no empezaba a ahogarse en las copas de vino. Solo esperaba que algún momento me rescatase la prudencia, porque estaba a punto de cometer una locura.

¡Y solo llevábamos una noche allí! Al final Sofía tendría razón y acabaría acostándome con él antes que pestañear. Pero es que era taaan guapo y taaan divertido. Lo primero empezaba a darme igual. Lo que se estaba ganando mi corazón era lo segundo. Sentía que con él podía hablar de casi cualquier cosa y eso me gustaba, porque podía ser yo misma y eso no era algo que me hubiera pasado siempre. Con los tíos, y sobre todo con Raúl, había tenido que cohibirme muchas veces, fingir que era una Dánae que no era, exagerar los logros para encajar en su idea de la vida perfecta. Suspendí matemáticas en Selectividad, pero eso él nunca lo supo, porque su novia perfecta no podía permitirse algo así. Quizá por eso me dejó por otra, porque lo averiguó.

—Al carajo con él —dije en voz alta sin darme cuenta.

Marcos acababa de dar el último trago al vino y me miró confuso, a punto de escupirlo.

—¿Qué dices?

—Nada, solo pensaba en Raúl y en lo imbécil que es. ¿Sabes una cosa? Suspendí matemáticas en Selectividad.

—¿Selectividad?

—Bueno para ti la EvAU, pipiolo.

Me sacó la lengua.

—Sé lo que es la Selectividad, es que no sé a qué viene eso.

—Solo quería que supieras que no soy perfecta. Que tengo muchos defectos y ese es uno de ellos. Si me quitas la calculadora del móvil no sé sumar 336 más 578.

—Yo tampoco, qué quieres que te diga —dijo como si nada y prorrumpió en carcajadas.

Se me contagió su risa y terminamos casi por los suelos los dos.

—Y, además, tengo treinta y dos años. Ocho más que tú.

—Lo sé, lo dijiste hace poco en la oficina.

—¿Me vigilas las conversaciones? Eso es jugar sucio —dije mirándolo por encima de la copa —. Niño malo...

Rio de nuevo a carcajadas mientras me miraba con gesto pillo.

—A mí me parece que estás genial. Vaya, que me importa un carajo que me lleves ocho años.

Suspiré, si es que no podía ser más perfecto.

—¿Tú suspendiste algo en la EvAU? —le pregunté después.

—Lengua. El comentario de texto se me dio fatal.

Y se puso a darme detalles de qué había hecho en todos los exámenes de la prueba y yo lo escuché como si fuera la cosa más interesante del mundo. Que si Isabel II, que si las derivadas. De verdad, que todo me resultaba interesante y espectacular. Y era así porque formaba parte del mundo interior de Marcos y este empezaba a fascinarme. Luego me preguntó por lo mío.

—Pues yo la hice allá por el Pleistoceno. Todavía escribíamos en las paredes.

Soltó una risa.

—No eres tan mayor.

—Jordi Hurtado a mi lado es un jovenzuelo.

—Exagerada.

Ya habíamos apurado el postre, las copas y no quedaban más que las velas y los platos y vasos vacíos sobre la mesa. Pero ninguno de los dos quería moverse. Como si hubiéramos olvidado que, aunque nos levantásemos de allí, no nos íbamos a separar. Tocaba pasar la primera noche juntos.

Estaba nerviosa. Más que una quinceañera. Y es que la noche estaba siendo mágica y no sabía qué más podría deparar.

—¿Quieres dar un paseo? —me preguntó Marcos.

—Me encantaría.

Se levantó y me tendió la mano como todo un caballero. Antes del paseo pasó dentro y pagó la cuenta, aunque insistí en que pagásemos a medias. Dijo que lo metería en los gastos de empresa del fin de semana, que no me preocupase. Igualmente me pareció bonito que se

ofreciera a pagar, como esos galanes de los de antes. De los que ya solo se veían en las películas. Volvió a cogerme de la mano.

—¿Es parte del plan de hacernos pasar por novios por si alguien nos ve?

—No. Es porque me da la gana —dijo sincero, provocándome un estremecimiento.

Así recorrimos las callejas del pueblo, bulliciosas a esas horas después de todo, porque la gente salía a las puertas buscando la fresca y se reunían en corrillos a comer pipas y a hablar de Dios sabe qué. Había algunos gatos callejeros subidos aquí y allá, y nos guiñaban los ojos al vernos pasar.

—¿Te gustan los gatos? —le pregunté a Marcos.

—Mucho.

—Yo tengo uno. Se llama Bocado de atún.

Le dio la risa floja y apretó mi mano.

—Vaya nombre.

—Es que me estaba comiendo un bocadillo en la playa cuando apareció. Era chiquitín y estaba perdido en ese mar de arena. Así que no tuve más remedio que llevármelo a casa.

—¿Si me hago el perdido me llevarás a casa contigo también? —dijo entonces él, con gesto infantil y desprotegido.

Me hizo reír.

—Te llevaré al hotel, como mínimo.

Asintió y miró al cielo. La luna aquella noche estaba inmensa, llena, impregnándolo todo con su luz.

—¿También tienes alguna historia sobre una luna muerta?

Negué con la cabeza.

—No. Ella sigue viva, y nos observa. Eso dice Sofía. Ella es mucho de creer en las cosas místicas. Dice que la luna nos influye igual que influye sobre las mareas.

—Y seguramente sea cierto. Supongo que tu amiga también cree en los horóscopos. Le pediré algún consejo para mí.

—¿Qué horóscopo eres?

—El que pegue con el tuyo.

Me gustó que dijera aquello, como si nuestra compatibilidad fuera importante para él.

—Pregunto en serio. Tengo que saber si nos llevaríamos bien.

—¿Es que no nos llevamos bien? Pues olvídate de lo demás.

Sonreí, y seguimos caminando de la mano. Entonces le pregunté por sus sueños. Él me dijo que eran pocos, y pequeños.

—Solo quiero ser feliz con el día a día. Aquello a lo que he aspirado ya lo tengo.

—¿Siempre quisiste ser jefe de una empresa así?

—Sí. Desde pequeño jugaba a ser jefe.

—Un jefe estirado y enfurruñado. —Fingí que me apretaba el nudo de la corbata con la mano libre.

—¿Qué? —Rio—. Yo no estoy enfurruñado.

—Sí que lo estás. Sobre todo los lunes.

—Es que odio los lunes, ¿tú no? —Me miró arrugando la nariz.

—Yo odio todos los días menos los viernes.

—¿No te gusta tu trabajo?

—Sí, sí que me gusta, pero me gusta más hacer el vago.

Sacudió la cabeza mientras reía.

—Me encanta tu sinceridad.

—Es que me encanta tirarme en el sofá a ver documentales de *true crime*.

—¿Qué? —Los ojos se le abrieron como platos y me miró ilusionado—. A mí también me encantan.

Y hablamos durante un buen rato sobre ellos hasta que, agotados ya de tanto andar, decidimos volver al hotel. Conseguimos un taxi en la plaza y me acomodé en el asiento de atrás con Marcos. Me pegué a él y apoyé la cabeza en su hombro. Estaba tan feliz y relajada que me dormí sin darme cuenta. Ese día había vivido muchas emociones y algunas de ellas muy intensas.

Capítulo 16

Marcos

Una noche accidentada

La vi dormida sobre mi hombro y me enternecí. Pocas cosas me habían despertado un sentimiento igual. Quise acariciarla y susurrarle que todo iría bien, que si tenía alguna pesadilla estaría a su lado para alejarla. Quise llevarla en brazos a la cama y despertarla besándole cada parte de su cuerpo para hacerle el amor después y que se doblase de placer. Quise hacer todas esas cosas, pero no hice ninguna, porque todavía no me atrevía. No sabía cómo de alta seguía esa barrera del jefe, incluso después de una de las noches más mágicas de mi vida y ojalá de la suya. Así que me comporté como un caballero en vez de como un empotrador y cuando llegamos al hotel la subí en brazos a la habitación. Había un chico en la recepción que se nos quedó mirando con gesto dulce. Le di las buenas noches y continué mi camino hacia arriba. Estaba ya en el pasillo cuando escuché unas risas entrecortadas. Nada más ver de dónde provenían puse los ojos en blanco. Agradecí que ella estuviera despierta porque así no vería a Raúl y a Patricia darse el filete en medio del pasillo. Se dieron cuenta de que estaba allí y pararon. Miraron a Dánae y se echaron a reír por lo bajo.

—La vais a despertar —me quejé, enfadado.

Debí sonar muy serio porque se envararon.

—Lo siento —dijo ella. Él ni se inmutó.

Me dijeron adiós con la mano y se metieron a su habitación. Yo pasé la tarjeta por la nuestra haciendo malabares y empujé la puerta con el culo. Estaba fuerte, pero empezaba a sentir el peso de Dánae en los brazos. Así que, nada más llegué a la habitación, la dejé en la cama. Ella se espatarró ocupándola por completo. Puse las manos en las caderas y me reí. Esa muchacha era un caso aparte. Ahora tenía que decidir qué hacer con la ropa. ¿La dejaba dormir vestida o la desnudaba? Y entonces me di cuenta de una cosa. Tenía una mancha en la falda, a la altura de la entrepierna. Su amiga había venido a visitarla e iba a tener que despertarla sí o sí. Suavemente, acerqué los labios a su oreja y la llamé.

—Dánae, despierta.

Ella dio un respingo y me arreó un puñetazo en la nariz. Sentí el golpe y me eché hacia atrás. Dánae se quedó sentada en la cama, mirando a un lado y a otro, confundida. Supongo que reaccionó cuando fue consciente de la realidad y me vio con la mano en la cara, quejándome.

—¡Marcos! ¿Qué ha pasado?

Me quejé de nuevo. Dolía.

—Me has dado un golpe en la nariz.

—¿Yo? ¿Cuándo? Si yo... —Sacudió la cabeza. Seguro que no sabía ni dónde estaba—. Joder, me he dormido en el taxi y me has traído hasta aquí, ¿en brazos?

Me froté el puente de la nariz intentando alejar el dolor. Al menos no había sangre. Se me pasaría pronto. Ella saltó de la cama y abrió el minibar. Sacó una lata de refresco y me la puso contra la nariz. Sentí el alivio del frío.

—Joder, menos mal. Esto duele horrores.

—Lo siento. Se ve que estaba muy dormida y me has asustado.

—Ya me he dado cuenta —bufé—. Eres una ninja, de verdad, qué hostia me has dado.

—Lo siento. Lo siento. Lo siento. —Puso las manos en actitud orante a la altura de los labios—. Ha sido sin querer.

—Eso espero. Si me dices que ha sido queriendo pido una orden de alejamiento.

—Joder —farfulló—. Qué mala pata.

—No pasa nada. —Me retiré la bebida y me froté la nariz, haciendo muecas para ver si estaba todo en su sitio—. Ya se me está pasando.

Ella, entonces, se puso de puntillas y me dio un beso en la punta de la nariz. Me pareció un gesto adorable.

—Mañana te compro un helado para que me perdones —dijo.

—Encima con guasa...

Me guiñó un ojo y luego se echó a reír, y yo con ella. Pasadas las risas, restaba el momento de decirle lo de su amiga. Se iba a morir de vergüenza, pero tenía que hacerlo.

—Te he despertado porque... —Miré hacia abajo, hacia su entrepierna—. Eso.

Ella me miró confusa y luego bajó los ojos hasta ahí.

—JO-DER —lo gritó así, en dos partes, y muy alto—. QUÉ-VER-GÜEN-ZA.

—No tienes de qué avergonzarte, es una cosa normal.

—¿Normal? —Bufó—. Ya podría haberme venido en otro momento.

Parecía disgustada de verdad. Rebuscó en su maleta, cogió su neceser, luego las bragas de Piolín del cajón y se encerró en el baño.

—ODIO EL MUNDO —dijo antes de hacerlo.

Me quedé parado en medio de la habitación como si hubiera invasión alienígena a dos pasos de mí, sin saber qué hacer ni qué decir. Cogí aire y decidí ponerme el pijama. Acababa de subirme los pantalones cuando Dánae apareció con cara de haber asesinado a alguien en el baño. Bueno, quizá si hubiera cometido un asesinato se sentiría feliz porque tenía la impresión de que era eso lo que más deseaba.

—Bonito pijama —dijo pasando por delante de mí de camino al armario. Luego bufó algo en voz baja y sacó el suyo. Vi que ya se había desmaquillado y cepillado el pelo.

—¿Puedo ocupar el baño? —le pregunté.

—Sí, ya lo he hecho todo. —Se hizo un ovillo.

Pasé al baño e hice mis cosas, sintiéndome extraño por la atmósfera que se había quedado, así que, cuando regresé a la cama, me tumbe a cierta distancia por miedo a incomodarla. Ella estaba de espaldas a mí y, despacio, extendí la mano hasta tocarle el hombro.

—Dánae.

—Qué.

—De verdad que no pasa nada. No me asusto de estas cosas. Solo es la regla.

—Es Satanás.

Tuve ganas de reírme por su dramatismo, pero igual me daba un puñetazo así que no lo hice.

—Ha sido una noche muy bonita, lamento que se haya fastidiado por eso —dije.

Tras un silencio, se giró. De costado, apoyó la cara en las palmas de las manos, que estaban en la almohada, y me miró muy seria.

—Sí, lo siento. La he estropeado yo.

—Para nada. No tienes la culpa. De verdad que no. ¿Necesitas algo?

Su mirada era penetrante. Me pareció que elucubraba algo en silencio. Frunció los labios, luego se los mordió, algo callaba que quería expresar.

—Dime —pedí, acercándome un poco más a ella.

—Sí que necesito algo, pero no sé si...

—¿El qué? —El corazón me iba a mil pensando en qué podría pedirme. Esperaba que lo que fuese nos incluyese a ambos de alguna manera. Que no fuera un «lárgate de la habitación que ahora mismo no quiero ver a nadie».

—Necesito que me abracés.

Sonreí de oreja a oreja. Por supuesto que iba a abrazarla.

—Anda, ven aquí. —Me puse bocarriba y abrí los brazos para cobijarla en mi pecho.

Ella se acurrucó en él y soltó un gemido de felicidad. Qué burro me puso eso. Tuve que pedirle a la de abajo que se mantuviese en estado de reposo o me habría explotado. Solo con un gemido. Esa mujer me volvía loco. A pesar de que sabía que no pasaría nada, me sentí bien con ella entre mis brazos. Como si ese fuera su lugar en el mundo. Como si el mío fuera abrazarla. Acunarla hasta que se quedó dormida. Pronto su respiración fue más pausada. La observé unos segundos, feliz por aquel regalo para la vista que era su rostro así, en calma. Luego estiré la mano y apagué la luz. Cuando todo se quedó a oscuras lancé un pensamiento al aire.

—Ojalá todas las noches fueran a su lado.

Capítulo 17

Dánae

Ojalá

«Ojalá todas las noches fueran a su lado».

Lo escuché. Lo escuché nítidamente. Marcos había pronunciado esas palabras mientras estaba en sus brazos. Yo estaba entre el sueño y la vigilia, en ese momento en el que estás a punto de dormirte, pero aún eres consciente de lo que sucede a tu alrededor. El corazón me dio un vuelco y esas mariposas de las que todo el mundo habla, pero que nunca había sentido, explotaron en mi estómago. No eran mariposas. Eran una legión de Boeing 747 despegando y sobrevolando mi interior. Las palabras de Marcos me pegaron tan fuerte que me costó dormirme después, pensando en si debería responder a ellas de alguna manera. Decirle algo a ese nivel; decirle que para mí también había sido una noche única, a pesar de todo, y que ojalá se repitiese siempre, como una bonita canción puesta en bucle. De esas de las que nunca te cansas.

Cuando desperté, él ya no estaba, pero me había dejado una nota en la mesilla:

«He salido a correr un poco antes del desayuno. Te veo luego, chica ninja».

Qué espíritu. Yo no era capaz de dar dos pasos antes de tomarme un café. Me hizo reír por cómo me llamó y observé durante unos segundos su preciosa letra. Sin duda era bueno escribiendo a mano. Yo no era capaz de esbozar más que unos pocos garabatos dignos de un médico.

Salté de la cama, casi eufórica, y entonces sentí un pinchazo en el vientre que me dobló. Esa maldita seguía ahí, aunque me hubiera olvidado de ella, y había venido a fastidiarme los planes. Al menos me servía de freno con Marcos y no se me terminaría follando. Lo siento, Sofía, tus velas al universo han sido neutralizadas por la fuerza de la naturaleza femenina y mis prejuicios de hacerlo con la regla.

Me di una ducha y me vestí. Mientras terminaba de arreglarme llamé a Sofía para ponerle al día de lo que estaba pasando. Me respondió medio dormida.

—¿Has dormido mal?

—Anoche salí con el contable y me estuvo haciendo la tabla de multiplicar del 69 —explicó con desparpajo.

—No sé ni para qué pregunto. —Reí—. ¿Te va bien con él?

—Muy bien. Sabe qué teclas tocar para procurarme un orgasmo tras otro.

—¿Hacéis otra cosa que no sea follar?

—Fuimos al cine —dijo tras un bostezo—. Pero me metió mano en mitad de la película y nos tuvimos que ir a casa por la calentura.

—Entonces no hacéis otra cosa que follar.

—¿Y qué otra cosa íbamos a hacer? Pregunto.

—Pues conoceros. Hablar.

—Hablar. —Soltó una carcajada—. ¿Para qué quieres hablar cuando puedes follar? A ver. ¿Marcos ya te ha empotrado o no?

—Estoy con la regla así que no va a haber empotramiento ninguno.

—Alarma nuclear —se burló.

—Calla. Anoche...

—Anoche...

—Anoche estuvimos genial. Salimos juntos a cenar. Fue mágico. Pensé que me besaría. Que se lanzaría a por mí, pero no lo hizo.

—Haberlo hecho tú.

—Es mi jefe, tengo que ponerle freno. Pero ¿sabes lo que dijo? Se pensó que estaba dormida y dijo: «Ojalá todas las noches fueran a su lado». ¡Sofía! —dije emocionada subiendo el tono—. ¿Lo oyes? Ojalá todas las noches...

—Sí. Lo he oído. No me dejes sorda. —Me pareció que sonreía feliz al otro lado de la línea—. Eso es bonito. Parece que Marcos te quiere para algo más que follarte. Qué romántico.

—Lo es. Y también es mi jefe. Y ya sabes lo que pienso.

—Que eres tontísima. Eso piensas. Déjate de tonterías de una vez.

Solté un suspiro y oteé la sierra. El sol bañaba los árboles tiñéndolos de dorado. Todavía era muy temprano y corría una agradable brisa. Esperaba que el resto del día fuera así y no hiciera demasiado calor. Por la tarde teníamos la salida al pueblo. Al pensar en ello recordé que tendría que cruzarme otra vez a Raúl y puse a Sofía al corriente de su presencia allí.

—¿No puedes echarle laxante en el café o algo? Es lo que se merece. Una buena diarrea. Como su cara.

Me reí a carcajadas.

—Eres una mafiosa.

Cantó la de Nathy Peluso. Mientras la escuchaba cantar oí la puerta de la habitación. Me giré

y vi a Marcos que acababa de llegar. Con un atuendo de corredor digno de revista. Las mallas se le pegaban a los muslos y al paquete. EL PAQUETE. En mayúsculas, porque una cosa así de grande no puede ser escrita en minúsculas. Madre mía, y yo sin desayunar. Tremendo bocadillo tenía entre las piernas. Una barra de pan entera.

—¿Dánae? —escuché decir a Sofía.

Marcos me miraba con media sonrisa divertida mientras yo lo observaba con descaro. Al muy cabrón parecía gustarle tenerme así de pasmada ante su miembro viril. Ante sus piernas duras y atléticas. Ante él en general.

—Buenos días, Dánae. ¿Qué tal has dormido?

—Sofía, te dejo. Luego hablamos.

—¡Marcos, hazla tuya de una vez! —gritó mi amiga desde el otro lado antes de que colgase.

Recé a todos los dioses que conocía que no la hubiera oído. Carraspeé mientras entraba en la habitación y dejé el móvil sobre el escritorio.

—Bien. He dormido bien. ¿Qué tal tu nariz?

Me acerqué a él. Olía como tendría que oler Aragorn después de una batalla. A roña sensualmente épica. ¿Hasta el sudor de Marcos me parecía atractivo? Estaba perdiendo la cabeza. Le toqué la nariz con delicadeza y él no se quejó, solo siguió el movimiento de mis dedos hasta ponerse bizco y luego se echó a reír. Cogió mi mano y la bajó, sin soltarla.

—Estoy bien, chica ninja.

Y entonces me besó en la frente. Un acto muy cuqui si me preguntáis. Sus labios eran tersos y cálidos y me gustó sentirlo. Ojalá me hubiera besado en la boca. Ciertamente, me moría de ganas porque me besase.

—Me voy a duchar y bajamos a desayunar, o nos pilla el toro. —Se apartó de mí, cogió ropa limpia y se metió en la ducha. No dejé de observarlo mientras lo hacía.

Cuando entró en el baño, me senté al filo de la cama soltando un suspiro. Estaba a punto de volverme loca por culpa de mis contradicciones. Porque una parte de mí quería entregarse a él, pero la otra no dejaba de decirme que era mi jefe y que estaba mal. Que si las cosas no salían bien sufriríamos los dos y luego tendríamos que vernos todos los días en la oficina. Me pregunté cómo habría sido si Raúl hubiera trabajado en el mismo sitio que yo y hubiéramos tenido que seguir viéndonos después de todo. La respuesta fue: un infierno. Porque el dolor me habría paralizado cada vez que lo hubiera visto. Porque los recuerdos no me habrían dejado ni pensar. Pero Marcos no era Raúl. Era completamente distinto. No tenía que suceder lo mismo. O sí. Pero Marcos había dicho que no había tenido nunca relaciones largas. ¿Qué podría ser yo para él

entonces? Ave de paso. Tres meses y después a otra cosa. Aunque teníamos tantas cosas en común que... que a veces me parecía que podríamos pasar juntos cada día de nuestra vida sin estorbarnos, como dos entes simbióticos pero independientes a la par.

Divagaba mentalmente sobre todo aquello cuando él salió del baño. Casi lo vi a cámara lenta mientras sonaba alguna canción *sesi* de fondo. Iba solo con la toalla anudada a la cintura, con el agua resbalándole por el torso. Gotas traviesas que pasaban sobre sus abdominales y se colaban por la línea de la toalla en busca de la tierra prometida. Esa tremenda verga por lo que había podido apreciar con las mallas. Yo tenía las manos apoyadas en la cama y apreté las sábanas como si estuviera conteniendo el placer. El placer de verlo casi desnudo. Me mojé los labios. Marcos era un caramelo que bien valía la pena comerse.

—Se me ha olvidado la ropa interior —dijo inclinándose sobre el cajón para coger los calzoncillos.

Ladeé la cabeza y le miré el culo que marcaba la toalla. Diosito de los culos. Ese estaba muy por encima de la media. Cuando se irguió, él, no otra cosa, malpensadas, me puse recta también. Nerviosa, carraspeé. Debía de estar colorada. Ardía por dentro. Él regresó al baño después de echarme una mirada pillá y me quedé ahí más caliente que los palos de un churrero. Puta regla. Sentía que las tetas me iban a estallar de pura excitación.

El tiempo que pasó hasta que Marcos salió de la ducha lo pasé en una nebulosa en la que traté de rebajar la tensión sexual que se me había acumulado entre las piernas. Lo hizo, como de costumbre, guapísimo. Vestido para matar. A las doce nos tocaba exponer.

—¿Nos vamos a desayunar?

Me levanté de la cama y asentí. Él cogió la carpeta y yo el portátil y el bolso, pues llevaba el *pendrive*. El desayuno fue calmado. Disfrutamos del *buffet* del hotel y charlamos un poco entre bocado y bocado. Sobre todo acerca de trabajo y de las expectativas que teníamos con respecto a la charla. El tiempo pasó rápido, pero fue agradable. Como siempre que estaba con él. Marcos tenía el poder de hacer que todo fuese mejor de lo que era. De convertir un simple desayuno en un momento cálido que recordar. Y sonreía... Sonreía y yo me derretía. Agradecía que en la oficina no sonriese tanto o no podría concentrarme, porque su sonrisa tenía el poder de descolocarme.

Capítulo 18

Marcos

La foto

La chica ninja no dejó de sonreír en todo el desayuno. Cada vez que sonreía yo lo hacía ella, como si mi sonrisa fuera contagiosa. Me gustaba verla así. Feliz. Haciendo de los momentos cotidianos puro oro. La verdad es que había sido un acierto traerla conmigo. Su compañía estaba siendo muy preciada. Pero la hora del desayuno pasó pronto y tocó volver a la realidad. Al trabajo.

Estuvimos un rato charlando con unos y otros sobre nuevas inversiones, avances tecnológicos y demás, y luego dio comienzo la primera exposición. La de la empresa de Raúl y Patricia. Dánae, sentada a mi lado, se puso tiesa como un palo. Estiré la mano hasta coger la suya, que agarraba en tensión el reposabrazos. Dio un respingo y me miró sorprendida, no se lo esperaba. Al poco, consiguió esbozar una sonrisa y calmarse un poco. Ni siquiera podía ver a Raúl sin sentirse mal. Me dolía que se sintiese así. Que no lo hubiera superado. Y es que hay daños que no importan los años que pasen, permanecen. Eso bien lo sabía yo. Por suerte, su exposición fue corta. Unos aplausos de cortesía y a otra cosa.

Al fin nos tocó a nosotros. Subí al escenario y, tras el saludo inicial, esperé a que Dánae conectase la diapositiva. Cuando lo hizo, guiñé los ojos, extrañado. En la pantalla aparecíamos ella y yo, la noche de la fiesta en la casa de Héctor. El uno frente al otro, al borde de la piscina. Ya había visto esa foto en Instagram, pero no tan grande. Y pude apreciar muchos más detalles. El tiempo se detuvo mientras nos veía así, desde fuera, estando tan cerca el uno del otro. Con la gente que nos rodeaba entregados al baile y nosotros quietos, en un universo aparte. Me di cuenta de una cosa: miraba a Dánae como no había mirado a ninguna otra mujer en mi vida. Había en mis ojos un cariño sin igual. Un cariño que suplicaba piedad a mi corazón. Que le pedía a ella que fuera buena conmigo, porque no soportaría que fuera ella quien me lo rompiera. Tragué saliva y sacudí la cabeza. Escuché un perdón por parte de Dánae.

—Lo siento —se disculpó nerviosa—. Pendrive equivocado.

Me disculpé también con el público. Nadie por suerte se lo tomó a mal. Todos rieron y aplaudieron por la equivocación. Incluso Raúl y Patricia. Di las gracias a Dios por ello. Sobre todo por Dánae, porque la veía apurada. Nos miramos y le dediqué una sonrisa sincera que pretendía calmarla. Ella cogió aire y lo soltó despacio. Y entonces puso la diapositiva que era. Di la charla sin poder quitarme de la cabeza lo que había visto. En mis ojos clavados en ella como si

fuera el centro del Universo. No hubo más incidentes con las diapositivas, pero Dánae parecía seguir nerviosa. Cuando terminé y recibí los aplausos y las muestras de felicitación, me fui directo a hablar con ella. Recogía el portátil. Vi que, en la mesa, además de mi *pendrive*, había otro.

—Lo siento —se disculpó muy afectada—. Ha sido un error tremendo.

—No te preocupes. Solo ha sido un accidente.

—Qué vergüenza. —Sacudió la cabeza y la enterró en mi pecho.

Me salió del alma cobijarla entre mis brazos. Acariciar su cabello.

—De verdad, no ha sido nada. Ha sido incluso divertido. No sabía que tuvieras esa foto.

—Yo tampoco hasta que se ha abierto. —Me miró y torció el gesto—. Deberías despedirme por incompetente.

—No digas tonterías.

Nos miramos a los ojos, sin decir una sola palabra más, en un momento que pasó de estar lleno de tensión a llenarse de dulzura gracias a esa mirada. De nuevo, las ganas de besarla me sobrevinieron. Pero el siguiente equipo que iba a presentar llegó y nos obligó a apartarnos y a volver a nuestros asientos. Asistimos al resto de las charlas, sentados el uno junto al otro. Cogí su mano y entrelacé los dedos a los de ella. Se dejó. Incluso me dedicó una sonrisa. Las exposiciones terminaron y estábamos a punto de marcharnos cuando llegaron Raúl y Patricia. Me juré a mí mismo que si decían alguna estupidez saldría de allí esposado.

—Salís muy guapos en esa foto —dijo entonces ella—. Se os veía bien.

No me pareció que lo hiciera con propósito de burla, solo era comentario sin intención de herir. Igual estaba arrepentida por lo que le hizo a su amiga y buscaba una manera de redimirse.

—¿Verdad? Es que somos la pareja perfecta. —Atraje a Dánae hacia mí cogiéndola de la cintura. Ella respondió a mi gesto rodeando la mía también y esgrimiendo una sonrisa que, aunque nerviosa, no dejaba de ser bonita.

—La verdad es que sí. Hacéis muy buena pareja —dijo Raúl con una sonrisa.

Estábamos apartados a un lado del salón de actos mientras la gente lo iba abandonando para ir a comer. Raúl miró un momento hacia atrás y luego fijó la vista en Dánae. La miró de una forma tan profunda que me pareció que iba a decirle algo importante. Esperé que fuera algo que no la hiriera, porque si no... reitero lo dicho: esposado.

—Me alegro mucho de que seas feliz, Dánae. Todo este tiempo me he sentido muy culpable de haberte hecho daño y ver que has rehecho tu vida me hace sentir mejor.

Ella apretó el mentón. Pensé que iba a decirle alguna cosa borde a juzgar por su gesto, pero no fue así. Terminó por sonreír y dijo:

—Yo también me alegro.

Me pareció que no era eso lo que le habría gustado decirle. Patricia y ella se sonrieron también. Luego, Dánae me cogió de la mano y dijo:

—Vamos a comer. Tengo hambre.

—Nos vemos esta tarde en la excursión —dijo Raúl, y él y su pareja se marcharon.

Ya a solas, no me lo pensé dos veces y abracé a Dánae con fuerza.

—Capullo. Es un capullo —gruñó ella.

—Te has callado algo, ¿no?

—Sí. Me habría gustado decirle: ¿Sientes tu conciencia ya limpia después de lo que hiciste? ¿Después de hacerme tanto daño? No pensé que ese cabrón se sintiera mejor sabiendo que tengo pareja. Como si un clavo sacase a otro clavo.

La tomé por los hombros y busqué su mirada.

—Pero es lo que quisiste hacer. Fingir que un clavo había sacado a otro clavo.

—Sí. Lo sé. Y ahora no sé si me arrepiento de haberte puesto en esta situación solo para que él acabe sintiéndose mejor, porque yo, desde luego, no me siento mejor. —Clavó la mirada en el suelo.

Cogí aire, llenando los pulmones. Esa chica estaba inmersa en una espiral de culpa y dolor del que iba a ser difícil sacarla. Pero tenía que seguir intentándolo. Posé los dedos en su mentón y la hice mirarme.

—¿Qué? —Me preguntó, al borde del hastío.

—Lo estás haciendo bien, Dánae. No te exijas más a ti misma. Lo que te pasó fue muy doloroso y de eso cuesta salir. Pero lo estás haciendo bien.

—No sé qué decirte. —Se encogió de hombros—. A veces siento que todo el mundo gana menos yo.

—¿Es que sigues enamorada de él? ¿De verdad? —Esa perspectiva me sentaba peor que una patada en el estómago—. ¿Después de lo que te hizo?

—No.

Sentí cierto alivio al escucharla decir eso, porque además parecía muy convencida.

—Es que me gustaría que le hubiera atropellado un autobús y no ha pasado —añadió—. Sigue

feliz con su vida, después de todo.

—Ya lo has oído. Se sentía muy mal por lo que te había hecho. Eso debería ser suficiente.

—Pues no lo es. Quiero verlo sufrir como he sufrido yo. —Se puso tan seria que me asustó—. Debería aplicar todo lo que he aprendido con el *true crime* con él. Descuartizarlo y esas cosas.

—No seas bruta. —Reí sin más remedio—. Sé que no le harías daño a nadie. En el fondo eres un bollito de canela. Un bollito de canela con arsénico, pero bollito, al fin y al cabo.

Alzó las cejas y luego rompió a reír. Entonces fue ella quien me abrazó.

—Siento agobiarte con mis problemas, Marcos. No sé cómo hemos llegado hasta este punto en el que eres el hombro en el que lloro.

—A mí no me importa serlo. Tengo buenos hombros.

Dánae los acarició.

—Desde luego.

Hubo una sonrisa cálida entre nosotros, cargada de aires renovados. Todo había sido fruto de un momento de frustración que empezaba a pasar.

—Mira, nunca me ha pasado lo que a ti, pero creo que el rencor no te hace bien. Harías bien en desterrarlo y vivir tu vida sin pensar en ello.

Pareció reflexionar sobre mis palabras y luego asintió.

—La verdad es que sí. Ni un pensamiento más sobre ese traidor. —Suspiró y agachó la mirada.

Hice que volviera a mirarme tomándola por el mentón con suavidad.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo —dijo con una sonrisa—. Aunque también se lo prometí a Sofía y mira tú cómo estoy.

—Es normal. —Le acaricié la mejilla—. Es normal.

Su estómago rugió tanto que resonó entre nosotros.

—Anda, vamos a comer —le dije—. Esta tarde tenemos paseo y hay que coger fuerzas.

Su gesto se tornó triste, apagado. Algo malo le rondaba la cabeza.

—¿Qué sucede?

—¿Pasa algo si no voy? No me encuentro muy bien con lo mío.

—Pues... —aquello me pilló a contrapié—. Me había comprometido a ir para hablar sobre algunas cosas del trabajo, pero si no te encuentras bien iré solo.

—Lo siento. Hoy estoy siendo un completo desastre. Tendrías que haber traído a Héctor.

—Con lo fiestero que es no me habría dejado dormir.

—Al menos no te habría pegado en la nariz.

Reí.

—Eso solo lo haces tú, chica ninja. —Le toqué la punta de la suya en un momento gracioso que ella correspondió con el mismo gesto.

—Siento lo de la foto —dijo después, con vocecilla arrepentida.

—La foto...

¿Podría decirle lo que había sentido cuando la había visto?

—Qué.

—Nada, es solo que... —Tragué saliva ayudándome a tragar el nudo que se me había hecho en la garganta por culpa de mis expectativas—. Es solo que estabas muy guapa esa noche.

—Tú también. Y fuiste muy especial conmigo.

Especial. Ya no era monísimo. Era especial. ¿Para cuándo irresistible y empotrador, Dánae? Para cuándo.

Me lancé a decirle lo que pensaba.

—En esa foto... tú y yo... ¿has notado cómo nos mirábamos?

—Yo probablemente bizca porque estaba muy pedo.

Me reí.

—Lo digo en serio.

—Yo también. —Me sacó la lengua.

Su estómago reclamó de nuevo atención y el mío se le unió. No quise alargar más el tema porque ella no parecía haberse dado cuenta, así que fuimos a comer. Nos sentamos con los representantes de otra empresa, que eran viejos amigos, por lo que la comida fue bastante animada. Dánae se integró muy bien y charló con unos y otros como si los conociera de toda la vida. Me gustaba verla así, como una más, dejando atrás las frustraciones y el dolor. En la vida todo son momentos que superar y ella había superado ese tan tenso victoriosa.

Capítulo 19

Dánae

True love; true crime

Cuando, después de comer, me quedé a solas en la habitación porque Marcos se marchó, lo primero que hice fue coger el portátil y encenderlo para ver la foto. Porque con los nervios, en la charla, no me había fijado en nada. Pero él había hecho esa pregunta: «¿Has notado cómo nos mirábamos?» y yo tenía que responderla.

Sentada en la cama, me dispuse a hacerlo. Me quedé petrificada mientras miraba la foto, con una sensación apabullante recorriéndome el estómago. Él tenía razón. Nos mirábamos de una forma muy especial, diferente a todas las miradas que había en el lugar. Era como si nuestros ojos estuvieran conectados por un hilo invisible y puro que se entrelazara también con nuestros corazones. Había magia en esa foto. Fuegos artificiales. Había amor verdadero. Pero ¿cómo podía ser? Si apenas nos conocíamos en ese momento, más allá de los saludos de la oficina y de que yo me pasase el día fantaseando con él. Pero en esa foto podía leerse algo más allá de lo físico, más allá de que Marcos estaba cañón y de que esa noche estaba más guapo incluso, había una conexión espiritual entre nosotros. ¿Cómo podía una foto decir tanto? Sobre todo, en la mirada de él, en su expresión. Había una devoción casi absoluta hacia mí. Casi temblando, llamé a Sofía.

—A Marcos le gusto de verdad —le dije nada más descolgó.

—¿Qué? ¿Y eso?

Le conté lo de la foto.

—A esa foto solo le falta una canción de amor como banda sonora y sería perfecta —anoté.

Entonces recordé la que había cantado en el coche: *Lost*, de Maroon 5. «Estaba perdido hasta que me amaste y ahora me he encontrado». ¿Empezaba a encontrarme yo también un poco gracias a él? El rostro de él cantándola me vino a la memoria y me hizo sonreír.

—A ver —dijo Sofía—. La miro en Instagram.

—¿Está en Instagram?

—En el de Héctor. Si lo usases más...

Puse la llamada en altavoz y la minimicé para acceder a la red social. Casi no me acordaba de la contraseña, porque apenas lo usaba, pero logré recordarla. Tecleé a toda prisa, desenfrenada. No sabía el usuario de Héctor, pero entonces vi una notificación nueva entre los cientos que me

habían llegado: él había empezado a seguirme. Lo seguí de vuelta y entré a su perfil. Había muchísimas fotos de la fiesta, pero ahí estaba la nuestra.

—Madre mía —dijo Sofía—. Como entres te da un patatús.

—¿Por qué?

—Por los comentarios que tiene.

Entré a verlos al momento. Una lluvia de *likes* inundaba la foto y había unos veinte comentarios. «¿Desde cuándo están liados el jefe y Dánae?», rezaba uno. «El amor está en el aire», decía otro con una ristra de corazones. Eran todos así. Alusivos a la química que la imagen desprendía. Y entonces, en medio de todos esos, vi uno de Marcos: un simple corazón, pero que me llenó más que cualquier otro comentario posible. Él ya la había visto. ¿Habría experimentado las mismas sensaciones que yo? Y por los nervios, le di me gusta a su comentario sin querer. Tenía el día patoso qué le vamos a hacer. Resoplé mientras mi amiga, al otro lado de la línea, comentaba la foto como si estuviera en un programa de salseo.

—Es que cómo te mira. Yo nunca he visto a ningún tío mirándote así.

—Ni yo. Pero no iba borracho así que no puedo achacarlo a nada.

—Sí. A que te ama. M.M. te ama profundamente. Lo ha hecho desde siempre, solo que no se ha atrevido a decírtelo nunca.

—No digas tonterías. Puede que le guste, un poco, pero de ahí al amor... hay un paso gigante que no creo que ninguno de los dos vaya a dar porque...

—Como digas que «porque es el jefe» te juro que te cuelgo, cambio la cerradura de casa y me quedo con Bocado de atún. No volverás a ver más al gato —amenazó muy seria—. Te lo juro por mis mejores zapatos.

Solté un largo suspiro.

—¿Dónde está Marcos? ¿No estás con él? —preguntó después.

—No. Se ha ido de excursión. Yo no me encontraba bien. La puta regla.

—Putita —repitió ella con voz afligida—. Ojalá estuviera allí. Haríamos maratón de crímenes y comeríamos un montón de porquerías.

—Ahora mismo daría mi vida por un paquete de galletas de chocolate, pero en el minibar no tienen nada de eso. Solo refrescos y alcohol.

—Pues bébete un vodka con naranja y échate a dormir.

—Quizá lo haga.

Sofía me mandó muchos besos y ánimos. Después de charlar un poco más sobre cómo estaba

Bocadillo de atún, nos despedimos. Me tumbé en la cama esperando que el dolor de regla pasase. Estaba medio dormida cuando escuché la puerta de la habitación. Abrí los ojos, sobresaltada. A juzgar por la luz todavía era media tarde. Y entonces clavé la mirada en la entrada. Era Marcos.

—¿Qué haces aquí? —Me incorporé en la cama hasta quedarme sentada.

Me fijé en que venía cargado con un montón de bolsas. Las dejó encima de la cama y dijo:

—No podía estar pasándolo bien sabiendo que mi chica ninja estaba aquí sola, pasándolo mal. Así que traigo remedio *pa* tu dolor.

—Nadie te lo hace mejor que yo, uoh-o... —canté, porque me había recordado a una canción.

—¿Qué? —Se echó a reír y se sentó de medio lado en la cama.

—Es una canción. *Sin pijama*.

—Ah, cierto. —Sonrió—. ¿Cómo estás?

—Ahora que has venido mucho mejor. ¿Qué traes?

Empezó a sacar chucherías de las bolsas.

—He pasado a buscar el coche y he ido a un super cercano. No sabía exactamente qué te gustaba así que he traído de todo. —Patatas, chocolate, chuches, refrescos, cosas para hacer bocadillos...—. Sé que a las tías os da por comer cuando estáis con la regla. Así que...

Y en ese momento. En ese preciso momento, independientemente de lo que él pudiera sentir, supe que ya no eran solo las bragas lo que se me mojaba cuando estaba con él, que también lo hacía el corazón, con una lluvia cálida hecha de cariño. Supe que sentía por él más de lo que me había atrevido a reconocer. Que no era solo cuestión de sexo. Que era cuestión de mucho más. Y lo supe con una certeza que alejó toda duda. Acerqué mi rostro al suyo y le di un beso en la mejilla.

—Gracias. Eres mi salvador.

—¿Nos lo comemos todo mientras vemos algún documental turbio y oscuro?

Era perfecto. Absolutamente perfecto.

Asentí y él se quitó los zapatos para acomodarse a mi lado en la cama.

—¿Te importa que me quite la camisa? Tengo calor.

—No, para nada.

Hormonas, controlaos. No es un cacho de carne... Lo miré descarada mientras se desnudaba. Ese torso apolíneo. Si es que el cabrón estaba hecho con un molde especial, no como el resto de los mortales.

Marcos se acomodó y pusimos en el portátil un documental que elegimos entre los dos. Y a ese le siguieron unos tres más. Pasamos así la tarde, como dos viejos amigos, entre comida basura, risas y miradas de complicidad.

Capítulo 20

Marcos

El abrazo

El fin de semana se terminaba y yo todavía no había besado a Dánae. Pero una parte de mí todavía no se atrevía, aunque había habido momentos especiales. Incluso en la tarde del sábado en la que estuvimos tirados en la cama sin hacer nada. Incluso ahí podría haberla besado, pero sentía que ella merecía algo más. Un beso de esos de película, inolvidables. Además, todavía había quedado algo en el aire. Eso que le pedí que me preguntase más tarde en la cena y que ella, o había olvidado, o había dejado pasar. Se lo diría en algún momento, de eso estaba seguro.

La mañana pasó rápido, entre charla y charla. Cerramos con una comida animada en la que la gente no dejó de hablar de lo interesante que había sido el fin de semana. Esperaban que la experiencia se repitiese en años siguientes. Llegué a algunos acuerdos que tendría que cerrar en la oficina, pero que sin duda eran beneficiosos para nuestra empresa. Ya a la vuelta, en el coche, sentí que esos días habían sido un regalo. Poder pasar con ella más horas de las normales me había sentado bien y me había hecho reafirmarme en mis sentimientos. Esa mujer me volvía completamente loco y tenía que ser mía. No en un rollo posesivo tóxico, ya me entendéis. Así que me propuse invitarla a salir esa semana y que le diría todas las cosas que no le había dicho en aquellos días.

Dánae estaba más callada que de costumbre, ni siquiera la música la hacía bailar como en el viaje de ida.

—¿Estás bien? —le pregunté bajándola un poco, sin apartar la mirada de la carretera.

—Siento como si tuviera un ejército librando una batalla en mis ovarios.

—¿Puedo hacer algo por ti?

—¿Arrancármelos?

Me reí.

—Eres una salvaje.

—Gracias —dijo ella, y luego me sacó la lengua.

—Supongo que ya tienes ganas de llegar a casa y ver a Bocado de atún. Y también a Sofía.

—Más al gato que a ella, no te creas —bromeó—. ¿Sabes que sigue liada con el de Contabilidad?

—Carlos.

—Ah, tiene nombre. Y es un nombre bonito. Ya podré dejar de llamarlo «el de Contabilidad».

—Sobre todo porque no es el único que trabaja como contable en la empresa y podría llevar a confusiones. —La carretera estaba tranquila, así que podía distraerme con un poco de charla.

—Seguro que Sofía se los ha tirado a todos. Esa no escatima en conquistas.

—Yo no podría.

—¿Tirarte a todos los de Contabilidad? —Se puso un poco de costado en el asiento. Su rodilla quedaba próxima al cambio de marchas y posé la mano ahí, para sentirla cerca. Ella se movió un poco más y pude rozarla. Sentí un pellizco en el estómago.

—No. —Reí intentando alejar la tensión—. Me refiero a que no podría ver así las relaciones, tan esporádicas. Vale que las mías han durado poco, pero no podría tener solo rollos de una noche o de tres.

—Ella es feliz así. Sin comprometerse.

—¿Le tiene alergia al compromiso por algo en concreto?

Un movimiento más de ella, un nuevo roce. Mi corazón latiendo más revolucionado que el motor del coche.

—Nunca le ha pasado nada dramático, que yo sepa. Creo que solo es su forma de ver las relaciones. Y está bien, si es lo que ella quiere.

—Desde luego que sí. No la estoy juzgando, solo pregunto.

Miré de soslayo a Dánae y vi que ella asentía.

—Si juzgases mal a mi amiga tendría que asesinarte.

—Y desde luego sabes cómo.

—Ajá.

Reímos a la par y conduje un poco más en silencio. No duró mucho, porque mi móvil emitió un pitido, rompiéndolo.

—¿Puedes mirar quién es? —le pedí a Dánae.

—Claro —dijo ella, cogiéndolo de dónde estaba, entre los dos asientos—. ¿Me lo desbloqueas?

—6478.

Noté que me miraba sorprendida, como si no esperase que le diera mi clave. Tampoco tenía nada que ocultarle, así que no me importaba.

—Suenan a fecha de cumpleaños —dijo Dánae, mientras lo desbloqueaba.

—Era la de mi madre.

No dijo nada, solo la vi, de reojo, fruncir los labios.

—Es un recordatorio de Google Fotos. Un recuerdo de hace cinco años.

Sonreí. El recuerdo que me llegaba casi cada día con una foto especial que me hacía feliz. Restaba un poco el dolor y me dejaba una sensación de felicidad.

—¿Qué foto es?

—Sale una mujer de unos... ¿cuarenta?, muy guapa, sentada en una roca al lado de un río. Sonríe a la cámara y saluda.

—Es mi madre. Se llamaba Sara. —Seguí sonriendo—. Es guapa, ¿verdad? Bueno, lo era.

Dánae asintió.

—Muchísimo. Y tiene tu misma sonrisa. Ahora... —Hizo una pausa, como si estuviera meditando algo—. Ahora lo entiendo. Esto es lo que ves cuando sonríes de esa forma tan especial. Sus fotografías.

Mi sonrisa se hizo todavía más intensa.

—Esas fotos me salvan el día. Hacen que no me hunda en malos recuerdos. Al principio... —Me removí un poco en el asiento, nervioso, y aferré el volante con más fuerza. Levanté el pie del acelerador, quería ir más despacio, porque iba a hablarle de mis sentimientos—. Al principio, cuando ella se fue, no era capaz de mirarla sin sentir una punzada de dolor horrible. Como si no quisiera recordar que hubiera existido porque su solo recuerdo hería. Fue una época terrible.

—Marcos... —Dánae puso el móvil sobre sus piernas y me frotó el brazo arriba y abajo, para reconfortarme—. Lo siento muchísimo.

—No pasa nada. Lo he superado. Con mucha terapia y eso, pero he conseguido ser capaz de reencontrarme con ella en las fotos y que no me reviente el alma de dolor. Ahora la miro y, en lugar de pensar solo en que no está, pienso en los buenos momentos que pasamos juntos. Su ausencia sigue doliendo, y lo hará siempre, pero me permito conectar con ella de otra manera. Sentirla cerca de nuevo, como si no se hubiera marchado. —Ahogué un suspiro—. Supongo que todos cargamos con nuestros fantasmas, ¿no? —La miré brevemente; vi que tenía los ojos vidriosos, como si fuera a llorar—. Por favor, no me mires así, me quiebras el corazón y ahora no puedo abrazarte.

—Yo también querría abrazarte. Creo que necesitas un abrazo más que nunca.

Lo necesitaba sí. Extendí la mano para coger la de ella. La carretera era recta y podía

permitirme llevar solo una mano en el volante. Estuvimos así, cogidos de la mano, en silencio, hasta que una serie de curvas me obligaron a prestar toda atención a la carretera. Cuando pasamos ese tramo, ella dijo:

—¿Qué le pasó? Si puedo preguntar. Se la ve tan joven...

—Una enfermedad de esas cabronas y raras. La fue consumiendo poco a poco. Llegó a los treinta y se la llevó con cuarenta y dos. Hace tres.

—Es horrible. Era muy joven. —Dánae suspiró triste—. Lo siento. Y me parece muy valiente que hayas sido capaz de afrontarlo así. No sé si podría.

—Al final la vida te obliga, Dánae. Por más que quieras estar en el agujero tienes que salir porque hay otras personas que dependen de ti y de tu bienestar. Tus amigos, tu padre, tu trabajo... Yo al menos logré salir. Hay otros que se quedan dentro sin que nada consiga ayudarlos. Y eso es terrible.

—Lo es, desde luego. —Asintió a mis palabras, con gesto grave—. ¿Cómo está él? Tu padre.

—Rehaciendo su vida poco a poco. Ha conocido a una mujer que parece que le está haciendo recuperar la ilusión por la vida. Y soy feliz por él, porque es lo que mi madre habría querido. Se lo dijo antes de irse: «Búscate a otra, Juan, que tú no sabes estar solo».

Vi que ella esbozaba una ligera sonrisa.

—Seguro que sí, pero seguro que ella fue también el amor de su vida.

La miré por un instante con gesto interesado. Quería conocer cuáles eran sus teorías al respecto.

—¿Crees que solo hay uno?

—Uno inmenso, superior a los demás: sí. Creo que podemos amar a muchas personas, pero de una forma única y especial solo a una.

—Ese es un pensamiento muy romántico, chica ninja, y tú dijiste que no eras nada romántica —le dije con voz animada.

—Habrá sido por el aire de la sierra, que me ha hecho cambiar de opinión.

Sonreí mientras asentía. No sé ella, pero yo ese fin de semana había descubierto muchas cosas sobre lo que sentía. Esperaba que Dánae también.

Al poco, alcanzamos las primeras urbanizaciones de la ciudad, los polígonos industriales, hasta entrar en el nido de tráfico de la radial. Había muchísimo tráfico y tenía que estar muy pendiente de todos los coches que nos rodeaban.

—Hay algo que todavía no me has contado —dijo entonces ella.

—¿El qué?

—Lo que dijiste que me dirías con un par de copas de vino de más.

Así que no lo había olvidado.

—¿Y si sales a cenar conmigo esta semana y te lo cuento?

—No paras de darme largas, eres malvado —se quejó, chasqueando la lengua después.

—Es que es algo que quiero decirte mirándote a los ojos.

La miré por un instante y vi un brillo precioso en su mirada. Antes de volver la vista a la carretera, cacé una sonrisa en su rostro. A mí se me instaló otra, casi perpetua ya cuando estaba a su lado. Y es que ella me hacía sonreír como nadie en el mundo.

—Y ahora que tengo tu contraseña de móvil voy a cotilleártelo a ver cuántas fotos guarras tienes —soltó de repente, con una risilla de niña malvada.

Reí.

—No tengo esas cosas en el móvil que uso también para el trabajo.

—Es verdad. Yo pensé que tendrías dos móviles como la gente importante.

—Es uno solo y me abruma. Me sobrecarga todo eso de ir mirando el móvil todo el día y las redes sociales.

—Pues te he visto en Instagram.

—¿A mí?

—Le pusiste un corazón a nuestra foto.

Nuestra foto... Esa que tantas cosas me había despertado.

—Es que es para ponerle un corazón, ¿no? —La miré de reojo mientras entrábamos en su calle.

—Lo es.

Se acercaba el momento de separarme de ella y tenía un nudo en el estómago. Habría dado lo que fuera porque ese fin de semana fuera eterno. Por tenerla conmigo para siempre.

Al final llegamos a su portal y dejé el coche en segunda fila porque no había un solo hueco donde aparcar. Bajamos del coche y fuimos a la par hacia el maletero. Lo abrí y, antes de coger su maleta, nos quedamos frente a frente, mirándonos. Eran sus ojos ventanas al cielo.

—Bueno... —dijimos a la par.

Una sonrisa fugaz, nerviosa, en ambos rostros.

—Ha sido un fin de semana genial. No te lleves a nadie más cuando vayas a cosas de

empresa, eh. Soy tu candidata perfecta —dijo animada—. Aunque esté medio pocha. Te prometo que la próxima vez estaré mejor.

—Tú estás bien siempre, Dánae. Y me ha encantado pasar este fin de semana contigo.

Nos dimos dos besos, de esos que se dan de verdad, no de los fingidos. Sentí sus labios en mi mejilla, cálidos, dulces. Los habría devorado con ansia hasta saciar el hambre animal que sentía por ella.

—Cuídate mucho y descansa —le dije—. Y si te aburres me llamas y llego con más arsenal para cuidarte.

Asintió y se colgó la funda de portátil al hombro. Tras otra sonrisa amable, le di su maleta y la arrastró hasta el portal mientras me decía adiós con la mano. Me quedé mirándola mientras sacaba las llaves. Estaba a punto de meterlas en la cerradura cuando se giró y vino corriendo hacia mí. Se echó a mis brazos con tanta fuerza que casi acabamos los dos en el suelo. Me quedé paralizado por la sorpresa un par de segundos, sintiendo la fuerza de sus brazos en torno a mi cuerpo. Me aprisionaban dulcemente. Un encierro de lo más deseado. Su calor, la forma de su cuerpo. Ella era mi canto de sirena y yo el marinero perdido en la nada. La abracé también, con la misma fuerza. Entonces dijo:

—Es el abrazo que no he podido darte antes. —Se echó un poco hacia atrás, sin dejar de abrazarme—. Te mereces tantos abrazos, Marcos...

—Siempre que sean así.

Siempre que sean tuyos.

Dánae sonrió y se separó de mí del todo.

—Nos vemos mañana en la oficina. —Echó a andar hacia su portal de nuevo y la vi entrar en él.

Mi corazón bailaba la melodía que dibujaba el vaivén de sus caderas. Porque mi corazón era ya suyo, de forma irrevocable.

Capítulo 21

Dánae

Te echo de menos

Llegué a casa con la sensación de que volaba. El fin de semana con Marcos me había dejado un regusto dulce en la boca, a pesar de esos pequeños detalles que pudieran haberlo estropeado. Como mi metedura de pata con el pendrive. A nivel profesional me sentía plena, pues las charlas habían sido muy interesantes, y a nivel personal tenía la impresión de que algo en mí había dado un paso adelante. Quizá había sido todo lo que había pasado con Raúl. Los consejos que Marcos me había dado. Casi parecíamos amigos de toda la vida. Me sentía un poco mal por haberlo utilizado con eso del novio de alquiler, pero fue lo que necesitaba en ese momento y él había llegado para salvar el día. No hubo quejas. No hubo reproches. Todo fluyó entre nosotros como agua clara en un arroyo tranquilo. Sin complicaciones.

Saludé a Bocadillo de Atún, que me recibió con el rabo en alto y un par de restregones cariñosos en las piernas. Me agaché para acariciarlo y, mientras lo hacía, escuché unos gemidos muy subidos de tono. Fruncí el ceño. Sofía estaba dándole como una perra en su dormitorio, supuse que con el contable porque no me había hablado de ningún otro rollo esos días. A decir verdad, ya había quedado más veces con él que con ningún otro. Era su relación más larga.

Decidí ignorar los sonidos de placer que lo llenaban todo y no frustrarme. Me había pasado el fin de semana en una montaña rusa de emociones cada vez que veía a Marcos. Una montaña rusa que, ahora que lo pensaba, me había generado cierta frustración. Porque él me atraía muchísimo, pero me saltaba siempre el cartelito de que era mi jefe y de que enredarme en una relación con alguien del trabajo no era buena idea. Yo no era como Sofía, que tenía corazones de repuesto. Yo, si acababa herida, era de recuperación larga, como los atletas después de una lesión.

Dejé la maleta en el dormitorio y fui a la cocina, con Bocadillo de atún siguiendo mis pasos. Debía de tener hambre. Yo también. Le puse algo de comida húmeda y luego inspeccioné el frigorífico en busca de algo que echarme al buche. Los yogures griegos de marca blanca llamaron mi atención, trayéndome los recuerdos de aquel día en el super. Cogí uno y suspiré. Ciertamente, me sentía un poco rara sin Marcos después de casi tres días con él. Me senté en la barra de la cocina a comerme el yogur, pensando en mis cosas, cuando el teléfono móvil, en mi bolso, sonó. El sonido característico de un mensaje. Bajé de la encimera de un salto y fui a ver quién era. Sofía estaba demasiado ocupada, así que no podía ser ella. En cuanto vi quién era, sonreí de oreja a oreja.

—Marcos —dije en voz alta, con un tono de quinceañera salida.

«Lo he pasado muy bien contigo, chica ninja. ¿Cenamos el jueves? Conozco un sitio precioso donde me gustaría llevarte. Tenemos algo que hablar».

Aunque ya me había hablado de una posible cita en el coche, el corazón me dio un vuelco.

Unos segundos después, otro mensaje.

«Te echo de menos».

No esperaba para nada ese mensaje. No esperaba que dijera que me echaba de menos. Que se pusiera así de intenso. Una emoción de pura ilusión me recorrió el cuerpo. Al momento, le contesté.

«Yo también lo he pasado bien contigo. Cenamos el jueves. Pasa a buscarme a las ocho».

Envié ese y me quedé mirando un momento la pantalla. Él apareció conectado. Lo estaba leyendo. ¿Qué iba a hacer ahora? ¿Decirle que también lo echaba de menos? ¿Lo hacía? Un «sí» enorme resonó en mi cabeza y también en mi corazón. Con muy poquito, Marcos se había ganado un lugar especial en mí. Y ya no pensaba en él solo como el tío al que me empotraría en el cuarto de las fotocopadoras. Eso no quería decir que no me pusiera perrísima. Tenía grabado en mi memoria de forma muy gráfica el momento en el que había salido de la ducha con la toalla anudada a la cadera. Si alguna vez quería darme placer solo tenía que pensar en ello.

«Yo también te echo de menos».

Enviar.

¿Qué locura era esta? Hacía solo unos días no era más que el jefe con el que fantaseaba, ese que pensaba estaba hecho de hierro y que luego había resultado estar hecho de azúcar. Un azúcar que saciaba pero no empalagaba. Cómo me gustaría probarlo hasta lo más profundo. Dejarme llevar con él hasta perder la cabeza. Y había tomado la decisión de hacerlo. Decir adiós a ese asunto de que era mi jefe. A partir de ahora «hagas lo que hagas, no te lées con el jefe» se había convertido en «hagas lo que hagas, líate con Marcos». Tampoco quería venirme arriba. No es que me hubiera enamorado de él perdidamente. Iba a dejarlo entrar en mi cama y luego... luego ya veríamos. Pero estaba dispuesta a correr el riesgo por él.

Solo por él.

Decidí darme una ducha y meterme en la cama, para dejar de pensar en Marcos. Aunque los gemidos seguían retumbando, tenía tapones para los oídos, así que conseguí descansar. A eso de las tres de la madrugada abrí un ojo porque un ruido me despertó. Los tapones se me habían movido mientras dormía.

Era la puerta de la calle. El contable se acababa de marchar. Me di la vuelta y seguí

durmiendo. O lo intenté, porque escuché la de mi dormitorio.

—¿Dánae, estás aquí? —susurró Sofía.

—No. Soy un asesino en serie. La asesina de los folladores. Y tú acabas de pasarte la tarde pegándole al tema.

Sofía se echó a reír y se tiró a mi cama. El colchón rebotó moviéndome un poco.

—Hueles a sexo —me quejé.

—El mejor olor del mundo.

—Por lo menos dúchate antes de meterte en mi cama. —La aparté.

Ella se pegó más a mí.

—Te he echado de menos, capulla.

—Lo dudo mucho, te has pasado todo el fin de semana dale que te pego.

—Es que Carlos es... una máquina sexual. —Eso confirmó que se trataba del contable—. Sabe bien dónde tocarme para hacerme vibrar. Y tú qué. —Me pellizcó un muslo y me quejé—. ¿Te ha metido mano ya M.M.?

—No. Pero he tomado la decisión de que quiero que me meta mano y todo lo que quiera.

—Su tremenda y enorme verga.

—¡Eres una bruta! —Reí a carcajadas—. Es grande, pero no enorme. Exagerada.

—¿Y tú cómo lo sabes? —preguntó perspicaz con media sonrisilla traviesa.

—Lo he visto con mallas de corredor.

—Pillina. —Volvió a pellizcarme. Esa vez no me quejé. Para qué—. Así que no has perdido el tiempo. Venga, ponme al día. ¿Qué más tiene grande aparte del rabo?

Volví a reírme. Estaba muerta de sueño, pero qué remedio, Sofía no iba a quedarse tranquila hasta que no le diese pelos y señales del fin de semana en la sierra. Así que me tuvo hablando hasta las cuatro de la mañana. Cuando se cansó, se fue a duchar y volvió para acurrucarse conmigo. El despertador sonó a las siete y nos encontró a las dos abrazadas.

A pesar del sueño, me sentía motivada para ir a la oficina porque vería a Marcos y solo por eso salí de la cama de un salto. Sin embargo, ya allí, apenas pude cruzarme con él un par de veces, porque estaba de reuniones hasta arriba. Eso sí, las dos veces que pasó por delante de mi puesto, con un traje de chaqueta italiano en color verde oscuro que quitaba el sentido, me dedicó su mejor sonrisa. Nada de caras serias como siempre. Una amplia y bonita sonrisa.

Ya en casa, por la tarde, Carlos volvió a visitar a Sofía y se encerraron en el cuarto a hacer lo

suyo. Yo me entretuve en mi dormitorio a poner orden a la ropa que me llevé al viaje para echarla a lavar. Estaba en ello cuando mi teléfono sonó. Un mensaje de Marcos. El corazón me latió más rápido cuando vi su mensaje en la pantalla.

«¿Quieres hablar un rato?».

Contesté al momento con un «Claro que sí». Y es que las ganas de escuchar su voz me podían.

El teléfono no tardó en sonar. Lo cogí y me senté en la encimera de la cocina.

—¿Es que no te has cansado de mí? —dije.

—Muchísimo. Solo era para decirte eso. Lo cansado que estoy de ti.

Su voz era de guasa. Reí.

—¿Por qué quedamos el jueves? ¿Por qué no antes? —Me salió decirle.

—Porque esta semana tengo un montón de reuniones.

—Ah, olvidaba que eres el jefe.

—Ya me gustaría que lo olvidases. Así tendría una oportunidad.

Tardé unos segundos en hablar, mordiéndome los labios, nerviosa.

—La tienes.

Un silencio largo en el que lo oí respirar de forma pausada.

—¿La tengo?

—Ajá.

Casi lo veía sonreír al otro lado de la línea.

—¿He hecho algo que te haya impresionado?

—Lo has hecho todo. Este fin de semana has sido más de lo que me habría esperado jamás. Y hoy me has sonreído en la oficina. Eso sí que no me lo esperaba, Señor seriote.

—Señor seriote. —Rio—. Me alegro de que hayas tomado esa decisión, pero...

—Pero...

Qué poco me gustaban los pero que se dejan caer.

—¿Ya no tienes miedo de que algo romántico te rompa el corazón?

—Si lo haces, te romperé la cabeza y luego te enterraré en mitad de un bosque donde nadie te encuentre jamás.

Marcos se rio. Una risa melodiosa y divertida.

—Además, frena un poco —agregué—. No estoy diciendo que vaya a enamorarme de ti.

—Lo harás —dijo muy convencido, con un tono sugerente y delicioso.

—¿Lo haré? —Me dio la risa floja. Una risa de niña tonta—. ¿Cómo estás tan seguro?

—Porque voy a hacer todo lo posible para que te enamores de mí. Para que olvides todo lo malo que te han hecho y solo pienses en lo feliz que eres.

Wow.

Esa flecha había ido directa a mi corazón. Se había clavado en lo más hondo, bien clavada. Ya sé que podría hacer un chiste aquí de clavar cosas, pero no me sale, estoy todavía impresionada con la seguridad de Marcos y sus palabras.

En ese momento, Sofía y Carlos gimieron a la vez como dos animales. Iban a tirar las paredes de tanto como se oía la cama.

—¿Qué ha sido eso? —dijo Marcos, con sorpresa.

—Sofía y el contable están dándole que te pego en la habitación. Llevan toda la tarde. Mi casa es un picadero, por lo que parece. Y yo aquí, a palo seco.

—Porque quieres —dijo entonces con una voz rasgada y preciosa.

—¿Te ofrecerías como tributo?

—¿Hace falta que conteste a esa pregunta?

—Pues sí. Y además con algo muy salvaje —lo reté.

Él se echó a reír y soltó:

—Me duelen los huevos de haberte tenido todo el fin de semana a mi lado y no haberte podido ni tocar. ¿Sabes lo sexy que estás en pijama recién levantada?

—Sesi.

—¿Qué?

—Que se dice sesi.

Rio.

—Pues sesi. Estabas muy sesi.

Sonó muy gracioso cuando lo dijo.

—Sí, cuando parece que me ha pasado un camión por encima estoy muy apetecible. Toda una *femme fatale*.

—Lo digo en serio, estás preciosa. Eres preciosa —remarcó el «eres» con ganas.

Suspiré, dejando caer la cabeza en el mueble superior de la cocina. Miré al techo. Empezaba a oscurecer y tendría que encender la luz o me quedaría a oscuras. Hacía nada estaba con Marcos tumbada en la cama devorando dulces y viendo *true crime* y ahora hablábamos en lugares separados. Cómo me habría gustado que esa tarde fuera eterna.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté.

—Acababa de ducharme cuando te he escrito el mensaje.

—¿Me has escrito el mensaje teniendo solo una toalla anudada a la cintura?

—¿Quieres que te diga que sí?

—Sí.

—Pues sí. Solo con eso.

—Qué travieso eres.

Se rio.

—Y tú eres muy peligrosa, por lo que veo, tirándome de la lengua.

—Todavía no le he hecho nada a tu lengua, Marcos.

Uy, uy, uy. La cosa se estaba poniendo calentita. Tanto tiempo con el freno echado y de repente a toda velocidad. A ver si íbamos a derrapar...

—El jueves te dejo que le hagas lo que quieras. —La decisión con la que lo dijo me puso malísima.

—El jueves promete demasiado —dije con descaro—. ¿Sabes lo que son las altas expectativas?

—Lo que espero cumplir. —Y le entró la risa nerviosa.

—¿De qué te ríes ahora?

—De lo lanzados que vamos. Me da miedo que esto se nos vaya de las manos. Tú y yo somos mucho de accidentes. De perdernos con el GPS, de que me des una hostia en la nariz, de enseñarle una foto juntos a todo un simposio por las renovables...

—El jueves contrata un seguro de vida, por si acaso.

Soltó una carcajada.

—No, en serio —agregué—. Sé que nos lo vamos a pasar bien. Pase lo que pase. Cuando estamos juntos estamos bien.

—Eso es verdad. Cuando estoy contigo siento que... que soy capaz de todo.

Sonreí y cerré los ojos por un instante. Su voz casi me transportaba a su lado. Lo imaginaba

en su casa, que seguro que era carísima y estaba toda decorada con muebles de diseño, en toalla, paseando arriba y abajo del salón mientras hablaba conmigo. Y entonces me imaginé con él, en uno de esos sofás de piel blancos que solo salen en las películas de ejecutivos cañón como él. Y me tomaba de las caderas como un poseído y me tumbaba en el sofá, obligándome a abrir las piernas. Y entonces se subía sobre mí y encajaba su paquete entre mis piernas, haciendo contacto con mi parte más íntima, haciéndose notar. Diciendo: «aquí estoy, todo esto te voy a meter, Dánae».

—¿Dánae? ¿Sigues ahí?

Solté un gemido. Me había metido demasiado en la fantasía.

—Sí. Sigo aquí.

—¿Eso ha sido otro gemido?

—Sofía. Que es muy escandalosa.

—Ya. —No parecía muy convencido.

Salí del aprieto cambiando el tema de conversación y hablándole de una canción nueva que había escuchado. Me preguntó cuál era, le pasé el enlace a una plataforma de *streaming* y estuvimos escuchándola juntos, como dos adolescentes que compartieran la misma habitación. De ahí hilamos a otra cosa, y después a otra, hasta que nos dieron más de las dos de la madrugada hablando.

—¿Quieres desayunar conmigo mañana en la oficina? —dijo cuando ya nos estábamos despidiendo—. Tengo un rato de diez a diez y media. No es mucho, pero me gustaría verte.

—Me encantaría. Yo invito al café.

—Genial. —Lo noté sonreír al otro lado—. Pues nos vemos mañana. Que duermas bien.

—Si es que me dejan. —Sofía y Carlos seguían liados. Andaban riéndose a carcajadas de forma escandalosa. A ese paso los vecinos nos iban a echar.

—Voy a tener que traerte a mi casa para que puedas dormir.

—No creo que en tu casa pudiese dormir tampoco.

—Ah, ¿no? —dijo intrigado—. ¿Por qué piensas eso?

Tú y yo sabemos en qué estábamos pensando tanto él como yo.

—Porque te enrollas mucho hablando —le dije burlona—. No me dejarías dormir.

Marcos rio.

—Está bien. Cabe esa posibilidad. Pero también te haría el café al día siguiente.

—¿Eres de esos que sirven el desayuno?

—Tostadas con lo que tú quieras, chica ninja. Soy el mejor haciendo tostadas.

—Eso habrá que verlo. —Lancé un desafío a la par que un guiño, aunque él no pudiera verlo

—. Buenas noches.

—Buenas noches.

Y colgué el teléfono con la sensación de que dejaba algo muy importante al otro lado. De que, cada vez que estábamos juntos y nos separábamos, me costaba más hacerlo.

Capítulo 22

Marcos

Regalos

A la hora del desayuno, en la cafetería que había abajo del edificio del trabajo, tenía a Dánae frente a mí, guapísima, con un vestido amarillo de hilo que se ajustaba a su figura y le quedaba de vicio. Si el jueves se ponía algo así iban a tener que atarme las manos para que no la tocara. Como me había estado dando juego, sabía ya que quería que la tocara, que para ella también era un deseo. Que se había olvidado de que era su jefe y tenía vía libre para seducirla. Para hacer que se enamorase de mí. Porque ese era mi propósito: que Dánae Morán, la chica de la oficina con la que había fantaseado durante meses, fuera mi novia. Con todas las letras. Y esperaba que la relación más larga de mi vida.

Mientras dábamos los primeros tragos al café habíamos estado hablando sobre cosas insustanciales, pero entretenidas. Algunos cotilleos del trabajo. Algo sobre Sofía, Carlos y su largo idilio. Algo sobre una receta que había visto en TikTok. Con ella las conversaciones nunca se acababan y me gustaba que así fuera. Las relaciones se sustentan en la comunicación y eso con ella fluía bastante bien.

—Al final no me contaste eso que me ibas a contar en la gasolinera —le dije.

Dánae se llevó un dedo a los labios en un gesto que me pareció terriblemente seductor mientras miraba pensativa al techo.

—¡Ah, sí! Que la gasolina tiene benceno y es un gas que hace que liberemos dopamina, la hormona de la felicidad y el placer.

El placer...

Esa palabra en sus labios sonaba «sesi» como ella decía.

—Por eso nos gusta el olor, porque nos hace felices —añadió—. Y, hablando de olores, he recordado que me regalaste un perfume y yo no te regalé nada.

Alguien de la oficina pasó a nuestro lado y nos saludó. Le hicimos caso un segundo y luego volvimos a lo nuestro.

—No tienes por qué regalarme nada. Lo hice porque me apetecía.

—Venga. No seas aburrido. Dime, ¿qué podría regalarte yo?

Me interesaban bien poco las cosas materiales, la verdad, por suerte tenía de todo lo que

necesitaba y no me gustaba acumular cosas que no iba a usar. Ya tenía muchos perfumes, ropa y cualquier otra cosa. Aunque me gustaba leer y un libro siempre era bien recibido. Quizá podría decirle que me regalase eso. Un libro. A ver por dónde salía.

—Está bien —cedí viendo su puchero—. Regálame un libro.

—¿Un libro? —Arrugó la nariz—. ¿De qué?

—No sé, sorpréndeme. A ver qué piensas que puede gustarme. Yo pensé que el perfume te gustaría y te lo regalé. Y te gustó, ¿verdad? Ya me conoces un poco como para saber qué podría interesarme en la lectura.

—¿Historias de jefes cañón que se lían con sus empleadas? —dijo después de dar un sorbo a su café.

—¿Literatura erótica? —Me incliné hacia ella y le susurré al oído—: Solo si me prometes que la leerás conmigo.

A Dánae le entró la risa floja y echó la cabeza hacia atrás dejándome ver su precioso cuello. Las ganas de lamerlo entero me sobrevinieron y tuve que apretar los puños para canalizarlas. Solté un largo suspiro y volví a mi posición. Ella desprendía un delicioso olor a perfume que me hacía desearla aún más. Y solo eran las diez de la mañana. Después tendría que seguir trabajando con toda la excitación.

—Está bien. Compraré el libro más marrano que encuentre y lo leeremos juntos.

—¿Y recrearemos las escenas?

—¡Marcos! —Volvió a reír—. ¿Qué lleva tu café? —Se acercó la taza a la nariz y la olió—. ¿Viagra?

El que se rio a carcajadas fui yo.

—Perdona. Es que estás preciosa hoy. Solo con mirarte me revoluciono. Es como si tuviera dieciséis años y fuera un crío pajero en su habitación con pósteres de tías en pelotas.

—Eso ha sido muy romántico. —Rio con ganas—. De verdad. Perfecto para escucharlo por la mañana. —Se puso en pie, apuró el café y luego me besó en la mejilla. Adoré ese beso tan dulce, tan de amigos. Me gustaba pensar que también era eso para ella: un amigo—. Me voy que me regaña el jefe si llego tarde.

—Tu jefe es un gilipollas. No le hagas mucho caso.

—No te metas con mi jefe. Me gusta.

Dánae me lanzó un guiño que me derritió y luego se marchó. La observé alejarse, contonearse para mí, con ese movimiento de caderas que me volvía loco. Me quedé tan bobo observándola

que se me pasaron los minutos y, al final, el que iba a llegar tarde iba a ser yo.

Ese día salí de la oficina a las mil, entre unas cosas y otras, pero no perdí la oportunidad de llamarla para ver cómo estaba. Y ese ritual se repitió también al día siguiente. Charlamos hasta la madrugada. Sobre música, viajes, pintura... Hablamos hasta casi quedarnos dormidos. La afinidad entre nosotros crecía cada día más y yo apenas podía esperar a que fuera jueves para tenerla entre mis brazos de una vez por todas.

Capítulo 23

Dánae

Jefes empotradores

El jueves, Sofía y yo nos escaqueamos de la oficina a eso de la una para ir a una librería cercana a comprarle el regalo a Marcos. Obviamente no era algo que pudiera hacer sola, necesitaba el asesoramiento del alto mando. Sofía era experta en empotramientos y podría ayudarme a elegir el libro perfecto. Estábamos allí, en medio de un montón de libros, sin saber a dónde mirar, cuando una empleada muy maja se nos acercó.

—¿Puedo ayudaros en algo?

—Busco libros de...

No sabía cómo decirle eso en voz alta. Por suerte estaba Sofía que no se cortaba para nada.

—Jefes empotradores.

La chica pestañeó dos veces, muy rápido, y luego aguantó la risa.

—¿Jefes empotradores? ¿Literatura erótica quieren decir?

—Sí. Eso —respondí al momento—. La más erótica que haya.

La dependienta sonrió cordial y luego nos guio hasta unos estantes al fondo de la tienda.

—Aquí tenéis tanto literatura romántica con erótica —señaló la primera mitad del estante—, como todo erótica —indicó la segunda.

—¿Qué diferencia hay? —pregunté.

—Pues la primera es una peli porno en la que al final se casan y en la segunda lo del matrimonio da igual porque no hacen más que follar —dijo Sofía.

—¿Qué? —Me reí—. Anda no digas tonterías. —Miré a la dependienta—. Seguro que usted me lo puede explicar mejor.

—En la primera el componente romántico prima, los sentimientos de los protagonistas y sus circunstancias, pero tiene algunas escenas eróticas pues narra sus encuentros sexuales. En la segunda, hay mayor componente de sexo o erotismo.

Sofía se rascó la cabeza.

—Lo que yo he dicho, básicamente.

Le di un codazo.

—Eres más bruta... —Cogí aire—. ¿Y qué libro nos recomienda en el que salga una relación jefe-empleada?

—¿Romántica o erótica? —preguntó la librera.

—Mi relación con Marcos está más en el punto erótico que en el romántico, ¿no? —le pregunté a Sofía.

—Sería un desperdicio que te quedaras ahí, la verdad, teniendo en cuenta cómo te trata y la clase de hombre que es. Yo me habría casado ya con él. Yo, que tengo alergia al compromiso.

La dependienta nos miró a una y otra, paciente.

—Creo que romántico-erótica estará bien. Por darle un toque diferente y que no vayan solo a la mandanga.

La librera volvió a aguantarse la risa. Miró los estantes de arriba abajo y sacó un par de ejemplares. En ambos, en la cubierta salía un tío cañón con traje de chaqueta. Un Marcos. Miré las sinopsis bajo la atenta mirada de mi amiga y la dependienta. Las dos me sonaban igual. Jefe irresistible y borde y chica de oficina apocada que moja bragas por él. Luego, no sé qué de problemas de la infancia que a él lo atormentan y lo impiden tener una relación hasta que llega ella y él se convierte en un bollito de canela. El poder redentor del amor. Las mujeres como centro psicológico. No era mi rollo.

—Estas no me interesan. ¿Me puede enseñar alguna otra?

La chica sacó otra. La cubierta era de un color más vivo, aunque también estaba el típico tío cañón con traje de chaqueta de turno. Pero esta parecía más divertida. Y la sinopsis me llamó más la atención. Jefe-empleada, pero en plan comedia romántica con muchos enredos.

—Me llevo este.

La chica recibió la noticia con una sonrisa. Mi amiga también lo celebró. Aunque estaba un poco distraída. Tenía los ojos puestos en la sección de erótica.

—¿Quiere que se lo envuelva para regalo o es para usted?

—No, para regalo.

—Se lo iré envolviendo en la caja, por si quieren echar otro vistazo por aquí.

Le di las gracias y la librera se marchó. Sofía ya estaba pegándole un buen repaso a la sección de erótica, cogiendo los libros y hojeándolos. Se paró a leer algunas partes y se moría de la risa.

—Esto es lo más. Me llevo tres lo menos. Con esto y el Satisfyer podré superar los diques secos.

—Tú nunca tienes de eso. Siempre estás enredada con alguien. —Cogí un libro y lo miré por

encima. La palabra «polla» salía lo menos diez veces en una página. Abrí los ojos de par en par y lo coloqué de nuevo en su sitio—. Demasiadas pollas.

—¿Qué? —Me miró con interés y señaló la página del libro.

—Este para mí —dijo quitándomelo de las manos y poniéndolo en el montón con el que cargaba.

Negué con la cabeza mientras reía.

—Por cierto, ¿cómo va con Carlos? —le dije—. Es tu relación más larga hasta el momento.

—El chico me gusta. Y no me deja ni a sol ni a sombra. Va detrás de mí todo el día.

—Se está pillando, ¿no?

—Pues que se *despille*. —Se encogió de hombros—. No puedo liarme en serio con él. Es uno de los mejores amigos de mi hermano.

—¿Qué? —Me cogió por sorpresa—. ¿Es amigo de Víctor?

El hermano de Sofía, Víctor, estaba tan cañón como ella y casado con un tío que era campeón de no sé qué cosa deportiva muy importante. Era un poco protector con ella, la verdad, y las pocas veces que Sofía ha tenido algo serio siempre estaba él por medio dándole o no la aprobación. Quizá por eso ella pasaba de relaciones, para que su hermano el sobreprotector no se metiera.

—Desde los dieciséis y un concierto de Marea. —Cogió otro libro del estante y se lo puso debajo del brazo, junto con otros dos—. Pero Víctor tiene tantos amigos que no los tengo controlados a todos. O es que paso un poco de su vida, que también.

—Pues algo tendrás que hacer. Pero si sigues acostándote con él tan seguido se va a hacer ilusiones.

—Querida amiga. —Puso la mano en mi hombro—. Está jodido si piensa que va a cazarme. Soy un pájaro libre. Me gusta volar. De una flor a otra. Les saco el néctar y luego... *fiu*... —Hizo como que tenía alas—. A seguir volando.

Suspiré. Ella era así y así tenía que quererla.

Fuimos hacia la caja para pagar mi libro y que Sofía se llevase los suyos. De camino, vi algo que me llamó la atención. Una novela sobre los asesinos más famosos de la historia. No podía no regalárselo. Así que lo cogí también. Se iba a poner muy contento cuando los viera. Le pedí a la chica que me lo envolviese también para regalo y aguardamos a que lo hiciera con la misma paciencia con la que ella nos había atendido. Al poco, salíamos de allí, felices con nuestras compras. Creyéndonos las chicas más intelectuales y culturitas del mundo porque habíamos ido

a una librería. Si es que nos hacía falta muy poco para creernos las cosas, todo sea dicho.

Capítulo 24

Marcos

Demasiado perfecto para ser real

Pasé a recoger a las ocho a Dánae y esperé con el coche en la puerta de su casa, en segunda fila, a que bajase. Estaba apoyado en la puerta del copiloto, distraído mirando a un lado y otro cuando escuché el portal abrirse. Por él apareció la reencarnación de la misma Afrodita. La miré de arriba abajo, recreándome en la forma en la que el vestido se pegaba a sus curvas, a sus pechos, a sus caderas. Era de color azul noche, con una abertura en la pierna que ascendía peligrosamente anunciando un lugar más hermoso si cabe. Llevaba el cabello suelto, peinado con ondas, y un maquillaje sencillo que resaltaba sus rasgos haciéndolos brillar. Conforme se acercaba a mí no podía apartar la vista de ella. Estaba preciosa. Me dejó sin aliento. Y ella... Ella me estaba mirando de una manera que me lo cortaba aún más.

Llegó hasta mí y me dio dos besos. Posé la mano en su cintura. Su cuerpo desprendía un agradable olor a jabón y perfume. Me embriagué de él deseando que permaneciera por siempre en mí, que pudiera pegar mi cuerpo tanto al suyo que nuestros olores fueran uno solo.

—Estás increíble —le dije a bocajarro—. Preciosa.

—Tú tampoco estás nada mal —dijo guiñándome un ojo—. Me encanta cuando llevas la camisa algo abierta. —Pasó un dedo por mi pecho, allá donde no llegaban los botones cerrados, cerca del cuello, con cierto gesto juguetón.

Me puse malísimo. Dánae conseguía encenderme con gestos simples. Como ninguna otra. Sé que ya lo he dicho varias veces, pero con ella me sentía como un adolescente salido. Todas mis hormonas se revolucionaban al límite. Igual que mis sentimientos. Lo que sentía por ella era un volcán a punto de entrar en erupción y desbordarme.

Le abrí la puerta del coche y ella me dio las gracias. Al entrar el vestido se le abrió un poco y pude ver algo más de sus fantásticas piernas. Las habría recorrido a besos en ese preciso instante. Cerré la puerta y fui hacia mi asiento. Cuando lo ocupé, me fijé en que ella llevaba una bolsa de una famosa librería en las manos. Había estado tan absorto en sus curvas que se me habían pasado los detalles.

—¿Qué llevas ahí? —Arranqué.

—Una biblia, para ver si te redimo un poco.

Solté una risa e inicié la marcha. La tarde decaía, con el sol acercándose al punto bajo del

horizonte; pero aún quedaban un par de horas de luz. Había elegido un sitio en la terraza del restaurante de un hotel con unas vistas magníficas a la ciudad. Y además la cena que servían allí era exquisita. Esperaba que a ella le gustase.

Dánae se entretuvo en poner música en el coche y cuando encontró una emisora de su gusto, se acomodó en el asiento. La miré brevemente; su belleza seguía cortándome el aliento. Tuve que concentrarme en el tráfico así que me puse más serio que de costumbre cuando estaba con ella.

—¿Y esa cara? —me dijo—. ¿Vamos a un funeral?

—No. Es que tus piernas me distraen y tengo que concentrarme.

—¿Te distraen? —Subió una al salpicadero.

—¡Dánae! —Reí—. No seas mala.

Ella soltó una risilla traviesa y la bajó. Sonó una canción que le gustaba y se puso a bailar y a cantar. Sonreí, me gustaba verla feliz.

—¿A dónde me llevas? —preguntó a medida que recorriamos la ciudad. El lugar quedaba junto al paseo marítimo.

—Es una sorpresa.

—Bien. Me gustan las sorpresas. —Siguió bailando y cantando. Al rato dijo—: Mañana hará una semana que nos fuimos a la sierra. ¿No te parece que el tiempo pasa rapidísimo?

—Sí. Sobre todo cuando estoy contigo. Es como abrir y cerrar los ojos y de repente ya no estás.

—Y me echas de menos —afirmó con un tono sensual.

—Sabes que sí. —La miré por un momento y nuestros ojos conectaron. Un choque eléctrico, brillante. Me puso el corazón a mil revoluciones. Tuve que volver la vista a la carretera y chasqueé la lengua. Ella me preguntó qué sucedía—. Nada, que estaría mirándote para siempre.

—Si quieres te regalo una foto y la pones aquí. —Señaló el salpicadero—. Como la gente que lleva vírgenes, pero tú me llevas a mí. Eso sí, quiero que sepas que de virgen no tengo nada.

—Era algo que sospechaba.

Rio. Otra canción más. Otro momento de los suyos de bailar y cantar.

—Algún día tengo que llevarte a bailar —le dije.

—¿Tú sabes bailar? —dijo con sorpresa en la voz.

—Lo que me echen.

—Eres demasiado perfecto como para ser real, Marcos.

—Eso ya me lo has dicho antes. —Le lancé un guiño al tiempo en que llegábamos a la entrada del aparcamiento del hotel.

—Así que es aquí —dijo mirando alrededor—. Nunca he estado.

—Te gustará. Verás qué vistas hay de la ciudad arriba.

Aparcamos y cogimos el ascensor hasta la última planta. Estábamos solos en él. El uno al lado del otro, encarados hacia la puerta. Me incliné para decirle al oído:

—No me he olvidado de tu vestido blanco.

Ella giró la cabeza y nuestros labios casi se encontraron.

—Eres un perverso.

—Tú me miras el culo cada vez que paso al lado de tu puesto. ¿Te crees que no me he dado cuenta?

—Es que ese culo es para mirarlo. —Eché el cuerpo hacia atrás y lo hizo—. Y para mucho más. Para amarlo como si fuera una pizza.

Aquello me hizo reír. Solté un suspiro al tiempo en que las puertas se abrían. Que dijera esas cosas era señal de que se sentía cómoda conmigo y eso me hacía feliz. El metro nos recibió y acomodó en la mesa que había reservado. El ambiente estaba animado, con bastante gente, pero la justa para no ser agobiante y que las conversaciones fluyeran en un espacio tranquilo. Cuando nos sentamos a la mesa y tomaron nota de qué íbamos a beber —decidimos tomar vino— ella me tendió la bolsa.

—Ábrelo, me muero de ganas de que lo veas ya.

—¿Vas a ponerme a rezar antes del postre? —bromeé mientras sacaba los dos paquetes de la bolsa y empezaba a abrir uno.

Ella asintió. No sé en qué estaba pensando, pero en algo subido de tono, seguro, a juzgar por cómo me miró. Le quité el papel al primer libro y sonreí nada más verlo. Era una comedia romántica de una relación jefe-empleada, con una portada colorida, muy divertida.

—Es para que te documentes —dijo, con media risilla.

Qué bonita estaba cuando hacía ese gesto.

—Lo leeré exhaustivamente. Muchas gracias.

En ese momento nos sirvieron el vino e hicimos un parón en la apertura de regalos. Ya con las copas llenas, brindamos, mirándonos a los ojos. Había algo en nuestras miradas que prometía el cielo. La de ella era profunda, directa. Me hacía cosquillas en el estómago que me mirase así. Y también me provocaba muchas otras cosas más bestias.

—Me gusta cómo me miras —dijo.

—¿Cómo te miro? —pregunté, lanzado.

—Como si fuera un postre que sintieras la urgencia de devorar. Y a la vez... a la vez te pareciera tan bonito que quisieras abrazarlo en vez de comértelo.

Era una definición bastante gráfica de lo que sentía. De mis instintos sexuales con ella, porque quería comérmela entera, y de los sentimientos de protección y dulzura que me despertaba.

—Yo no lo habría dicho mejor.

Dánae esgrimió una sonrisa que me derritió. Me hizo humedecerme los labios y morder el inferior un momento. Sentí mucho calor. Di otro trago al vino y luego me dispuse a abrir el otro regalo. Al revelar la cubierta esgrimí un gesto de satisfacción. Dánae sabía bien las cosas que me gustaban.

—Espero que este no me lo hayas regalado para documentarme.

—Por si algún empleado se pone pesado. Ya sabes. —Se llevó un dedo al cuello y fingió un corte.

Reí mientras guardaba ambos libros en la bolsa.

—Ha sido un detalle muy bonito. Te prometo que los leeré.

—El de la empleada y el jefe tiene escenas guarras.

Estaba a punto de beber y casi me hace atragantarme.

—¿En serio? Pensé que lo habías dicho de broma.

—Qué va. —Rio, seguramente por la cara que había puesto—. Te dije que te regalaría un libro con escenas guarras y yo cumplo con mi palabra. Así que no lo leas en público, mejor en casa, cuando estés solito y puedas aliviar la tensión. O conmigo. —Lanzó otro guiño.

—¿De verdad te puedes poner cachondo con un libro erótico? —pregunté extrañado, pues nunca me había enfrentado a uno. Era de cosas más gráficas.

—¿Es el primero que lees?

—Lo dices como si tú leyeras muchos.

—No, pero... estoy segura de que si tienen tanto éxito es porque despiertan algo. Como el porno, pero con palabras.

Miré hacia la bolsa que reposaba en una silla junto a nosotros. Ya iba bastante caliente por la vida por culpa de Dánae así que iba a ser divertido leer esa novela. Tenía el gusanillo de saber qué despertaría en mí.

—Lo leeré, ya te lo he prometido, pero te confieso una cosa: en mi cabeza los protagonistas seremos nosotros.

Soltó un gemido sugerente con los labios cerrados.

—Suenas bien. Si descubres algo nuevo e interesante, avísame.

—¿Para practicarlo conmigo?

Ella hizo media sonrisa pícara y luego bebió de su copa con los ojos clavados en los míos. Había un desafiante «sí» en su mirada. Tuve que tomar aire para canalizar la vorágine de sentimientos que me había despertado.

La cena llegó y la conversación viró hacia otros temas menos comprometidos. Hablamos del restaurante, de las vistas, de otros lugares similares en los que habíamos estado. Hablamos de cien cosas, pero, sobre todo, hablamos con los ojos. Hubo un vaivén de sugerentes miradas entre nosotros que delataba las ganas de algo que iba a suceder esa noche, pasase lo que pasase. Porque pensaba besar a Dánae hasta hacerla perder el aliento y el sentido. No sabía si pasaría algo más, pero probaría sus labios o moriría.

Capítulo 25

Dánae

Toda tuya

Me sentía feliz con Marcos. Pletórica. Estaba siendo la cita casi perfecta. Y digo casi porque su cuerpo no estaba empotrando al mío contra la pared que era de lo que yo tenía ganas. De que me empotrara como un salvaje. Y es que esa noche Marcos estaba especialmente irresistible y no dejaba de mirarme como si quisiera comerme. Pues cómeme, aquí estoy. Toda tuya.

Le habría quitado la ropa allí mismo y habríamos hecho el amor salvajemente encima de una de esas refinadas mesas, mientras las copas de vino vibraban con cada golpe de cadera. Lo habríamos hecho hasta hacer temblar los cristales de las lujosas lámparas, hasta desgarrar los manteles, hasta derramar el vino mientras él se derramaba sobre mí. Marcos me ponía malísima y no sabía cuánto tiempo iba a aguantar así. Tenía delante de mí al objeto de mi deseo, de todas mis fantasías, y estaba dispuesta a aprovecharlo. De esa noche no pasaba que le demostrara que esta chica ninja podía ser también una gata asilvestrada. Miau.

Terminamos la cena, después de unos exquisitos postres, y me invitó a pasear por la terraza. Nos acercamos a la baranda para contemplar la ciudad. En esa zona había algunas mesas altas donde la gente tomaba copas mientras charlaba animadamente. El lugar estaba más ruidoso que el restaurante, pero no me molestó. Cuando estaba con él me sentía como si estuviéramos a solas. Nos acomodamos en una de esas mesas. Marcos dejó la bolsa con los libros encima. Lo imaginé leyéndolos, sentado en su sillón blanco de piel modernísimo con algún pijama de seda, de esos que llevan los tíos exitosos. Creo que pocas cosas hay más *sisis* que un hombre leyendo libros y más si ese hombre es Marcos Moreno. Contuve el aliento y mis pensamientos, que empezaban a desbocarse.

Pedimos un par de copas y las tomamos mientras observábamos el paisaje y seguíamos con la charla. En un momento nos pusimos de pie y nos acercamos un poco más a la baranda.

—Creo que veo la oficina desde aquí. —Señaló un punto entre la maraña de edificios.

La oscuridad ya había caído sobre la ciudad y era un conjunto de luces brillantes y dispersas. Siempre que veía las luces de otras casas encendidas no podía evitar preguntarme quién habría en ellas y cómo sería su vida. Era así de curiosa.

—Deberíamos ir ahora y hacer algo para no tener que trabajar mañana. Soltar ranas, no sé. O

una plaga de grillos.

Marcos rio mientras sacudía la cabeza.

—Te tenía por una chica trabajadora.

—Y lo soy. Pero es que esta noche no pienso dormir y mañana me costará ir al trabajo. — Agaché un momento la mirada y la volví a levantar, con una batida de pestañas que habría tumbado un ejército. Y tumbó a Marcos, porque lo noté. Se mordió el labio inferior mientras me miraba.

—¿No piensas dormir? —preguntó tanteándome.

Me acerqué un poco más a él.

—Espero que no me dejes dormir.

Tragó saliva.

—Soy el primero que te desea, por si no se nota, pero...

Qué poco me gustaba el cariz que estaba tomando esa conversación.

—No sé si quiero ir tan rápido contigo —dijo entonces—. Porque quiero estar contigo de verdad y que no sea solo sexo. Y si tenemos sexo en la primera cita las cosas podrían estropearse.

—Eso que dices es una tontería —me quejé—. No se va a estropear nada.

Marcos tomó aire, como si lo que tuviera que decir a continuación fuera algo muy importante.

—Dánae, lo que iba a decirte el otro día, lo que tengo pendiente, es que hace tiempo que me fijé en ti, hace tiempo que me vuelves loco con tus pequeños detalles. Que no puedo quitarte el ojo en la oficina.

Casi me dio la risa al pensar que, todo ese tiempo en el que él me había estado mirando, lo había hecho de buena manera y no por lo que yo pensaba.

—Yo pensé que me mirabas mal.

—Es que quiero estar serio y me sale una cara rara, pero por dentro el corazón me late a mil cuando te miro. La boca se me seca y me dan unas ganas increíbles de abrazarte. Y así llevo ya unos meses, pero nunca tuve el valor de decirte nada. —Me miró a los ojos directamente, con una mirada sincera y firme—. Y sí, eras la segunda en la línea para ese viaje desde el principio, porque valoro mucho tu forma de trabajar, eso es un hecho. De todas formas, cuando Julián no pudo venir, vi el cielo abierto. La oportunidad de estar cerca de ti para tantearte y saber si tú también podrías sentir algo por mí.

Acerqué los labios a su oído.

—Claro que siento cosas. —Puse la mano en su pecho—. Hace mucho que fantaseo contigo, querido jefe. Y me muero de ganas de hacer que esas fantasías sean realidad.

Marcos volvió a morderse el labio, pero rápidamente su semblante se tornó serio.

—Creo que deberíamos tomarnos nuestro tiempo, porque me asusta la idea de que esto sea solo cuestión de sexo para ti. Hace nada estabas dándole vueltas al asunto de que era tu jefe y ahora quieres ir hasta el final conmigo así —chasqueó los dedos—, de la noche a la mañana.

—Soy rápida cambiando de opinión cuando me doy cuenta de las cosas. Y me he dado cuenta de ello.

—¿Y si luego te arrepientes? Pienso que deberíamos ir poco a poco.

Resoplé con fastidio.

—Marcos..., parece que queremos cosas diferentes y vamos a tener que ponernos de acuerdo para que esto funcione.

Se inclinó un poco hasta apoyar el codo en la barandilla y me miró a conciencia.

—¿Entonces solo soy para ti un tío con el que vas a tener sexo?

—Lo dices como si fuera malo. Piensa en lo mucho que nos vamos a divertir.

—No lo es, pero no es eso lo único que quiero contigo.

—Tus relaciones apenas duran y yo he salido de una que me ha dejado trastocada. Sé que nos llevamos bien y tenemos muchas cosas en común, pero somos una bomba a punto de explotar.

Volvió a erguirse y me cogió por el mentón. Mirándome a los ojos, dijo:

—Pues explotemos. Explotemos, Dánae. Seamos fuegos artificiales.

Aquello hizo que mi corazón se parase. No sé cómo no caí muerta en ese instante. Lo miré también, sintiendo su aliento cerca de mi rostro, su perfume intenso embriagándome los sentidos. El verde de sus ojos se volvía oscuro con las luces de la terraza. Seguía siendo el color más bonito del mundo. Pensé en la situación y en sus palabras, en lo que los dos queríamos. En lo que podríamos tener. Y veía ante mí un camino de cosas bonitas si dejaba atrás del todo el miedo y me unía a él en esa locura que iba a ser querernos.

Y en ese momento, en el que me sentía entre el todo y la nada, me atrajo hacia él. Sus manos estaban en mi cintura. Un dulce cosquilleo me recorrió todo el cuerpo. Siguió mirándome a los ojos, larga y atentamente, para después clavarlos en mis labios. Supe que iba a besarme. Y supe también que lo necesitaba. Que los labios de Marcos sobre los míos eran lo único que quería esa noche, y me dejé llevar. Como se deja llevar la marea cuando la luna cae sobre ella, en un acto natural y único; en un acto irrevocable.

Miré también sus labios, dándole a entender que lo quería, que lo anhelaba más que cualquier otra cosa en ese momento. Y, despacio, sus manos subieron por mi espalda hasta llegar a mis hombros. Los rodeó por un momento, descendiendo después por los brazos. La parte de mi piel que no estaba bajo la ropa se erizó al contacto. Sus dedos tenían algo eléctrico. Luego, muy despacio, sin dejar de mirarme, alzó las manos hasta tomarme el rostro. Una de ellas se quedó en mi mejilla, la otra paseó hasta colarse bajo mi oreja y aferrarse a mi nuca, allá donde crece el pelo. Enredó mis cabellos en sus manos y soltó un quedo suspiro que me volvió loca en tanto que acercaba sus labios a los míos. El momento previo al contacto duró un segundo, pero fue dulcemente eterno, porque estaría siempre en mi memoria. El olor que me llegaba de él se intensificó. Una ráfaga de placer me recorrió la espalda. Previo a lo que estaba por venir. Y cuando juntó sus labios con los míos al fin me sentí volar. Abrí los labios para recibir más de él, quería su lengua dentro de mí, y él entró, intensificando el placer del beso, su humedad.

Nos comimos la boca en medio de aquella terraza bajo una luna brillante, en un momento mágico. Sus manos volvieron a mi espalda y me atrajo más hacia él. Noté las formas de su cuerpo, como aquella noche en la piscina, más cerca incluso, porque podía sentir un abultamiento en la entrepierna. Vaya, parecía que estaba cargando la pistola para disparar algo más que un beso.

Seguí entregándome a él como una loca a su locura, como el demente al más absorbente delirio. No sé cuánto tiempo estuvimos así, besándonos con pasión, recorriéndonos con las manos sobre la ropa, porque yo también lo atraje hacia mí con fuerza y llevé las manos a sus nalgas. Estaban prietas, irresistibles. Separó un poco los labios de mí y esbozó media sonrisa que me volvió majara del todo. Os juro que hacía aguas. El trasvase del Tajo-Segura tenía entre las piernas. Esas que me temblaban. Marcos besaba como nadie y quería más. Volví a unir mi boca con la suya y busqué su lengua. Jugaron a buscarse como dos llamas de un mismo fuego. Nunca un beso me había hecho sentir tanto. Sí, desde luego que eso eran fuegos artificiales.

Volvimos a separar los labios por la pura necesidad de respirar, no porque quisiéramos hacerlo, y los juntamos de nuevo. Así, una y otra vez. Nos comimos la boca como dos adolescentes locos sin importarnos estar rodeados de gente. Sin pensar en que el hielo del cubata se derretía, porque nuestros cuerpos también lo estaban. No importó nada más que ese beso.

Marcos me miró luego a los ojos y esbozó una sonrisa preciosa. La de aquel que ha conseguido el regalo que más desea.

—Eres preciosa —dijo acariciándome la mejilla con las yemas de los dedos—. Me encantas.

Sonreí también, de la misma forma.

—Y tú a mí. ¿Quieres besarme otra vez así, por favor? Quiero saber si ha sido de verdad o

solo un sueño.

—Es un sueño del que nunca vas a despertarte, chica ninja.

Me hizo sonreír aún más. Volvió a acercarse despacio y me dio otro de esos besos que dejan sin aliento. Mi cuerpo necesitaba su contacto como nunca, así que lo atraje fuertemente contra mí. Noté su excitación una vez más. Menos mal que la gente estaba distraída con sus cosas y no iba a fijarse en ello o nos habrían echado de allí.

—Para querer ir despacio, esa de ahí abajo va bastante rápido.

—No soy de piedra, joder. Me muero por hacerte el amor.

—Pues házmelo, Marcos. Olvídate de todas las reglas que conoces y quememos la noche juntos.

Me miró a medio camino entre la duda y el deseo. Humedeció sus labios despacio. Sus ojos se clavaron en mi escote. Tenía los pezones duros y se notaba. Tragó saliva mientras los miraba.

—Vas a volverme loco —soltó, con la voz rasgada por el deseo.

—¿Eso es un sí?

Y entonces me cogió de la mano y, sin mediar más palabra, pagó las copas y nos marchamos.

Capítulo 26

Marcos

Locura

En el coche todo era apremio. En cada semáforo que parábamos nos comíamos la boca. Desabrochábamos un botón. Caíamos un poco más rendidos al otro. La llevé a mi casa. Un piso situado en el paseo marítimo, por suerte no muy lejos del restaurante. Ella se quedó un poco fascinada por el sitio a juzgar por cómo lo miraba todo, pero no la dejé reparar demasiado en los detalles. Mantuve su boca ocupada y sus manos también.

En el ascensor, nos devoramos. Su cuerpo quedó entre el espejo y yo y metí las manos bajo la falda de su vestido mientras la besaba. Emitió un quedo gemido cuando mis dedos encontraron las bragas. Colé los dedos por la cinturilla y busqué algo más allá. Ese lugar prohibido que tanto deseaba. Ella no dejaba de besarme, de mordirme el cuello, de aferrar las manos a mi culo apretándolo con ganas. Iba a dejarme un morado a ese paso, pero me daba igual. Mi cuerpo era suyo. Mi voluntad también.

Busqué su clitoris y jugué con él un poco. El tiempo que el ascensor tardó en llegar a mi planta. Por suerte era alta, así que pude disfrutar del placer de oírla gemir mientras mis dedos, deliciosamente, presionaban sobre aquel hermoso lugar. Me moría de ganas de comérselo. De meter la cabeza entre sus piernas y hacer que se corriese en mi boca. De saborearla. No lo pensé demasiado. No necesitaba pensar. Solo sentir.

Ella parecía estar dispuesta a hacerme perder aún más la cabeza, pues sus manos también buscaron bajo mi pantalón. Ya la tenía dura, pero cuando la tocó, la puso mucho más. Jugó con la mano a darme placer y le mordí el cuello en respuesta, susurrándole lo mucho que la deseaba.

Cuando el ascensor se abrió la saqué de allí tirando de ella y pegándola de nuevo a mi cuerpo en el pasillo. Allí nos detuvimos otro poco. Los gemidos retumbaron en el silencio. No me importó. La besé con todas mis ganas. Toqué sus pechos por encima del vestido hasta que colé la mano para sentir la tersura de su piel; la dureza de sus pezones. Mi lengua se colaba en su boca ahogando los gemidos que le provocaban mis caricias. Abrí la puerta separándome de ella a duras penas y, en cuanto la cerré con nosotros dentro, puse a Dánae contra la pared. Le alcé las manos y se las sujeté sobre la cabeza.

—Abre las piernas —le susurré al oído—. Quiero comerte.

Ella soltó un gemido que me volvió más loco aún. Me la puso más dura todavía. Me iba a explotar en el pantalón. Obediente, hizo lo que le pedía. Le bajé las bragas despacio, mirándola a

los ojos, recorriendo con besos sus piernas. Cuando se las quité y las hice a un lado, alcé lentamente el vestido, revelando poco a poco toda la dulzura de su piel. Tuve su sexo frente a mí y me mordí el labio. Nunca había deseado nada tanto. Olía tan bien. A dulce miel. A la sal del mar en un día de verano. Ese olor me volvía loco.

Hundí los labios en ella y me abrí camino con la lengua. Ella bajó las manos y las enredó en mi pelo. Me daba pequeños tirones con cada azote de placer. Gemía mi nombre. Mi excitación crecía cada vez más. Cuando sentí que estaba a punto de estallar de placer, alcé la mano y busqué su boca con dos dedos. Los metió en ella y los chupó. Descendí con ellos por su cuerpo y luego se los introduje, despacio primero, más rápido después. Ella movía las caderas, quería más, y se lo di.

Mientras se lo comía, mis dedos siguieron entrando y saliendo. Y entonces noté que se contraía y soltó un gemido largo y placentero, explotando al fin. Su humedad me llenó la boca. La saboreé. Sentí que las piernas le temblaban por el placer y me puse de pie. Ella me besó profundamente. No le importó que estuviera lleno de ella. La alcé hasta acoplar sus piernas en mis caderas y la llevé al dormitorio. Íbamos de camino allí cuando pasamos por el salón. Y entonces ella dijo:

—Quiero que me lo hagas ahí. En ese sofá.

Miré el sofá de piel blanco. Al carajo con todo. Si era lo que ella quería, lo tendría. Al pie del sofá la posé en el suelo con delicadeza y nos desnudamos por completo. Sus manos me recorrían con apremio. Eran maestras en desabrochar botones, en bajar cremalleras. En ir lanzando lejos las prendas que me quitaba, como si le molestasen. No quedó lugar en mí que no besase en ese periplo. Me mordió el cuello. Los hombros. Los brazos. Clavó las uñas en mi espalda mientras me besaba. Y entonces se agachó y la introdujo en su boca. Fue un delicioso caramelo para ella, porque lo chupó con ganas. Jugaba con su lengua, con las manos, acariciándome mientras se la introducía hasta el fondo y gemía de placer.

Tenía que hacerla mía y tenía que hacerlo ya, porque iba a estallar. La tomé del mentón y le pedí que parase.

—Voy a correrme si sigues así y no quiero correrme todavía. Quiero disfrutarte un poco más.

Ella se puso en pie trazando un camino de besos húmedos hasta mi boca. Me mordió los labios y luego me metió la lengua. La recibí con ganas. Nos enredamos en otro beso largo, apasionado. Tenía que ir a buscar un condón y fui tan rápido como pude. Separarme de ella me dolía, como si fuéramos ya una única cosa. Cuando regresé estaba sentada en el sofá. Admiré su cuerpo desnudo. Me estremecí.

—Joder, estás buenísima —me salió decirle.

Ella hizo un gesto para que me acercara, con un dedo, y se abrió de piernas.

—Te quiero dentro de mí —dijo.

Y sus deseos fueron órdenes.

Me puse el preservativo. Se dejó caer a lo largo en el sofá y caí encima de ella. Antes de penetrarla la miré a los ojos. Brillaban. El sexo le sentaba bien. Y entré en ella despacio mientras me recibía apretando las piernas en torno a mis caderas. Me moví buscando también su placer sin olvidar el mío. Joder, estaba a punto de correrme. Ella movía también las caderas; me besaba, me acariciaba la espalda. Sentí el éxtasis consumiéndome, a punto de acabar con la poca cordura que me quedaba. Pero quería más. Quería más de ella.

Con un movimiento rápido, pero delicado, hice que se pusiera encima de mí. Necesitaba verla así. El pelo le caía por los hombros cubriéndole parte de los pechos. Los hice míos de nuevo. Los chupé. Los acaricié. Esos pezones eran una delicia. Ella volvió a gemir. Yo también lo hice. Un gemido ronco, ahogado por el placer. Si seguía moviéndose así no iba a durar mucho. En esa postura podía tocarla para darle más placer y así lo hice. Llevé los dedos a su clítoris de nuevo. Ella incrementó el ritmo como si hubiera activado algún resorte. Se movió de forma salvaje. Arriba y abajo, a toda prisa. Llevé una mano a su culo. Botaba y me volvía loco. Lo apreté. Quería llenarme la mano de él. Llenarme los otros dedos de nuevo de ella. Y se corrió una vez más, gimiendo de nuevo mi nombre. Y no pude más. Me corrí también.

—Dánae... —jadeé—. Dánae.

Ella se inclinó y me besó en la boca. Sus pechos rozaron el mío. Sentí sus pezones duros contra mí. Una nueva oleada de éxtasis me sobrevino. Noté los espasmos. La calidez del semen. Hacía tiempo que no me corría así.

La abracé. Y nos quedamos así un poco, en silencio, abrazados, esperando que las respiraciones se calmasen. Al poco, le acaricié la mejilla después de retirar un mechón de cabello que se había venido sobre su rostro.

—¿Estás bien? —le pregunté.

Ella asintió.

—Mejor que bien.

Se quitó de encima y salió de ella. Sintiéndome un poco vacío por haber perdido ese dulce contacto. Pero me prometí que pronto la tendría de nuevo. Que solo era cuestión de tiempo. Había disfrutado como nunca con ella. La conexión había sido tan fuerte como esperé que sería. Y eso me hacía feliz. Deseaba que a ella también.

Capítulo 27

Dánae

Novios de prueba

Arroba Samur. Arroba Salvamento Marítimo. Arroba cualquier órgano de salvamento que exista en la tierra. Me llamo Dánae Morán y me tiemblan las piernas. Después de hacerlo con Marcos, tenía la sensación de que la entrepierna me iba a estallar y de que en toda mi vida había estado más mojada. Marcos me había procurado dos orgasmos en un solo polvo y yo no estaba acostumbrada a estas cosas. ¿De verdad era así el sexo con él? ¿Dónde estaba el botón de abonarse a esta plataforma? Quería su contenido dentro de mí 24/7. En serio, fueron fuegos artificiales. Su forma de acariciarme, su forma de comérmelo, su forma de hacerme suya. Esa manera de mirarme mientras lo hacíamos. Me puso burrísima. Marcos sabía bien cómo tocar a una mujer. Y quería dejar que me tocara cada día de mi vida. No sabía si habíamos hecho bien precipitándonos así, pero era lo que los dos necesitábamos, eso estaba clarísimo. Y se notó. Se notó que nos deseábamos. No había sido muy largo, pero había sido brutal. No había faltado ni sobrado nada.

Se fue a quitarse el preservativo, pero no tardó en volver. El sofá de piel estaba muy bien para las fantasías sexuales, pero en la vida real se pegaba al cuerpo y al final resultaba incómodo. Me dio la mano y me acompañó a su dormitorio. Pasé antes por el baño a limpiarme un poco. Hasta ese entonces apenas me había fijado en los detalles de su casa. Era tal y como la había imaginado. Amplia, minimalista, toda con muebles de diseño. Todo lo contrario a nuestro destartado piso. Me gustaba lo que veía. Era muy Marcos. Serio por fuera, cálido y práctico por dentro. Supuse que debía tener aire acondicionado porque no se notaba nada el calor de julio. Después de refrescarme un poco fui hacia el dormitorio. Marcos estaba tumbado en la cama. Aún desnudo. Me apoyé en el marco de la puerta y lo miré de arriba abajo.

—Pídeme que te pinte como a una de mis chicas francesas.

Soltó una carcajada ruidosa.

—Ven aquí, anda.

Fui con él y me acomodé en sus brazos. Olíamos a sexo. Como decía Sofía: el mejor olor del mundo.

—¿Seguro que estás bien? —volvió a preguntar.

—Claro que sí. ¿Por qué iba a estar mal? Ha sido increíble. No sabes la de veces que he

fantaseado contigo. Y con ese sofá de piel blanco.

—Pero si tú no sabías que yo tenía un sofá de piel blanco.

—Algo en mi interior lo intuía. Poderes especiales de chica que fantasea con su jefe.

Volvió a reírse y me estrechó con más fuerza hacia él.

—¿Me contarás todas tus fantasías?

—Ajá. Todas y cada una de ellas si prometes hacerlas realidad.

—Muy bien. Yo seré tu chico del sexo si tú me prometes otra cosa.

—¿El qué? —pregunté curiosa, con ganas.

Se tomó su tiempo antes de hablar, como si lo que iba a decir fuera muy importante. Y joder si lo era.

—Que saldrás conmigo. Que serás mi novia. Como este fin de semana, pero sin fingimientos. Que me dejarás cogerte de la mano en público y esas cosas. Que podré decir en la oficina que estamos juntos.

Marcos me miró a los ojos mientras me decía aquello. No pude si no estremecerme por su calidez. Por la profundidad de sus sentimientos. Verdaderamente le gustaba. Verdaderamente quería estar conmigo. Y yo podía ponerle freno a aquello en ese momento o lanzarme a la piscina a pesar del posible daño, a pesar de los miedos, a pesar de todo. Pero él era un tío que valía la pena y quizá, por eso, también valía la pena intentarlo. Y mientras veía si la cosa funcionaba o no, al menos me llevaría unos cuantos y ricos orgasmos. Extendí la mano hacia él como si fuera a firmar un pacto.

—De acuerdo. Seamos novios de prueba.

—¿Novios de prueba? —dijo contrariado.

—Sí. Como el periodo de prueba de las empresas. Y si nos va bien, pues entonces nos hacemos indefinidos.

Marcos, tras unos segundos pensativo, rio divertido y asintió.

—Está bien. Novios de prueba. —Estrechó mi mano.

—Pero no diremos nada en la oficina hasta que pasemos la prueba.

—¿Y de cuánto tiempo estamos hablando?

—No sé. ¿Cuánto tiempo se suele estar a prueba en la empresa? Tú eres el jefe. Lo sabrás mejor.

—Depende de la empresa, Dánae. No sé. ¿Treinta días?

Me parecía un plazo justo.

—Está bien. Treinta días.

Volvió a reír y me besó en la mejilla.

—Estás fatal de la cabeza —dijo feliz.

Sellamos ese pacto también con un beso en los labios que llevó a algo más. Y acabamos enredados de nuevo.

Aquella noche me quedé a dormir en casa de Marcos y, a la mañana siguiente, después de unos cuantos y extasiantes polvos y una ducha conjunta de lo más erótica, me hizo unas tostadas riquísimas. Después de todo, era el mejor novio de prueba del mundo.

Tocaba ir a la oficina, pero yo tenía que pasar por casa a cambiarme, así que subimos a su coche para que me llevase. La bolsa de los libros seguía allí. A los dos se nos había olvidado la noche anterior. Me dejó en casa con el tiempo justo de darme una ducha y ponerme algo apropiado para el trabajo. Nos despedimos con un beso y con la promesa de vernos más tarde.

En cuanto llegué, me encontré a Sofía en la cocina. Estaba dándole de comer a Bocado de atún y tomándose un café, ya vestida para ir a trabajar. Saludé al gato y después le di un beso en la mejilla a ella. Me miró impaciente.

—¿No tienes nada que contarme? Ya sabía yo que esta noche no aparecías para dormir. Una semana ha tardado el jefe en empotrarte, y porque en la sierra te pilló con la regla. Una semana. Quieres aparentar fuerza, pero eres un espíritu débil.

Le robé un poco de café y le di un trago mientras asentía.

—Sí. Y no veas cómo empotra. Mejor de lo que había imaginado incluso.

—Quiero detalles.

—No voy a darte los detalles. Marrana.

Sacó un cuchillo de untar mantequilla y me amenazó con él.

—De-ta-lles. Lo merezco.

Resoplé y se los di. Todos los que podía permitirme porque había cosas que quería guardar para mí.

—¿Novios de prueba? —dijo muerta de la risa cuando se lo conté—. ¿Qué tontería es esa? ¡Sois novios y ya está!

—No. Solo estamos probando. Por si la cosa no sale bien. Treinta días tenemos para experimentarlo.

—Pero ¿cómo no iba a salir bien? —Se apoyó en la encimera de la cocina y sacudió la cabeza. Los rizos se le agitaron en un bonito vaivén—. Sois tal para cual.

—Lo sé. Sé que somos muy afines y que eso es bueno, pero... no sé. También tenía muchas cosas en común con Raúl y mira cómo salió.

—Porque Raúl es un cerdo. Bueno, no. Los cerdos están ricos y él es asqueroso. Raúl es una cucaracha y se comportó como tal. Marcos es...

—Es...

—No sé. Tiene pinta de tío legal. —Suspiró—. En fin. Que eres rarísima con eso del periodo de prueba. Sabes que puede salir mal también después, ¿no? Al principio las relaciones siempre son fáciles.

Tuve una idea absurda que me pareció brillante.

—Dime cosas que las pongan difíciles.

Sofía miró al techo.

—Pues ir de compras juntos, por ejemplo.

—Ya hemos estado juntos de compras. En el hipermercado.

—No, querida, me refería a comprar ropa o, peor todavía, a Ikea. Eso rompe relaciones como lo que más.

—Ikea... —murmuré pensativa—. Raúl y yo tuvimos una buena pelea yendo a comprar una estantería. ¿Qué les pasa a los tíos con Ikea? Es como si le tuvieran alergia.

—No todos. Sé que a Carlos le gusta. Tiene un primo que trabaja allí.

—¿Has vuelto a quedar con él? —La miré con media sonrisa pícaro.

—Anoche nos fuimos de tapas —respondió con igual gesto—. Curiosamente no follamos. Pero me lo pasé bien.

—Ay, Sofía... que te estás pillando por él.

—Quita, quita —dijo como si tuviera un bicho encima—. Que no. Que solo fue de colegas. Como dos amigos, nada más. Lo del sexo es otra cosa. Volviendo a tu asunto con M.M., ¿sabes qué más podrías hacer?

Negué con la cabeza, intrigada.

—Someterlo a una buena reunión familiar. Preséntale a tus padres.

—Mis padres se llevan bien con todo el mundo. Bueno, menos entre ellos. Ellos se odian, pero lo que viene siendo socializar... Lo llevan bien. Marcos les caería genial y todo iría bien.

No. Mis padres no son buena idea. Ya los conocerá más adelante. Es una pena que no tenga unos primos peñazos, como tu prima. O un hermano como el tuyo.

—Marcos no soportaría a mi hermano. Es todo lo contrario a él.

—¿Lo hago pasar por el mío?

—Estás llevando esto demasiado lejos. —Rio—. Déjate de tantas películas. Creo que con lo del Ikea ya vas servida. Quizá deberías llevártelo también a comprar ropa —Bebió un poco de café.

—A Marcos le encanta la ropa. ¿No ves cómo viste?

—Mejor que nosotras. —Afirmó con la cabeza—. ¿Nos vamos?

—Dame diez minutos que me cambie de ropa. Y de bragas. Estas huelen a sexo.

—El mejor olor del mundo. —Levantó su taza para brindar al aire y apuró el café.

Desde luego, el sexo con Marcos olía bien. Rememoré de forma bastante gráfica lo sucedido esa noche mientras me vestía. Ya tenía ganas de volverlo a ver, de tenerlo cerca otra vez, de besarlo. Le había dicho que no dijéramos nada en la oficina sobre lo nuestro hasta pasar el periodo de prueba, así que habría que mantener las apariencias. ¿Cómo iba a resistir ocho horas teniéndolo cerca sin tocarlo?

Capítulo 28

Marcos

Ha perdido la cabeza

—¿A Ikea?

Tenía a Dánae delante de mí, al otro lado de la mesa del despacho. Había entrado con una excusa, contoneándose con una carpeta en la mano y una espectacular falda de tubo que se ceñía a su cuerpo haciéndome rememorar los sucesos de la noche anterior.

—¿Para qué quieres que vayamos a Ikea?

—Porque quiero que el periodo de prueba sea difícil. No quiero que hagamos las típicas cosas de pareja de salir por ahí y que todo sea bonito. Quiero que nos pongamos a prueba de verdad. Con sexo de por medio, claro.

Me hizo risa y solté una corta, aunque muy expresiva.

—No necesito más muebles, Dánae. De verdad. Y me parece una idea descabellada.

—Pero es una buena idea. —Casi hizo un puchero—. Si demostramos que podemos estar juntos en lo peor, será una prueba de que podremos afrontarlo todo.

—Ver una visita a una tienda de muebles como lo peor creo que es frivolizar un poco —le dije muy serio.

Ella asintió. En el fondo sabía que se le había ido la olla. Seguro.

—Sí, puede que sí. Pero no tengo ningún evento catastrófico en perspectiva y muchas parejas se pelean yendo juntos de compras.

—Esto se te está yendo de las manos. —Apoyé las palmas de las mías en la mesa. Ella pestañeó un par de veces—. Acepto lo del novio de prueba, pero de ahí a que me pongas una yincana a superar...

Cogió aire y negó con la cabeza.

—Supongo que tienes razón. Es una tontería.

Me levanté de la silla y caminé hacia ella. Quería cogerla de las manos, pero no podía. Toda la oficina podía vernos. Pensé en lo que me había pedido. Me parecía una tontería porque, por muchas cosas que pudiéramos superar juntos, los problemas de verdad llegarían tarde o temprano y esos no se podían forzar. No eran tan simples como montar un mueble sin pelearse, eran problemas de verdad. Pero no quería contrariarla. Ella tenía esas cosas en la cabeza por algo y yo

estaba para demostrarle que conmigo todo sería diferente, así que accedí.

—Sí, es una tontería, pero es tu tontería. Qué remedio. Si tú vas de cabeza a las llamas yo también. Iré a Ikea contigo y, ¿sabes qué? Montaremos un mueble juntos. Eso sí que es complicado de superar.

Esbozó una sonrisa feliz.

—Un mueble con cajones.

Di un paso más hacia ella.

—Con muchos cajones.

Avanzó otro más.

—Muy grandes y... que quepan muchas cosas.

Aquella conversación era el colmo de lo absurdo, pero, por alguna razón, nos resultaba excitante.

—Eso es. Me gustan las cosas grandes. Ya lo sabes. —Miró hacia abajo de forma descarada—. Y depiladas. Que no te lo había dicho, pero me sorprendió saber que era verdad. Se ve bastante más grande así.

—Nunca pensé que nadie hablaría de mi verga en mi despacho, la verdad. —Reí.

—¿Nunca lo has hecho aquí?

Dánae se acercó peligrosamente demasiado a mí. Si alguien nos miraba, podría malinterpretar ese gesto. Eché una mirada de soslayo hacia la oficina. La gente parecía enfrascada en sus cosas.

—Siempre hay gente mirando.

Ella sonrió de forma pícara. Andaba tramando algo. Algo que no me dijo en ese momento. Miró de reojo a la oficina y luego, en un movimiento muy rápido, acercó los labios a mi oído.

—Nos vemos en un rato —susurró.

Cogió su carpeta y, contoneándose, se marchó. La observé embobado hasta que la perdí de vista. No fue a sentarse en su sitio, desapareció tras la puerta que daba al pasillo y que llevaba a otras estancias. Volví a sentarme mientras soltaba un suspiro. Se acababa de marchar y ya la echaba de menos. Estaba enfrascado de nuevo en mis asuntos laborales cuando mi móvil sonó. Una llamada. Fruncí el ceño al ver que era de ella. Respondí al momento.

—Hola, chica ninja.

—Hola, novio de prueba. ¿Sabes una cosa? —Soltó una risilla divertida.

—¿Qué?

—Sé de un lugar donde no hay gente mirando.

Sonreí. Media sonrisa pícara porque sabía lo que venía a continuación. Me removí en el asiento porque empezaba a ponerse dura con solo pensarlo.

—¿Dónde?

—En el cuarto de la fotocopidora.

Levanté la vista y vi que seguía sin estar en su puesto.

—Te espero aquí. No tardes. Me muero por tenerte —dijo, y colgó.

Me mordí el labio inferior y dejé el móvil en la mesa. Una vez me puse en pie, me ajusté la corbata mientras en mi mente anticipaba el encuentro y todas las cosas que iba a hacerle cuando llegase a ese cuarto. Salí del despacho y avisé a mi secretaria de que me ausentaba unos minutos. Ella asintió. Dejé la oficina en dirección al cuarto de fotocopadoras, como un gato en celo, sin pararme a hablar con nadie. Qué ganas tenía de verla y de repetir lo de la noche anterior. Me quemaban los dedos y las ganas.

Capítulo 29

Dánae

Una fantasía cumplida

Aguardé la llegada de Marcos en la sala de las fotocopadoras, a oscuras, impaciente. Muy segura de lo que iba a hacer. Le había pedido un condón a Sofía, porque ella siempre llevaba encima, y no pensaba salir de ese cuarto hasta no haber cumplido una fantasía. Cuando abrió la puerta, su figura se recortó al trasluz del pasillo. Me sonrió pícaramente, cerró tras de sí y echó el pestillo.

—No quiero que nadie nos moleste —dijo.

—¿Osaría alguien molestar al jefe?

—Tú. Que todavía tienes puesta la ropa —lanzó mirándome de arriba abajo—. Eso me molesta enormemente.

Esboqué media sonrisa y me mordí el labio inferior. Le hice un gesto para que se acercarse y él, obediente, vino a mí. Cuando estuvimos frente a frente, me tomó por la cintura y me subió a una de las mesas de la sala. Estaba llena de cosas, que apartó con la mano como si no importaran nada. Algunos papeles volaron. Un vaso lleno de lápices cayó y se derramaron por el suelo, rodando hasta caer debajo de un mueble u otro. Marcos me miraba ya con las pupilas encendidas por el deseo. Su verde se volvía fuego y yo me volvía loca. Me quitó las bragas de una vez, con un solo tirón, y se las guardó en el bolsillo del pantalón.

—No pienso devolvértelas. Hoy vas a ir sin bragas por la oficina, por provocarme para que venga aquí.

—Vaya, señor jefe, es usted de castigos duros. —Le di el condón.

No dijo nada. Solo lo cogió y me obligó a ponerme de espaldas a él. Me subió la falda hasta la cintura, dejando todo lo demás expuesto a él. No tardé en notar la dureza de su miembro rozándome los cachetes. Se lo sujetó y lo pasó por ellos, acercándose cada vez más a la vagina. Con la otra mano, tocó primero mis pechos, buscándolos bajo la ropa, y luego bajó hacia mi sexo. Mientras me acariciaba el clítoris, en un ritmo que me estaba volviendo loca, susurró a mi odio:

—Dime que me quieres dentro.

En esa postura estaba a su merced. Y me encantaba estar así. Separé un poco más las piernas, para permitirle entrar y asentí.

—Te quiero dentro.

Y sentí cómo entraba. Dura, grande. Llenándome hasta hacerme gemir de placer. Marcos siguió masturbándose mientras me penetraba. A cada tanto me mordía el cuello o me pedía algún beso. Yo giraba la cabeza para dárselo y nos entregábamos a un beso húmedo, excitante. Aceleró el ritmo de las caricias y la penetración, mojándome cada vez más, haciendo que fuese imposible acallar mis gemidos. Me tapó la boca. Le mordí los dedos.

—Shhh. Nos van a oír. No grites. —Apartó la mano de mi boca y la bajó hasta mis pechos. Liberó uno de la ropa y lo acarició, cogiéndolo por completo después.

—No puedo estar callada, tú... —Solté un gemido—. Dios.

—Ajá —dijo con voz sensual, moviéndose dentro y fuera de mí.

Me moví acompasada a su ritmo, para intensificar el placer. Y cuando pensé que no podría más, que iba a explotar, me llegó un orgasmo muy intenso. Fue corto, pero explosivo. Jadeé con ganas. Gemí su nombre. Él tampoco pudo más y se corrió. Se dejó caer sobre mí mientras me abrazaba, dejándose llevar por la oleada de placer. Me mordió la oreja, dulcemente, y dijo:

—Me vuelves loco.

Salió de mí y me giré para tenerlo frente a frente. Volvió a cogerme por la cintura y a subirme en la mesa. Le rodeé las caderas con las piernas y el cuello con los brazos. Estaba colgada de él como si fuera un koala. Él sonrió y me atrajo cuanto pudo para besarme.

—Como haya pasado alguien por la puerta nos ha oído, seguro —dijo después.

—¿Y qué van a hacer? ¿Despedirnos? —Le guiñé un ojo. Me besó una vez más—. Además, no seríamos los primeros ni los últimos.

—No, desde luego. Pero deberíamos vestirnos y arreglar este desastre. —Me bajó de la mesa y luego me dio un suave azote en el culo. Se lo devolví. Nos dirigimos una mirada cómplice—. Y las bragas... no pienso devolvértelas.

Por capricho de Marcos me pasé el día sin ropa interior. Ya en mi puesto de trabajo, después de haber arreglado el desastre que habíamos causado en la sala de fotocopias, él se dedicó a mirarme de vez en cuando y a llevarse la mano al bolsillo con media sonrisa. Nunca más volví a ver esas bragas. Pasaron a formar parte de su colección privada.

A los cuatro días de aquello fuimos juntos a la tienda de muebles. Y, joder, lo pasamos realmente bien. Compramos unas cuantas cosas, incluida una cómoda para mi dormitorio que nos dispusimos a montar en el salón de mi casa. A Marcos le gustó mi casa. No paraba de decir lo bonita que era y lo bien que olía.

—Pero qué dices, si tú vives en un palacio comparado con esto.

—¿Y qué? —Se encogió de hombros con gesto inocente—. Me gusta. Tiene algo. Es muy personal. Se nota que sois Sofía y tú las que vivís aquí.

Sofía andaba por ahí con Carlos, seguramente en casa de él haciendo de todo, así que teníamos la casa para nosotros solos.

—¿Porque es un caos?

—Básicamente. —Rio, con esa risa que me volvía loca. Me gustaba tanto oírlo reír... Era como un bálsamo para mí—. A ver, ¿por dónde empezamos?

—Tú te desnudas y luego lo hacemos en mi cama.

—Dánae... —Volvió a reír y me dio un beso en los labios—. Me refería a la cómoda.

—¿Quieres hacerlo en la cómoda? Tendremos que montarla primero.

—Ahí quería llegar yo, sí —dijo siguiendo con la risa—. Déjame ver las instrucciones.

Se las tendí, con todas las piezas del mueble puestas en el suelo, ya fuera de la caja. El gato se paseaba sobre ellas, olisqueándolas. A Bocadillo de atún le cayó bien Marcos. Quizá porque le compró una ración de albóndigas para él solo y se las zampó sin respirar. Mi novio de prueba estuvo mirando las instrucciones mientras yo esperaba paciente. Me entretuve en mirarlo, en observar sus gestos. En cómo se ponía igual de serio y concentrado que en la oficina y arrugaba el ceño cuando parecía no entender algo. La verdad es que seguía estando guapísimo así. Al final pareció aclararse y empezó a darme instrucciones sobre cómo colocar las piezas. No fue tan desastre como pensé que sería. Nos complementábamos bien en aquella tarea.

—¿Cómo se llama la cajonera esta?

Le dije el nombre.

—Siempre me han hecho gracia los nombres de estos muebles.

—Pues no te creas que son al azar. Esta gente es lista para eso. Las cosas de baño se llaman como ríos suecos. Las estanterías tienen nombres masculinos. Y las alfombras tienen nombres de ciudades.

—Sí que estás informada —dijo medio riéndose.

—Bueno es que yo leo cosas. —Le saqué la lengua—. Hablando de leer. ¿Has leído algo de lo que te regalé?

—He empezado la comedia romántica.

—¿Y han llegado ya a la mandanga? —pregunté interesada.

—Pues no. Porque la chica le ha mandado a Ikea y a montar un mueble.

Le di un pellizco en el costado y él se dobló riendo.

—¿Quieres guerra? —Me miró divertido.

Le devolví un asentimiento de cabeza la mar de sugerente.

—Pues ahora verás.

Se vino hacia mí para hacerme cosquillas y acabamos tirados en el sofá el uno encima del otro. No hizo falta mucho más para abrirle las puertas al deseo. El mueble de Ikea se quedó a medio montar, pero yo monté a Marcos, que era mucho mejor.

Capítulo 30

Marcos

Felicidad

Los días seguían pasando, acercándose el final del periodo de prueba, y yo le demostraba a Dánae, cada día más, que estábamos hechos el uno para el otro. Salíamos siempre que podíamos, después del trabajo. Tomábamos algo, dábamos un paseo por la playa, y los fines de semana hacíamos alguna escapada para oxigenarnos y conocer sitios bonitos de los alrededores. En ese aspecto funcionábamos bien. Y en el resto... también. Me puso un montón de pruebas más, como mandarme a comprar cosas de higiene femenina para ella porque pensaba que me avergonzaría, acompañarla al ginecólogo por si iba a estar con ella en asuntos de médicos en el futuro, ir de compras, como si no me gustase, o cenar varias veces con Sofía, para ver si nos llevábamos bien. Sofía estaba como una cabra. Era difícil no llevarse bien con ella. Lo llenaba todo con su risa y con sus ocurrencias, y me hacía feliz que fuera amiga de Dánae, porque seguro que estaba, y había estado, a su lado en los peores momentos. Yo no quería convertirme en un peor momento para ella por nada del mundo. Solo quería hacerla sentir que a mi lado el tiempo merecía la pena y que podríamos con todas las cosas que nos echasen.

Mi relación con ella empezaba a ser una fantasía hecha realidad, donde los días se llenaban con buenas conversaciones, el mejor sexo del mundo y muchas risas. Y llegó un día, mientras estábamos en mi casa sentados en el sofá charlando, en el que me dio por hablarle del futuro. Sobre unos hijos, una casa, un perro... o dos. Quería tantearla, porque había una cosa importante que necesitaba decirle. Algo que había guardado dentro de mí desde que empecé a querer ir en serio con ella. Ella me escuchó muy atenta, asintiendo cada poco. No parecía asustada ante la perspectiva.

—No sé si Bocado de atún se llevaría bien con un perro —dijo entonces—. Tendríamos que comprobarlo.

Sonreí, esperanzado.

—¿Eso quiere decir que es el plan de vida que tienes también?

—Sí. Siempre he querido algo de estabilidad. Ya te conté que iba a mudarme con Raúl cuando todo se fue al carajo. —Suspiró un poco triste y luego sacudió la cabeza—. Pero bueno, tengo treinta y dos años, para muchos ya se me empieza a pasar el arroz. Igual tendría que congelar un óvulo o algo así.

La miré pensando en aquello. En que no había torcido el gesto ni un momento al hablar de un

futuro juntos. De construir un hogar entre los dos en el que ver crecer a unos niños. No había tenido la necesidad de huir como si eso la agobiase.

—¿Y si no pudiéramos tener hijos? —solté entonces.

—¿Y por qué no vamos a poder?

Y quizá, lo que iba a decirle, sería la prueba más fuerte que tendríamos que pasar en esos treinta días.

—Porque existe una gran posibilidad de que no pueda ser padre. Tuve un accidente de pequeño y me afectó en ese aspecto. Soy de espermatozoides vagos.

Se me quedó mirando muy seria. Torció la boca. Se rascó la nariz. Luego, se encogió de hombros recuperando la sonrisa.

—Pues si no puedes hacerlos, entonces los adoptamos, ¿no? Hay muchos niños por ahí sin padres que necesitan cariño y un hogar. Y dos perros. Y un gato que se llama Bocadillo de atún.

—Y una tía como Sofía.

—Eso es.

Dánae vino a abrazarme y me regaló uno de sus abrazos más cariñosos. Llenos de calidez y compresión. Empezaba a darse cuenta de que lo nuestro pasaría el periodo de prueba e iría mucho más allá.

Se separó un poco de mí y dijo:

—Pero ¿de verdad tú querrías hacer todas esas cosas conmigo? Soy bastante mayor que tú.

—Eres mayor que yo. No bastante. No seas exagerada.

—No sé cómo puede gustarte una vieja —dijo aguantándose la risa.

—Te voy a demostrar lo mucho que me gusta esta vieja. Ven aquí.

Tiró de mí hasta juntar nuestros cuerpos. Nos miramos en silencio, con las bocas muy pegadas, sintiendo la respiración del otro.

—Dánae... —susurré con la voz ronca por el deseo—, me gustas tanto. Eres increíble.

—Tú también me gustas mucho, Marcos.

Pegó sus labios a los míos y los fundimos en un beso húmedo y suave, desgranando poco a poco lo que sentíamos en ese beso. Juntando y separando los labios con calma, jugando a buscarnos con la lengua. Las manos obedecieron también al deseo y pronto recorrieron los cuerpos sobre las ropas, buscando la desnudez. Marcos me quitó la camiseta y se recreó en mirarme con un descaro que me sonrojó. Hizo mis pechos suyos, liberándolos pronto del

sujetador y lamiéndolos; besándolos; mordiéndolos despacio. Le quité la camisa apremiada por las ganas de ver su torso desnudo. Cuando lo tuve ante mí, con las manos rodeando sus firmes brazos, solté un gemido. Me ponía malísima su cuerpo. No necesitaba mucho más que mirarlo para encenderme. El resto de la ropa también cayó. Y, sin dejar de besarnos, fuimos a la cama.

Fue un encuentro dulce y apasionado, lejos del apremio de otros en los que nos devorábamos. Nos tomamos nuestro tiempo para acariciarnos, para ir absorbiendo la pasión poco a poco por los poros de nuestra piel. Y fue hermoso. Distinto. Cuando llegamos al clímax, Marcos entrelazó sus dedos con los míos y dijo:

—Te quiero.

Capítulo 31

Dánae

Alerta por sentimientos

Fue como si en algún lugar hubieran soltado una bomba y todo el edificio hubiera temblado. Y es que yo temblé entera, sacudida por aquellas palabras.

—Y me da igual que estemos en el periodo de prueba. Te quiero. Y punto —agregó—. Y tampoco me importa si tú no sientes lo mismo, es lo que siento. —Se llevó la otra mano al pecho—. Lo que siento aquí dentro.

Las gotas de sudor perlaban su frente después de la intensidad del encuentro. Sus ojos estaban brillantes por el orgasmo. La voz le salía aterciopelada. Era posible que Marcos estuviera más guapo que nunca en ese momento y eso era decir mucho.

Cogí aire y lo solté despacio. Luego alcé la mano hacia su rostro y paseé los dedos por su mentón, perfilándolo. Llegué a sus labios y los rocé, entreabriéndolos. Lo besé entonces. Lo besé con fuerza y con ganas porque no sabía qué decir. Adoraba cada segundo a su lado, me provocaba mariposas a cada paso que dábamos. Mariposas que eran ya aviones, que volaban con fuerza dentro de mí con cada caricia, con cada mirada. Marcos me encantaba. Y sentía por él tantas cosas... ¿Era una de ellas amor? Me pregunté a mí misma.

No lo sabía. Mi corazón no respondió en ese momento. Bloqueada, seguí besándolo hasta agotar las ganas. Me miró a los ojos, sonrió, y se quitó de encima, tumbándose al lado. Me quedé tumbada como una rana panza arriba y tiré de la sábana para taparme porque, por alguna razón, me sentía desprotegida. Y es que mis pensamientos me habían abandonado por su «te quiero», ese al que no había sido capaz de contestar. Se hizo un silencio extraño al que me aferré mientras miraba a mi alrededor. Estábamos en su habitación. Su estupenda y moderna habitación. Y en ese momento solo me salía quedarme mirando los muebles como si estos fueran a darme las respuestas que necesitaba. Como si estos pudieran decirme: quieres a Marcos también, no te hagas la dura. Lo quieres muchísimo.

—¿Estás bien? —preguntó entonces él poniéndose de costado, buscando de nuevo mi mirada, posando la mano en mi mejilla.

Giré la cabeza y asentí. En sus ojos vi un atisbo algo triste. Seguro que se sentía decepcionado

por mi falta de respuesta.

—Tengo que ir al baño. —Me salió decirle.

«Eres tontísima, Dánae, pero tontísima», resonó una voz en mi cabeza.

Casi salté de la cama. Llegué al baño, con la sábana anudada en torno al cuerpo, y me miré en el espejo con un reproche en los ojos.

—¿Se puede ser más tonta?

—No eres tonta, Dánae. No digas eso.

Escuché entonces la voz de Marcos a mi espalda. Con lo atribulada que estaba no había cerrado la puerta.

—Marcos... —musité girándome hacia él.

Se acercó despacio y luego me abrazó con fuerza.

—Siento haberte asustado con esas palabras. No he pensado en que quizá no estarías preparada para oírlas.

Asentí. Quizá era demasiado saber que me quería en ese punto de la relación. Cuando aún éramos novios de prueba. Cuando solo llevábamos unas semanas juntos.

Se separó un poco de mí y me tomó el rostro entre las manos, mirándome a los ojos. Ni siquiera se había puesto los calzoncillos así que estaba en pelotas delante de mí, bajo la amarillenta luz del baño, sin pudor alguno. Marcos se mostraba siempre muy abierto cuando se trataba de la intimidad. Nunca se escondía. Ni escondía sus defectos. Bueno, es que no lo tenía, pero si hubiera sido el caso los habría mostrado sin ambages.

—Es un poco pronto para decir te quiero, lo sé. Pero es lo que siento. Siento que eres parte de mí mismo y que mis días son más felices desde que tú estás. Siento que podría enfrentarme a cualquier cosa si te tengo a mi lado. —Sonrió dulcemente—. Y no pasa nada si no estás preparada para decirme que me quieres, solo confío en que algún día te lo haré sentir. Y lo sentirás tan hondo que lo dirás sin reparos. Que te saldrá del corazón como me ha salido a mí.

Sus palabras me conmovieron tanto que los ojos se me humedecieron. Un poco más y me ponía a llorar. Volví a asentir, mirándolo a los ojos.

—Vale —dije, porque era lo único de lo que fui capaz. No obstante, fue un «vale» muy sincero, dicho desde la razón y el corazón.

—¿Nos damos una ducha juntos y luego vemos una peli? —dijo entonces, sin perder la sonrisa—. Tengo un canal de clásicos y ponen unas pelis chulísimas.

Así era Marcos. Te decía que te quería, tú no le decías nada y luego la vida seguía sin que hubiera ningún drama. Cómo me gustaba. Empezaba a serlo todo para mí y sospechaba que un «te quiero» por mi parte no tardaría en llegar.

Acepté su plan, y después de una ducha entre risas y momentos de complicidad, nos apoltronamos en el sofá a ver *Lo que el viento se llevó*.

Fue un gran plan. Y lo fue porque estaba con él y me daba de comer gominolas de ositos de sus manos como solo haría alguien que te quiere mucho.

Capítulo 32

Marcos

Feliz Cumpleaños

Unos días después de aquello, me enteré de que era el cumpleaños de Dánae gracias a Sofía, a quien me encontré una tarde en el super, en el mágico pasillo de los yogures.

—Hola, *petit suisse* —me dijo nada más verme.

Me eché a reír.

—Hola, Sofía. ¿Hoy te toca a ti hacer la compra?

—No, solo estoy aquí para poder verte y recrearme un poco la vista.

Volví a reír. Qué descarada era.

—Dánae se ha quedado en casa —agregó—. Está de mal humor.

Habíamos hablado esa mañana y no me había dicho nada.

—¿De mal humor? ¿Por qué?

—¿No lo sabes? —Arrugó su pequeña nariz—. Mañana es su cumpleaños.

No había mencionado absolutamente nada, y eso que nos habíamos visto cada día haciendo mil planes. Habíamos ido a bailar, al cine, a comer, a cenar, a desayunar, a merendar... y habíamos tenido horas de maratón sexual en su piso o en el mío. Desde luego que ocasiones había tenido.

—No tenía la menor idea.

—Buah. —Rio—. Es que Dánae se pone tontísima con los cumpleaños. No le gustan nada. Por eso de que dice que se pone vieja. Así que no vayas a organizarle una fiesta sorpresa o te matará.

—Una fiesta no, pero algo tendremos que hacer para celebrarlo.

—Yo la llevaré el sábado a tomar unos chupitos y a bailar un poco. Es lo más que me deja hacer.

Asentí, cogí unos yogures de fresa y los metí en el carrito mientras pensaba en qué podría hacerle a Dánae que fuera especial. Diferente. Aunque no le gustase su cumpleaños, no iba a dejarla sin regalo.

—Si estás pensando en qué regalarle, necesita bragas. Las pierde últimamente, no sé por qué.
—Me lanzó un guiño que a todas luces decía que era mi culpa.

Vale. Podría regalarle bragas. Eso le haría gracia. Sobre todo si las encontraba de Piolín. ¿Y qué más podía hacer? Una idea acudió a mi mente como un flashazo de luz. Hacía tiempo habíamos tenido, sin querer, una cita peculiar. Quizá le gustaría repetirla, por el inicio de las cosas.

—Y, por cierto, ella te quiere, aunque no te lo haya dicho todavía —soltó Sofía de sopetón.

Sacudí la cabeza, descolocado. No me esperaba aquella declaración en el pasillo de los yogures.

—Ella... ¿te lo ha dicho?

Me miró con cara de: «obvio».

—Me tuvo cinco horas hablándome del tema el día en el que se lo dijiste tú y ayer, de repente, en el desayuno, me soltó. «Le quiero, claro que le quiero. ¿Por qué no se lo dije?». Casi me ahogo con la tostada.

—Porque no era el momento para ella.

La perspectiva de que fuera a decirlo en algún momento me puso nervioso.

—Ya. Ella es muy de «momentos». —Su amiga sonrió y luego cogió una botella de yogur batido. Lo agitó arriba abajo y dijo—: A mí es que me gusta así... batido.

—Sofía... —Me reí.

Ella soltó una carcajada espontánea y luego me pellizcó un moflete.

—Bueno, jefe. Que tengas suerte preparándole una sorpresa a Dánae. Espero que no te gruña mucho.

—Seguro que no. Me saca las uñas, pero no para gruñirme —solté, dejándome llevar.

—Uhhh —dijo ella entre risas—. Un chico peligroso.

Y tras lanzarme un guiño se alejó pasillo abajo tirando del carro. Miré el yogur batido, pensé

un par de guarradas con Dánae y luego sacudí la cabeza concentrándome en el asunto que tenía entre manos. Primero, debía encontrar bragas de Piolín. Después de dejar la compra en casa, me recorrí media ciudad hasta hallarlas. Salí de la tienda sintiéndome como un campeón después de una batalla.

Al día siguiente, quedé con Dánae a las ocho con el pretexto de tomar unas cervezas. Había disimulado en la oficina todo el día haciéndole creer que no sabía que era su cumpleaños. Me había costado hacerlo, pero quería darle la sorpresa por la noche. Cuando la recogí en su casa, apareció vestida con una falda vaquera y una camiseta de tirantes, menos arreglada de lo que solía ir cuando salíamos de noche. No debía de estar de buen humor. Aunque estaba igualmente preciosa y me imaginé bajándole esos tirantes y dejando al descubierto sus pechos. Esos que adoraba. Que eran perfectos, aunque a veces ella hubiera dicho que no. Que estaban más abajo de lo que deberían mientras maldecía a la gravedad.

La besé con ganas, estrechándola con fuerza, y luego le abrí la puerta del coche.

—*Madmoiselle*.

Soltó una risita.

—Ves demasiadas películas antiguas, me parece —dijo entrando al coche. Al sentarse, abrió las piernas un poco y pude verle las bragas. Se me dibujó una sonrisa en la cara como a un adolescente salido, ya lo sabéis.

Cerré la puerta y fui a mi asiento. Apenas había arrancado y enfilado la calle, preguntó:

—¿A dónde vamos?

—Es una sorpresa.

—No me gustan las sorpresas —dijo mohína.

—Esta te gustará.

Frunció los labios y se puso a trastear con la emisora hasta encontrar alguna canción de su gusto. *Blinding lights* de The Weeknd. Como de costumbre, cantó a pleno pulmón y bailó como si estuviera en una discoteca. La música siempre conseguía animarla.

Conduje en silencio, mirándola cada vez que podía y dedicándole una sonrisa. Hablamos un poco del trabajo, de cómo había ido el día, y poco a poco llegamos a nuestro destino. Cuando Dánae lo vio estiró la mano y me apretó la pierna con cariño. Ese simple roce me provocó cosquillas en todo el cuerpo.

—Hoy no has tenido que traerme borracha —dijo, sonriente.

—¿Te gusta la sorpresa?

—¿Hamburguesas en el capó? Me encanta.

Y es que la había llevado a ese lugar que fue tan especial por unas horas, en el que hablamos de estrellas muertas y comimos juntos por primera vez. Pasamos a por las hamburguesas y luego aparqué el coche en la misma esquina, para poder ver todo el paisaje. La noche era cálida, tranquila, con las luces de la ciudad desdibujándose a nuestros pies como un cuadro sublime.

Nos acomodamos en el capó, como la otra vez, y compartimos la cena entre charlas y risas. En un momento, mientras ella sorbía su bebida con la pajita mirando al cielo, abrí el maletero del coche y saqué su regalo, así como un pequeño pastel con una vela que encendí.

Cuando me acerqué a ella cantando *Cumpleaños Feliz* me miró con cara de pocos amigos, pero, poco a poco, se le fue dibujando una sonrisa en el rostro. La canción terminó y acerqué el pastel a ella.

—Pide un deseo.

Y entonces me miró a los ojos y su sonrisa se hizo más grande.

—¿Me has pedido a mí? —pregunté con voz dulce.

—Para siempre.

Me hizo sonreír mientras soplaba sin dejar de mirarme. Luego aplaudió como una niña y me dio un abrazo que casi tira el pastel. Lo dejé sobre el capó y la abracé también, para luego darle un beso largo y cálido.

—¿Cómo has sabido que era mi cumpleaños? —preguntó separando los labios de los míos.

—Me lo ha chivado un pajarito.

—Una urraca llamada Sofía.

Me reí.

—Sí. En el pasillo de los yogures.

—Me dijo que te había visto, la muy bribona, pero no que te lo había dicho.

—Una mujer como ella tendrá secretos —bromeé—. Y me ha dicho algo más, pero no quieras saberlo o te matará.

—¿El qué? —quiso saber con gran interés.

—Algo que dijiste en el desayuno. —Carraspeé y rápido le entregué la bolsa con el regalo—. Esto es para ti.

Cuando lo abrió, me miró aguantándose la risa.

—¿Bragas de Piolín? —Rio a carcajadas—. Estás loco.

—Quedé muy impresionado con las tuyas y pensé que igual necesitabas más. Puedes dejarlas en mi casa si quieres, para cuando estés conmigo y te venga la regla —le dije, tímido ante su respuesta—. Si quieres, claro.

Ella sonrió de oreja a oreja. Dejó la bolsa sobre el capó y me rodeó la nuca con las manos.

—¿Quieres que deje cosas en tu casa?

—Quiero que te quedes tú, pero sé que es un poco pronto para eso, así que sí, deja tus bragas. Así podré mirarlas cuando no estés como un perverso.

Volvió a reír a carcajadas.

—Ay, Marcos... —Su mirada se clavó en la mía de una forma profunda y única; me había mirado de muchas maneras, pero nunca así, como si tuviera el corazón en la mirada y en sus pupilas restallase cada latido en forma de una pequeña y brillante estrella—. Creo que ya sé lo que te ha largado Sofía. La cabrona no sabe guardar un secreto.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué crees que es?

—Algo sobre dos palabras especiales.

—Dos palabras especiales. —Me reí—. ¿Y quieres decir algo al respecto? —Esperé, con el corazón en un puño, a que hablase. Nunca me había latido tan aprisa.

—¿Que sabes una cosa? Creo que sí, que esto es amor. Y del grande. Del que solo existe en las películas, o en las novelas románticas con escenas guarras, o sin ellas. Ahora existe en mí. En nosotros.

Y me plantó un beso que me cortó la respiración.

—¿Y sabes qué? —dijo cuando separó los labios—. Que yo también te quiero.

—Dánae...

Se me dibujó una sonrisa de oreja a oreja.

—Me regalas bragas de Piolín, ¿qué esperabas? —dijo al borde de la risa.

Nos miramos y rompimos a reír. Estábamos inmersos en una bonita burbuja de la que no queríamos salir.

La atraje hacia mi cuerpo. Besé su frente y luego el resto de su rostro, con pequeños y dulces besos, poco a poco, tomándome mi tiempo para llegar hasta sus labios. Me sentía tan bien en sus brazos que solté un largo suspiro. Ella lo hizo también. Finalmente, la besé con toda la pasión que cabía en mí. Una vez más, volvimos a caer enamorados de nuestra forma de estar juntos. No tardé mucho en llevarla a mi casa. Necesitaba sentirla más que nunca. Necesitaba escuchar ese «te quiero» entre gemidos de placer y Dánae me contentó, pues gimió mi nombre y un «te quiero» al oído que me llevó al séptimo cielo. Fue una noche que no olvidaría jamás.

Capítulo 33

Dánae

Un final feliz

El periodo de prueba llegó a su fin, lo mismo que esta historia. Al menos en el aspecto de contársela, porque no puedo estar hablándoos de ella toda la vida. Pero haceros a la idea de que viví con Marcos una vida plena, llena de felicidad y buenos momentos, porque eso era lo que preveía iba a pasar. Él había sido primero solo mi jefe, luego, el objeto de mis fantasías, más tarde mi novio de alquiler y luego mi novio de prueba. Pronto llegó el día en el que se convirtió en mi novio con todas las letras.

Fue un día de agosto, más de un mes después de aquella fiesta en la piscina que nos unió para que no volviéramos a separarnos. La ciudad se revestía de la calima del mar y hacía un calor de mil demonios, pero en la oficina teníamos el aire a una temperatura agradable. Y es que esta historia va a terminar como ha empezado. Con un día de oficina. Unas cuantas miradas. Un ascensor y... algo más.

Aunque serio, giró un poco la cabeza hacia mí y me dedicó una sonrisa. De esas que mojan bragas. Él siempre sabía cómo mojarme las bragas. No ganaba para ropa interior desde que estaba con él, de verdad. Acababan todas estropeadas, o rotas, porque me las arrancaba por culpa del deseo. Marcos siguió caminando y yo le miré el culo, como de costumbre. Ese culo prieto oculto tras el perfecto traje de chaqueta. Se lo había visto sin ropa y era todavía más delicioso.

Un rato después, me levanté para ir a comer. Estuve en el *office*, devorando un plato de macarrones y, cuando me monté en el ascensor para subir, después de pasar por el baño y lavarme los dientes, llegó él. Las puertas del ascensor estaban a punto de cerrarse y vi colarse una mano para evitarlo. Ya sabéis que no conozco todas las manos, pero las suyas... Sobre todo después de las muchas veces que me han recorrido el cuerpo, haciéndome sentir única en el mundo. Haciéndome volar al país del 3x2 en orgasmos. Porque Marcos no suele contentarse con que me corra una vez. Siempre quiere más. Le gusta cómo gimo su nombre.

El caso es que esa mano se coló. La puerta se detuvo. Miré un poco más arriba. Su reloj de marca. El filo del traje de chaqueta. Azul oscuro ese día. Las puertas volvieron a abrirse y entonces lo vi. Sonriente. Mirándome de arriba abajo con descaro. Fijó los ojos en las tetas y luego carraspeó. Ese día yo llevaba bastante escote y una blusa blanca que seguro que, en ese

ascensor, se transparentaba.

—Buenos días —saludó, poniéndose a mi lado.

—Buenos días, jefe.

Se le escapó una risilla. Le hacía gracia que le llamase así en el trabajo. Y fuera de él. Y alguna vez en la cama, para qué os voy a engañar. Después de todo, me ponía cachonda la idea de estar tirándome al jefe.

—¿Vienes de comer? —me preguntó.

—Pues sí, porque lo que me gustaría comerme no ha venido y he tenido que conformarme con un plato de pasta. —Lo miré de arriba abajo.

Él extendió la mano y me palmeó el culo. En la cama me daba algunos azotes que me ponían cachondísima, pero en el ascensor era solo de palmaditas.

—Tengo una reunión en veinte minutos, pero cuando termine, si quieres, nos vamos al cuarto de fotocopadoras —me susurró al oído.

Éramos abonados fijos ya a ese cuarto. Y a los aseos. Y andábamos planeando la forma de ir a la oficina por la noche y hacerlo en su despacho. Los dos fantaseábamos con la idea. Si es que íbamos igual de salidos el uno por el otro.

—Me parece un plan perfecto —contesté.

—Ya he mandado el *e-mail*, por cierto.

—¿Qué *e-mail*? —Lo miré intrigada.

—El de la fiesta que damos en mi casa para formalizar lo nuestro. Quiero que todos sepan que eres mi novia. Mi novia con todas las letras. Y, algún día, serás mucho más.

—Confías mucho en tus facultades —dije con tono de broma, picándolo—. Igual te pongo otro periodo de prueba.

Las puertas del ascensor se abrieron, habíamos llegado a nuestra planta. Había un pasillo hasta la entrada a nuestra oficina, que recorrimos despacio, mientras hablábamos.

—¿Voy a tener que montarte otro mueble? Ya viste que el primero no se me daba mal.

—No sé, pensaré alguna otra cosa con la que castigarte.

—Eres mala. —Hizo media sonrisa divertida—. ¿Quieres que te lleve al cuarto de las

fotocopiadoras y te demuestre quién sabe castigar a quién?

Rememoré de forma bastante gráfica nuestro primer encuentro allí y mojé las bragas sin remedio. Él miró hacia atrás y, viendo que no había nadie, me dio una palmada en el culo. Como siempre que hacía eso, imité su gesto. El culo de Marcos me encantaba: redondito, perfecto. Me costaba dejar de tocarlo.

Llegamos a la puerta de la oficina y la cruzamos. Entonces se detuvo, y me paré frente a él.

—¿Sabes una cosa, chica ninja? Voy a besarte.

Miré a nuestro alrededor. La oficina estaba llena de gente.

—No estamos solos.

—Francamente, querida, me importa un bledo —dijo con decisión.

Me hizo reír, porque a los dos nos había gustado mucho *Lo que el viento se llevó*.

Sin mediar más palabra, me atrajo hacia él y fundió sus labios con los míos en un beso profundo y largo, de los que dejan sin respiración. El corazón me iba a mil y las piernas me temblaron. Qué narices. Me tembló todo el cuerpo. Era uno de los mejores besos que me había dado y había sido delante de todo el mundo. Cuando nos separamos, se escucharon algunos comentarios guasones.

—Ya era hora. Estábamos hartos de tanta miradita —dijo Carlos con cierta vocecilla burlona.

Al parecer lo sabía ya toda la oficina.

Sofía, desde su puesto, nos guiñó un ojo. ¿Se lo habría largado esa cabrona a Carlos y él a toda la oficina? Le saqué la lengua y volví a mirar a Marcos. Tenía los ojos puestos en mí, embelesado.

—Eres la hostia besando, novio indefinido.

—Lo sé, chica ninja.

Y volvió a atraerme de la cintura hacia él. Y me plantó otro beso de esos que te ponen las pestañas del revés. Y el mundo se detuvo una vez más, como siempre que estaba en sus brazos. Y sentí que era eso lo que quería. Para siempre. A Marcos en todas sus facetas: jefe, amigo, chico cañón, montador de muebles, empotrador. A ese Marcos, único e irrepetible, que me besaba como nunca me habían besado. A ese Marcos que me había demostrado que el amor siempre llega donde y cuando menos te lo esperas, con periodo de prueba o sin él. Que el amor

de verdad es indefinido. Que es una pasada. Como sus sonrisas.

FIN

NOTA DE LA AUTORA

Voy a contaros una locura. Porque sé que a mucha gente esto le va a parecer una absoluta locura. Yo estaba sentada un caluroso de julio, delante del teclado, con un montón de cosas que hacer. Pero había algo que estaba en mi cabeza y no me dejaba dormir desde días atrás y era la idea de esta novela. Lo primero que se me vino a la mente fue el título y a partir de ahí todo lo demás fluyó. Tenía muy claro desde el principio quiénes eran Dánae y Marcos, qué querían en la vida, cuáles eran sus sueños y sus ambiciones; cuáles las cosas que ponían su mundo patas arriba. Y decidí juntarlos en este escenario lleno de encuentros divertidos y románticos. Porque lo merecían. Su historia gamberra de amor merecía ser contada. Tardé en escribirla seis días. Seis días a tope metida en su mundo. En sus ganas del otro. En sus momentos de risas. Y fue una experiencia bonita. Una de las más bonitas que he vivido escribiendo. Esta historia se pensó en julio, se creó en julio y va a ser publicada en agosto después de darle vueltas a qué hacer con ella. Me apetecía lanzarme a la aventura de autopublicarla y ver cómo andaba su camino ella solita. Espero que encuentre uno bonito y que llegue al corazón de nuevos lectores. Creo que Marcos y Dánae lo merecen.

En fin, que solo espero que el esfuerzo haya dado sus frutos. ¡Ya me contaréis por redes o en reseñas! Deseando saber qué os ha gustado... y, claro, también lo que no, que una no es perfecta.

En cualquier caso, si os ha gustado mi forma de narrar y queréis leer más cositas mías, podéis leerme en otro montón de novelas. En romance contemporáneo encontraréis *Negro Sobre Azul* y la serie *Júpiter en Saturno*, ambas editadas por Selecta. También escribo romance de época y fantasía. Podéis ver todas mis novelas en mi página de autora de Amazon.

¿Nos vemos en una segunda «Hagas lo que hagas»? No sé, creo que Sofía se merece una historia de amor que la vuelva loca y rompa todos sus estándares. ¿No os parece? Yo creo que sí.

Gracias por haberme acompañado. ¡Nos leemos!

Si quieres, puedes seguirme en mis redes sociales:

Twitter: @Azaordom

Instagram: Zahara.c.o

Facebook: Zahara C. Ordóñez Autora

TikTok: Zahara.c.o

Web: zaharacordautora.es

AGRADECIMIENTOS

A mis lectores, por animarme siempre a seguir en este camino. Sin vosotros no sería posible. Espero que esta aventura os guste a los de siempre y enamore a nuevos lectores para que se queden conmigo. Os prometo muchas historias de amor de esas que se quedan en el corazón.

A Ángeles Valero, lectora cero y amiga, por apoyarme en esta locura. Sabes que sin ti no me habría atrevido a lanzarme. Gracias por tus consejos y todo tu apoyo. Eres oro puro.

A Aitor, a mi familia y amigos por apoyarme siempre en este camino

ACERCA DE LA AUTORA

Zahara C. Ordóñez (Jaén, 1983) Malagueña de adopción, es una apasionada de los libros, el mar y la Historia. Escribe fantasía, romántica, ficción histórica y terror. Autora de *Málakor*, *De Cuervos y Lobos*, *Destinos en la Tormenta*, *El Azahar*, *Noches de Romance en Bath* y otras novelas. Ha participado en varias antologías y ha sido jurado y prologuista en otras. Forma parte del podcast La Horda y de La Hermandad de la Noche. Es una enamorada del romanticismo y lo decimonónico. No concibe la vida sin escribir, ni tampoco sin música.

Redes sociales:

Twitter: @Azaordom

Instagram: Zahara.c.o

Facebook: Zahara C. Ordóñez Autora

TikTok: Zahara.c.o

Web: zaharacordautora.es

COPYRIGHT

Copyright © 2023 Zahara C. Ordóñez

Maquetación © Zahara C. Ordóñez

Corrección © Zahara C. Ordóñez

Imágenes de cubierta e interiores: Canva Pro

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Independently Published